

DANIEL URPINA ARCA

ABELINO
DESVENTURAS DE UN ADOLESCENTE

CALIGRAMA



ABELINO

DESVENTURAS DE UN ADOLESCENTE

ABELINO

DESVENTURAS DE UN ADOLESCENTE

DANIEL URPINA ARCA



Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Abelino

Primera edición: octubre 2017

ISBN: 9788417120702

ISBN e-book: 9788417164522

© del texto

Daniel Urpina Arca

© de esta edición

CALIGRAMA, 2017

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España — Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Isa,
con todo mi amor
por todo su amor.*

Prólogo

«Es intelectualmente masa el que ante un problema se contenta con pensar lo que buenamente encuentra en su cabeza. Es, en cambio egregio, el que desestima lo que halla sin previo esfuerzo en su mente y solo acepta lo que está por encima de él y exige un nuevo estirón para alcanzarlo.»

José Ortega y Gasset

Ninguna vida es simple, pero aquellas que no se conforman con lo socialmente recibido y establecido se convierten, acaso, en algo más complejas y, casi con total seguridad, de mayor dificultad.

Lo admirable de este libro es que, partiendo de una vida aparentemente normal, y a través de un lenguaje claro y directo, nos sumerge en un relato que encierra toda una síntesis de incertidumbres vitales, desplegando tal cantidad de ideas y situaciones tan diversas, que parecen imposibles de abarcar en sus escasas ciento cincuenta páginas.

Por una parte, nos introduce en el desarrollo de un particular «efecto mariposa» donde un objeto insignificante desencadena toda una serie de cambios en el destino del protagonista, que lo conducirá a trazar las líneas fundamentales de su vida.

Por otra parte, esta es una historia muy antigua: la de un joven que se desprende de su fina piel de adolescente para mudarla en otra más consistente y sólida, mediante un duro proceso en el que tendrá que aprender, como todos, a base de errores, pero su peculiar personalidad, su inseguridad y ensimismamiento lo llevarán a una peregrinación entre lo más alto y lo más bajo de la consideración

social, adentrándose de lleno en atolladeros sin salida y situaciones memorables. En esa disparatada transición entre la invisibilidad y el absoluto liderazgo, Abelino se ayudará de su asombrosa capacidad crítica para llevar a cabo hondas reflexiones acerca del hombre, la sociedad o la justicia, que no dejarán indiferente al lector. De igual modo, el autor, al hilo del relato, no pierde la ocasión de poner de manifiesto otra serie de cuestiones más cotidianas, pero no menos polémicas y actuales, como el machismo imperante en las relaciones sentimentales, las presiones sociales por encajar en los grupos, la difícil conciliación laboral y familiar o los inevitables problemas generacionales.

Lo que más me ha sorprendido a mí, sin embargo, como lectora, no ha sido la simple combinación de tres modestas letras, Ave y Eva, de las que emergen los dos personajes principales de la obra, con sus respectivos rasgos y trayectorias vitales, ni la trama de enredos y malentendidos que se van tejiendo, casi sin darnos cuenta, como una gigantesca tela de araña en la que el protagonista se verá cada vez más atrapado, sino la extraordinaria facilidad con la que Daniel Urpina ha sabido armonizar el estilo juicioso y reflexivo del Abelino interior, con ese otro atolondrado e insensato que se nos muestra en cuanto el joven entra en contacto con el mundo exterior. Y me ha sorprendido porque entre una faceta y otra, media un abismo: la reflexión y el humor, cuya alternancia y avenencia será, sin duda, lo mejor del relato.

Curiosamente, el apellido de Abelino, Berson, coincide con el del ilustre Premio Nobel francés, Henri Bergson, quien escribió un ensayo sobre la risa en el que le atribuía una función social. Decía que nos dejamos llevar por la rigidez de la costumbre y que esto nos hace caer en situaciones cómicas, hasta que nos damos cuenta, a

través de los demás, de lo ridículos que somos, y tratamos de modificar nuestra conducta. Así pues, el efecto cómico sería una alerta, y esto tiene mucho que ver con la peripecia de nuestro protagonista, sometido a una dinámica de errores sucesivos, que se plasma en la velocidad de la narración, cada vez más acelerada, hasta alcanzar un ritmo vertiginoso, situación que tan bien describe Bergson como el efecto bola de nieve: «un efecto que se va propagando de modo que la causa, insignificante en su origen, llega a alcanzar un constante progreso hasta llegar a un resultado tan importante como inesperado».

En definitiva, se agradece el esfuerzo por demostrar que la filosofía no tiene por qué ser aburrida, sino que se puede introducir de una manera amena y divertida, y que a través de pasajes humorísticos podemos aprender valores importantes para la vida. Mediante las tribulaciones de Abelino aprendemos, por ejemplo, que las cosas no siempre son idénticas a sí mismas; que lo que se nos da como magníficas casualidades no son sino el encumbramiento de una larga cadena de causalidades; que los padres y madres ausentes están mucho más presentes de lo que creemos; que los errores cometidos pueden reconvertirse en aciertos; que los héroes y los antihéroes habitan con frecuencia en la misma persona y, sobre todo, que pocas cosas hay, vivencia o pensamiento, que no puedan ser suavizadas por el tamiz de lo cómico. No en vano se nos muestra en el libro el poder de la filosofía como refugio y el sentido del humor como elemento integrador, porque, al fin y al cabo, son los dos magníficos privilegios del hombre: el pensamiento dignifica la risa y la risa refresca el pensamiento.

Genoveva Lama
7 de julio de 2017

Introducción

La idea de unirlos partió de ellos, así que, en cierta manera son los responsables de esta historia. Era una tarde lluviosa de otoño, la primera lluvia fuerte desde hacía meses. El aire estuvo impregnado del inconfundible aroma que emana de la tierra mojada, pero poco a poco el continuo aguacero lo limpió todo, llevándose el olor, el calor y el sopor del verano, que solo unos momentos atrás habían estado presentes. Definitivamente ya había acabado el largo estío. Con estas precipitaciones comenzaba la temporada de lluvias, tan esperada en la ciudad.

Juan y Vero estaban cenando en una moderna pizzería de un centro comercial, justo después de salir del cine, y la deriva de la conversación les llevó a hablar de Abelino.

—Sí, tienes toda la razón, pero no se puede negar que tiene buen corazón —dijo Juan, que era su vecino y único amigo.

—Podría ser una buena pareja para Eva... Si logra aguantarlo —apuntilló Vero.

Juan entendía perfectamente lo que Vero quería decir. No es que fuese difícil estar con él, por su carácter, sino por sus continuas meteduras de pata, fruto de su patológica falta de atención.

Por separado, ambos sonrieron instintivamente al recordar algunos episodios de su amigo, y al darse cuenta de su complicidad, sus sonrisas se tornaron en risas.



O quizá la culpa de su unión fuese de una simple moneda. Una moneda de veinte céntimos que un día se cayó dentro de un coche y quedó atrapada en el riel del asiento del conductor. Allí pasó mucho tiempo desapercibida, hasta que un día, el dueño del auto la encontró cuando estaba limpiándolo. Estaba algo abollada por los golpes que había sufrido cuando el asiento se desplazaba hacia atrás, cosa que sucedía cada vez que su hermano mayor, mucho más grande que él, le pedía prestado el coche. Es inútil intentar hacer conjeturas acerca del culpable de que la moneda se deformase levemente: el hermano mayor, por hacer correr la banqueta; el que se cruzó repentinamente y provocó la caída de la moneda al hacer frenar al vehículo; el conductor que frenó, o la novia de él, que puso los veinte céntimos allí. Así podríamos seguir indefinidamente, porque la culpa es lo más repartido que hay en el mundo.

Abelino no llevaba mal el ser diferente. Lo llevaba con la serenidad del que sabe que está por encima de los demás, pero que comprende que los otros no pueden darse cuenta. Soportaba con resignación sus bromas, su aislamiento, pero había aprendido a no ser rencoroso. A pesar de que los compañeros de clase le repudiaban, no dejaba de acercárseles para intentar jugar con ellos o simplemente para charlar. Cuando aquellos jugaban al fútbol, no era admitido en el equipo porque era realmente malo, así que, la mayoría de las veces abandonaba y aprovechaba para leer o para hacer las tareas que habían mandado para casa, acto que también era muy criticado. A la hora de regresar del colegio nadie le quería acompañar, generalmente huían de él dejándolo solo. Es verdad que él no ayudaba con algunas de sus acciones, como recordar al profesor que no había puesto deberes ese día, o el insistir en explicarles a sus compañeros la diferencia en pronunciación, que no en escritura, de las diferentes ramas del idioma árabe (cosa que ni Dios sabía de quién lo había aprendido). Pero no lo podía evitar, tenía un don especial para meter la pata, tal vez porque era muy despistado y no calculaba las consecuencias de sus acciones, o tal vez porque no seguía las normas establecidas.

Él odiaba su nombre porque tenía una rima fácil. Estaba cansado de que le dijeran aquello de ¡Abelino, tríncame el pepino! Por eso, él se presentaba como Abel. Con doce años, cuando estaba en primero de ESO estudiando el imperio romano, a un niño se le ocurrió la broma

de decirle ¡Ave, Abelino! y se llevaron todo el trimestre con eso, tanto que al final le llamaban solo Ave.

«Ahí viene Ave», «Ave, tráete esto», «"A vé" qué hacemos, Ave»... Eso, lejos de fastidiarle, le acabó gustando a Abelino porque lo prefería a su nombre. Además, como sus iniciales eran A.B.E. lo adoptó, y a partir de entonces se presentaba por ese mote. Coincidió que estaba atravesando una época de la vida en la que muchos cambian sus nombres o al menos tienen un segundo nombre, un apodo más familiar para sus amigos. Nunca para casa, donde siempre serán llamados por su nombre real, pero sí para cuando se tienen que presentar en otra reunión, donde queda mucho mejor un nombre no tan visto.

Precisamente aquel año, en la clase de idiomas, la profesora era de la opinión de que era difícil pronunciar una frase en perfecto inglés si después había que añadirle un nombre en castellano, puesto que la posición de la lengua, y de los labios, varía en ambos idiomas. Así que dio a cada uno un nombre británico. Normalmente era el que le correspondía: Guillermo es William y se quedó en Will y después en Willy; Antonio pasó a ser Anthony; Daniel pasó a Danny; Juan fue a partir de entonces Johnny... El problema estuvo en los que no tienen equivalente como Ignacio. A estos se les dio a elegir, lo cual fue un verdadero acontecimiento donde todos opinaron, y todavía al cabo de una semana acudían a decir a la profesora:

—Señorita, yo no me quiero llamar Jack. Prefiero llamarme Bruce.

Durante todo ese curso, muchos se siguieron nombrando por ese segundo nombre que se les había dado, y en este contexto Abelino agradeció que él también tuviese un alias. Muchos de estos apodos sobrevivieron durante todo el instituto y algunos toda la vida.

Abelino era de los pocos de su curso que no daba clases de religión. En su mente racional no había cabida para dioses. Solía pensar que los niños creen en los Reyes Magos hasta que se hacen mayores, y los mayores creen en ellos hasta que se hacen sensatos. A él le parecía igual de absurda la doble vertiente que en ellos se daba, mágica o religiosa. Para él, era tan estúpido pensar que hacen regalos a todos los niños del mundo, como creer que unos reyes dejaron atrás sus reinos, viajaron cientos de incómodos kilómetros tras una estrella fugaz, en busca de un recién nacido que nadie conocía, para darle unos valiosos presentes. Y que esto tan absurdo hay que creerlo porque lo dice un libro, o lo que es peor, porque lo dice creer todo el mundo, porque nos ha sido impuesto. Abel era ateo, pero a pesar de eso, jamás se le pasó por la cabeza intentar convencer a los demás con respecto a este tema, puesto que tenía muy claro que cada uno debe procesar la creencia que estime oportuna. Él pensaba que todos los demás tenemos la obligación de respetarlos, pero también de no inmiscuirnos. Abelino ya se había dado cuenta de que, a veces, quien menos respeta la libertad de pensamiento de los demás son los mismos religiosos que te imponen lo que debes y lo que no debes creer.

Mientras los demás recibían clases de cristianismo, él daba ética. Este fue su primer contacto con la filosofía, pues en las clases se debatían distintos temas morales. Fue su asignatura preferida porque le ayudó a pensar por sí mismo. Le despertó la inquietud de replantearse las valoraciones que la sociedad te da. Descubrió que una cosa no es buena únicamente porque lo haga la mayoría o porque siempre se ha hecho.

Como ya sabréis, con esa edad las niñas son totalmente diferentes a los niños. Se pasan todo el día hablando de chicos, dan a la ropa una

importancia extraordinaria, o están todo el día compartiendo secretos entre risas. Uno de los objetivos de esas burlas era la forma de vestir de Abel. Él, al igual que muchos chicos de su edad, no entendía lo que conjuntaba y lo que no. La diferencia estaba en que a los demás le preparaban la ropa, pero él, debido a que su madre estaba casi siempre ausente, cogía del armario lo primero que pillaba. También descuidaba el peinarse correctamente, o el cuidado para no mancharse, incluso no era nada raro verle con los calcetines desemparejados. Todo esto daba a las chicas demasiados temas de conversación en contra de nuestro personaje.

La clase estaba dividida en dos reuniones: niños y niñas. Solo algunos díscolos se atrevían a romper la disciplina de grupo y charlar brevemente con el bando contrario, actitud que, dicho sea de paso, no estaba mal vista ni perseguida, simplemente era la capacidad para hacerlo la que estaba lejos de la mayoría. En algunos momentos se formaba otra pequeña reunión mixta, la de los marginados, que solían conversar sobre temas distintos al deporte o la moda, como el cine, los documentales o incluso acerca de los planes de futuro. De todas formas, a pesar de ser el único sitio donde nadie era criticado ni insultado, sus componentes no querían frecuentarlo demasiado porque reconocer su pertenencia a él era como admitir que se es diferente (unos por ser chicos conflictivos con tendencia a la pelea; otros simplemente porque algún defecto físico los adornaba en demasía; alguno por no aceptar la autoridad del líder de los otros grupos, y en el caso de Abel, por ser repelente. Que lo era).

Hay que reconocer que tenía algo de culpa. Todo alumno sabe que ciertas aptitudes no se deben airear demasiado si no quieres que se rían de ti; bueno, todo el mundo no, Abelino no lo sabía. Vivía en su mundo y no entendía que los demás no tuviesen sus inquietudes

intelectuales. Por eso intentaba siempre impresionarles con lo que había leído acerca de lo último en robótica, o sobre el documental que había visto sobre arqueología, y eso, a esa edad, se paga. Tardaría todavía años en aprender que lo que une en cualquier reunión son las características y sentimientos comunes de sus miembros. Con el tiempo, el nexo de unión será simplemente la permanencia en él y los recuerdos que todos tienen de momentos vividos juntos, pero al principio hay que intentar buscar afinidades con los demás y no destacar las diferencias. En cualquier grupo existen dos tipos de comportamientos: aquel que intenta pasar desapercibido, ser uno más, haciendo lo que todos hacen; y, por el contrario, aquel que siempre tiene que destacar, ser el cabecilla de la reunión, el que tiene la iniciativa de lo que hay que hacer, en otras palabras, el que lleva la voz cantante. El problema de Abelino es que él destacaba sin querer, que es lo peor que se puede hacer, por lo que siempre era motivo de burlas. Vivía en otro mundo, en un mundo mucho más intelectual que el que le rodeaba y eso no lo entendía nadie. Ni siquiera su propia familia.

Abel, que era como él pretendía que le llamaran en su círculo familiar, era el mayor. Su hermana Natalia, dos años menor, era todo lo contrario a él, guapa, extrovertida, graciosa. En fin, ella destacaba en la familia; a diferencia de su hermano, tenía muchos amigos en el instituto, en el barrio, en donde veraneaban... y con todos se llevaba bien. Sus padres con frecuencia se ausentaban de casa debido al trabajo, y ellos continuamente quedaban a cargo de distintos cuidadores que iban desfilando por allí. A Abel esto le había creado cierto desarraigo familiar. Veía que su familia no era el centro en el que quería vivir, ni sus valores los que tomar como referente. Añoraba otra vida donde ser más querido y sobre todo anhelaba cierta

estabilidad. El problema de tener muchos cuidadores es que antes de conocer al próximo sabes que vas a perderle, así que Abelino procuraba no empatizar demasiado con ellos para no sufrir su pérdida. Y la forma de no tomarle demasiado cariño a la persona que tienes en tu casa la mayoría del tiempo es centrarte en ti mismo. Así, se había ido aislando, de su familia, de sus cuidadores, de sus compañeros, y había creado su mundo interior, mucho más culto y rico del que había fuera.

En la televisión solía ver solo documentales, muy rara vez películas, porque las tildaba de irreales. Leía mucho y usaba internet para idear supuestos viajes por países distantes; investigaba su cultura, lo que habría que visitar allí e incluso se interesaba por sus problemas.

Todas estas aficiones que suelen ser las que todos los padres sueñan que tengan sus hijos, al contrario de lo que puede parecer, hicieron de él un chico desgraciado, puesto que le llevaron a encerrarse en sí mismo y alejarse cada vez más de los demás.

Ahora trataré de describir a Eva para que juzguéis si, tal y como pretendían Juan y Vero, su unión tenía alguna posibilidad. Decir que era muy distinta o muy parecida me parece demasiado simple. Como todos tenemos tantas facetas, ellos en algunas coincidían y en otras no. Eva era guapa, de estatura media, delgada. Tenía el pelo castaño, corto y ligeramente ondulado, la nariz pequeña y los ojos de color miel. Su mayor diferencia con Abel es que era muy extrovertida. Hablaba con todos y se preocupaba por todos, porque una de sus grandes cualidades es que tenía muy buen corazón. Cuando se acercaba a alguien, interesándose por lo que le había pasado, no lo hacía por quedar bien sino simplemente porque le preocupaba, y se notaba; por eso a todo el mundo le caía bien. De hecho, había sido varios años la presidenta de su clase porque gustaba a todos. Lo que más sorprendía a los chicos es que no era la típica belleza que se cree por encima de los demás, intentando estar siempre con su selecto grupo de amigas guais. Muy al contrario, era la chica de la clase que más se juntaba con los chicos, incluso a veces dejaba de estar con el grupo femenino para mantener una buena conversación con algunos de los muchachos que le caían mejor, o para jugar a algún juego que estuvieran disputando (excepto fútbol porque lo odiaba). Era inteligente, y esto puede ser un punto en común con Abelino, y era de las mejores en su clase. Su comportamiento era modélico, no se le conocía ninguna travesura e intentaba distanciarse siempre que alguien a su alrededor ideaba una, algo que con esa edad era muy

frecuente. Como cuando el profesor se quedó dormido y muchos aprovecharon para salir un rato de clase, o cuando a alguien se le ocurrió, antes de la función de fin de año, colarse en el salón de actos y poner el volumen de la música al máximo para que tronara cuando fuese conectada. Esas eran las típicas cosas que cuando a alguien se le ocurre, algunos secundan solo por no marginarse, por no llevarle la contraria a los demás, si bien es cierto que otros las siguen por propio convencimiento y disfrute. Eva tenía claro que no debía seguir las ocurrencias de nadie si no eran de su agrado.

Juan y Ave eran amigos desde que tenían catorce años. Concretamente desde que estaban en la misma clase y Abelino, a pesar de su gran timidez, se acercó a Juan para ayudarle con los estudios, porque se dio cuenta de que se estaba quedando atrás y corría el peligro de perder el curso. Quizá lo hizo por su buen corazón, o quizá porque era uno de los pocos compañeros que le caía bien y quería a toda costa mantenerlo junto a él en la clase del próximo año. El hecho es que su acción mostró una gran madurez que forjó una sólida amistad con Juan y además le ayudó a que poco a poco se fuese integrando con los demás alumnos, que a la larga, supieron apreciar su gesto.

Vero era la mejor amiga de Eva, vivían muy cerca, aunque en realidad Eva había nacido en Madrid. Con ocho años se trasladó con su madre a Sevilla, donde coincidió en el colegio con Verónica. Los padres de Vero y la madre de Eva, Lola, se hicieron amigos al esperarlas al salir de clase todos los días. Antes se habían visto repetidamente en el portal de su bloque, pero no habían ido más allá de repetirse un cortés saludo. Sin embargo, el que se encontrasen en el colegio les daba más puntos en común, y por lo tanto se sintieron más próximas. Además, mientras esperaban podían conversar, a

diferencia del portal donde todo el mundo va con prisa. Los padres de Vero, con frecuencia, hacían reuniones y poco a poco Lola se hizo indispensable en esas veladas. Al ser tan espontánea, todos se divertían con ella. Era de ese tipo de personas que anima todas las fiestas por su carácter algo alocado, por su facilidad para decir lo primero que se le pasa por la cabeza, sin preocuparse por las reacciones que tendrán sus palabras, lo que hacía que muchos, a pesar de reírse con ella, se preguntasen cómo sería vivir junto a Lola a diario, y dudaban si quizá por eso no tenía pareja o en cambio era porque ella realmente no la quería.

Lola era viuda, y había decidido vivir la vida y aprovechar cada momento. Su marido murió en un accidente de tráfico cuando Eva tenía solo cuatro años. Había bebido, pero a pesar de la recomendación de ella para que no condujese, lo hizo. A Lola no le extrañó porque nunca le hacía caso, pero el resultado le dio la razón: se salió de la carretera. Cuando llamaron para comunicar el accidente, su reacción sorprendió al agente que se comunicaba con ella.

—Llamo de la guardia civil de tráfico. ¿Es usted la mujer de Rafael García García?

—Sí, soy yo. ¿Qué ha pasado?

—Su marido ha sufrido un grave accidente...

—¿Ha provocado alguna víctima?

—No, pero él está muy grave.

—Menos mal que no le ha arruinado la vida a nadie... ¿Dónde está?

Con esa breve conversación, el guardia civil que la llamó se dio cuenta de qué tipo de matrimonio era, de cómo debía de ser él y de cómo era ella, que lo primero que hizo fue interesarse por si había alguien más herido. Pero sobre todo le llamó la atención esa falta de

amor. En efecto, no fue un matrimonio dichoso. Lola estaba muy supeditada a él, no tenía suficiente libertad para hacer lo que ella quería, y lo peor es que notaba que ese cerco se le cerraba cada vez más, ahogándola. Entendió que ese no era el camino pero no sabía cómo salir de él. Así que su fallecimiento fue una segunda oportunidad que no dejó pasar.

A partir de entonces decidió ser feliz y lo logró. A medida que su hija crecía fue desembarazándose de su papel de madre. Disfrutaba la felicidad de quien no tiene que ser responsable, de quien no tiene que ser ejemplo y guía de su hija, puesto que ella demostraba continuamente su sensatez. Así, a medida que Eva se hacía más madura, Lola tomaba el camino contrario.

Pero el vivir a tope el presente conlleva abandonar el futuro, de hecho no era nada previsor. Su hija era la más cabal, la que reñía a su madre por su comportamiento, la que le daba consejos. Cosas de la vida, para Eva la mejor forma de madurar fue darse cuenta de que seguir el ejemplo de su madre no era lo que quería para sí. Se dio cuenta de que no debía apostar por la felicidad a corto plazo si quería que durase, que el esfuerzo de hoy servirá para mañana. Por otra parte, Lola era muy desinhibida, tanto que avergonzaba a su hija que, en cambio, era bastante vergonzosa. Fumaba, en ocasiones incluso porros; bebía, a veces de más; y le gustaba ponerse ropa de veinteañeras, pantalones rajados, medias de malla, transparencias... que quizá por eso nunca llevaría su hija, que era mucho más clásica al vestirse. Con respecto al sexo tenía una actitud muy abierta, y no le costaba reconocer que salía muchos fines de semana solo para acostarse con algún hombre, a los que, por cierto, llevaba a casa sin pudor ninguno. Esta forma de ser le llevaba periódicamente a desengaños sentimentales, y en esos tristes momentos buscaba

consuelo en Eva, que con los papeles cambiados, era la que le decía:
ya te avisé.

Abel, aunque poco a poco se había moderado, para sus compañeros seguía siendo repelente. Un ejemplo de su inapropiado comportamiento lo había tenido días antes de conocer a Vero, cuando acababa de cumplir dieciséis años. Empezaban el primer año de bachillerato, y en la primera clase de Filosofía, el profesor, don Antonio, lo vio distraído, con la mirada perdida en el infinito, por eso se dirigió a él con el ánimo de dejarlo en ridículo.

—¡A ver, tú! ¿Se puede saber en qué andas pensando?

—Me preguntaba por qué se considera a Aristóteles discípulo de Platón, cuando su filosofía es tan radicalmente opuesta que llevó al realismo, por contraposición al idealismo de su maestro.

Don Antonio se quedó estupefacto y por un momento dudó si se trataba de una broma. Es cierto que otros años había conseguido que al final del segundo curso algunos alumnos participasen en debates de cierto nivel, pero una pregunta tan directa el primer día de clase lo dejó sin capacidad de respuesta.

—Bueno, para eso está esta asignatura, para que vayáis resolviendo vuestras dudas.

—Otra duda que tengo acerca de Aristóteles —continuó disertando Abelino— es que él suponía que la virtud está en el término medio, pero eso no siempre es así...

Esta vez el profesor tuvo tiempo de reaccionar. Mientras lo escuchaba comprendía que no era una broma, que se encontraba

ante un chico muy especial. Así que lo interrumpió con espíritu mucho más conciliador.

—Disculpa, ¿cómo te llamas?

—Abel Berson Ezquerro —respondió ocultando su verdadero nombre.

—Bien, veo, Abel, que tienes algunas nociones de filosofía. Aristóteles se refería a que en el término medio está el equilibrio; de todas formas al final de la clase te recomendaré una lectura —le contestó pensando en recomendarle la lectura del libro *Ética a Nicómaco*, aunque queriendo zanjar la conversación, ya que la clase se le estaba desmadrando.

Si la pregunta de Abelino causó estupor en don Antonio, podéis imaginar la reacción del resto de la clase. Al principio se produjo un silencio casi absoluto, solo interrumpido por débiles voces que preguntaban:

—¡Eh! ¿Qué ha dicho?

Pero a medida que continuó hablando, sus compañeros le volvieron a acusar de empollón. Fue algo instantáneo que se produjo a la vez en la mayoría de los presentes. Debe ser algo cultural, es una de esas reglas no escritas que todos conocen, aunque nunca se hayan escrito, incluso ni siquiera se hayan dicho jamás. El que pregunta en clase más allá de lo necesario es un empollón y eso lleva aparejado un distanciamiento inmediato por parte de los demás.

¿Por qué? No se sabe; quizá por no querer ser como él, o quizá por no admitir la inferioridad que ello conlleva. Lo cierto es que Abel desconocía la primera regla: No destacar, pasar lo más desapercibido posible, sobre todo los primeros días de curso.

Juan no era del mismo barrio que Vero. Se conocieron por sus padres, que eran buenos amigos, así que se veían en todas sus

reuniones. Habían jugado juntos desde niños, y cuando llegaron a la adolescencia se fueron dando cuenta de que entre ellos había algo más que amistad. Cuando tenían dieciséis años (Vero era seis meses mayor y estaba un curso por delante de él), Juan le propuso salir y desde entonces se veían la mayoría de los fines de semana. Ella iba con asiduidad a casa de Juan y fue allí donde conoció a Abelino. El primer día que lo vio le causó grata sensación y, aunque después Juan intentara disculparse por tener un amigo un tanto friki, muy al contrario de lo que él supuso, Vero le alabó mucho. Literalmente le confesó que le había caído superbién. Le invitó a no perder su amistad, así como a apoyarlo, que lo necesitaba.

Abel también se rió mucho con Vero, no estaba acostumbrado a que una mujer se divirtiera con él (a decir verdad no estaba acostumbrado a que nadie se divirtiera con él), y pasó una velada estupenda.

Ellos vivían en un barrio más al norte, de nueva construcción, en el que las casas eran pareadas y las avenidas amplias, no faltaban los jardines y, a pesar de estar más alejado del centro, había calidad de vida. Por contra, ellas habitaban pisos del casco urbano, mucho más céntricos pero con más ruidos y atascos y sin tantos servicios comunitarios como parques o piscinas públicas. La suerte es que una línea de metro de reciente construcción conectaba sus barrios en solo diez minutos.

Por supuesto Juan también conocía a Eva, pues era íntima amiga de su novia. La trataba desde mucho antes de que Vero conociera a Abelino. Ellos frecuentemente habían coincidido en alguna de las reuniones de sus padres que se hacían en casa de Vero donde no era raro que Eva estuviese, cosa lógica pues era su mejor amiga y vecina. Eva era unos meses mayor que Vero y casi año y medio mayor que Abel, que cumplía el uno de septiembre, aunque por su estatura no lo

parecía, ya que él era alto y delgado. Esa diferencia de edad de un año y seis meses es el motivo por el que Abel y Eva no se hubiesen conocido antes, aunque fueran los mejores amigos de Vero y Juan. Las diferencias de edad alrededor de la adolescencia son determinantes pero con el tiempo pierden importancia.

Después de las Navidades, Eva se cambió sus apellidos. Ella inicialmente se llamaba Eva María García Gómez. García por su padre, claro. Pero al cumplir los dieciocho eliminó su primer apellido y adoptó los de su madre: Gómez Bueno. Era una decisión que tenía tomada desde que tenía uso de razón, pero sin el apoyo de su madre tuvo que esperar a la mayoría de edad. Lola no le dio ninguna importancia.

Eva comenzó a salir con un chico llamado Ricardo el verano que acabó el instituto. Antes había tenido muchos pretendientes, pero aquella era la primera vez que ella se interesaba por un hombre. Acababa de aprobar la selectividad y gracias a sus buenas notas pudo escoger lo que siempre había querido: estudiar medicina. Así que ese verano fue muy especial para ella. Se vio por primera vez adulta, con un futuro que se empezaba a dibujar como ella siempre había querido. Con esas sensaciones, dio el paso de aceptar salir con él. Fue una época estupenda, marcada sobre todo porque cada día Eva daba un paso más en su independencia. Continuamente hacía cosas nuevas, vivía nuevas experiencias: salía hasta más tarde, iba con su pandilla a la playa un fin de semana o incluso al final del verano se fue con Ricardo a una escapada romántica de fin de semana.

Con la sensación que se tiene con el primer amor, a Eva no le faltaba nada. En ese momento creía que iba a ser la mujer más feliz del mundo. Pero una vez pasada esta primera época de felicidad, que en realidad era fruto de su nueva libertad, no de su noviazgo, poco a poco empezó a darse cuenta de que no iba por buen camino.

Mientras tanto Abelino había acabado primero de bachillerato y se preparaba para afrontar el último curso antes de entrar en la universidad. Era el momento de ir eligiendo las asignaturas que le llevasen a poder estudiar la carrera que él quisiese. Lo mejor era que sus notas eran bastante buenas y si seguía así no tendría problema para escoger. Su problema era que todavía no sabía qué quería ser. No

le gustaba el oficio de su padre, ingeniero, porque no quería que su trabajo le impidiese establecerse definitivamente en su ciudad. Deseaba otro modelo familiar más estable que el que él había vivido. Se mareaba con la sangre, por lo que descartó las profesiones sanitarias, y nunca se le pasó por la cabeza la abogacía. No se veía defendiendo a alguien a quien él supiera culpable.

Ante la falta de ideas, decidió hacer el camino al revés. Seleccionó las asignaturas que más le gustaban y las eligió como optativas. Supuso que, al cabo de un año, esas serían las que le llevarían a escoger carrera.

Su habitual falta de atención hacía que cometiera muchas faltas de ortografía. Ese era el motivo por el que poco a poco había ido renegando de las letras en favor de las ciencias. Sin embargo, su asignatura preferida era la de filosofía, por eso decidió escogerla como optativa ese último año, en detrimento de las matemáticas, que era otra asignatura donde sus despistes solían jugarle malas pasadas. Como no tenía claro qué estudiar, la opción de ciencias mixtas pensó que era la que menos puertas le cerraría. Disfrutaba con la biología y no se le daba nada mal la formulación. Todas estas se completaban con las obligatorias: lenguaje, inglés, historia...

Abelino se enfrentó al último curso del instituto, segundo de bachillerato, justo cuando acababa de cumplir los diecisiete años. Lo hacía con cada vez más dudas, puesto que todavía no había decidido qué profesión debía ocupar su vida. De todas formas su situación había ido mejorando poco a poco. Ese era un curso muy exigente, ya que las notas contaban para selectividad, y sus compañeros cada vez con más asiduidad acudían a él para que les ayudase, sobre todo con los trabajos que recibían. A él no le importaba perder el tiempo con ellos si, a cambio, lograba ser cada vez más aceptado. El profesor de

filosofía fue el que, viendo su potencial y su aislamiento, planteó unos grupos de trabajo y lo nombró a él supervisor. Así estuvo un mes resolviendo todas las dudas de los demás alumnos. Al final estos se acostumbraron a que él acudiese en su ayuda y esta se trasladó también al resto de las asignaturas.

Mientras Abelino lentamente ganaba en autoestima, Eva, en cambio, hacía el camino contrario. Con diecinueve años recién cumplidos empezó a darse cuenta de que echaba de menos las reuniones con sus amigos, porque Ricardo siempre prefería que estuviesen solos y no le gustaba que ella quedase por su cuenta. A Vero se la cruzaba a veces en la escalera y entonces se tenía que excusar por no quedar como lo hacían antes. Siempre había algún pretexto, siempre alguna excusa, pero a pesar de eso su amiga nunca desistió. Se puso el objetivo de avisarle cada vez que todas sus amigas se reunieran, sabía que tenía que darle tiempo. Indudablemente lo necesitaba. Eva un día echó la vista atrás y se dio cuenta de que su novio no era aquel del que se había enamorado. Como amigo había sido abierto, divertido y siempre estaba en todas las reuniones; pero como novio ya no le gustaba tanto alternar con los demás, sobre todo con las amigas de ella. Y lo peor es que tampoco le gustaba que ella lo hiciese. Poco a poco se fue transformando, primero diciéndole que no le gustaban algunas prendas que se ponía, y más tarde censurándola claramente, incluso diciéndole que según qué ropa no se la podía poner. Al cabo de un año Eva era ya consciente de que su novio quería controlarla e imponerle sus reglas y ella tenía muy claro que eso no lo admitiría. No permitiría esa actitud porque sabía que era el comienzo de una situación de maltrato o al menos de infelicidad. Tenía clarísimo que la base para una buena convivencia es la igualdad y el respeto, así que nadie le iba a imponer lo que tenía que hacer.

A Lola nunca le gustó Ricardo, temía que fuese demasiado controlador, como su marido. Aunque no se atrevía a aconsejar a su hija que lo dejase, sí la animaba continuamente a que no olvidase a sus antiguas amigas del instituto y la instaba a que de vez en cuando quedase con ellas. «¿Qué es de Esther, que no sé de ella hace meses?» o «¿Por qué no invitas a Marga este fin de semana, que hace mucho que no la ves?» eran frases recurrentes en casa de Eva. Lola, a pesar de ser muy directa y decir siempre lo que creía, sabía que en un tema tan delicado no podía decir lo que pensaba de Ricardo. No era tonta, sabía que yendo contra él podía perder a su hija para siempre. Por eso afrontó este problema de una forma muy diferente a su manera de ser. Intentó aplacar su habitual espontaneidad y utilizó algo más de mano izquierda de lo que solía. Se sintió con la responsabilidad de ejercer de madre y provocar su ruptura, o al menos hacerle ver a su hija qué vida le esperaba. Una amiga no habría ido tan lejos, sin embargo ella no podía quedarse sin hacer nada. Por eso recurrió a destacar casos donde la cosa había acabado mal.

—¿Te acuerdas de Manoli? Pues se ha separado, al parecer su pareja le pegaba. Eso se veía venir, lo que no entiendo es cómo ella no lo veía. Si desde que se casó su marido no le dejaba salir sola. Algunos contaban que incluso la seguía cuando iba a comprar y le recriminaba si se paraba a hablar con algún hombre.

Cuando el telediario relataba la desgraciada muerte de una mujer por violencia de género, sacaba el tema a discusión y decía cosas como:

—Todos tenemos que entender que vivimos en una sociedad libre. La mujer es libre para hacer lo que quiera con su vida, incluso si quiere puede tener una aventura con otro hombre. Cada pareja establece implícitamente un pacto en el que se fija la libertad de

ambos fuera del matrimonio. La mayoría se exige fidelidad absoluta, otras se permiten aventuras extraconyugales. El trato debe basarse en la igualdad de ambos ya que muchos no dejan hacer a su mujer lo que ellos hacen. De todas formas, si alguien lo incumple lo único que pasa es que se ha roto el acuerdo. Habrá que crear otro si merece la pena o separarse. Si una mujer se acuesta con otra persona, le guste o no a su pareja, está en su derecho; hace con su cuerpo y con su vida lo que quiere. Su marido no la posee, si no le gusta tiene todo el derecho a dejarla pero nada más, es lógico que le recrimine que haya incumplido su acordada fidelidad pero de ninguna forma puede ir más allá.

Eva sabía por dónde iba su madre, sabía que tenía razón. Pero era tan difícil dar el paso...

Poco después Abelino fue el protagonista de su clase debido a que don Antonio, el profesor de filosofía, propuso un trabajo de fin de curso. Él pretendía que sus alumnos pensasen por ellos mismos, por eso no le interesaba tanto que se supiesen la vida y teorías de los insignes filósofos, como que fuesen capaces de plantear y defender un pensamiento original. Por eso todos los años animaba a sus pupilos a que le mostrasen un trabajo que no se hubiese visto antes. Don Antonio se daba por satisfecho con que cada año hubiera algún proyecto interesante, porque la mayoría eran deprimentes y nada originales: pena de muerte, aborto, maltrato animal... Por eso exigía que fuesen breves.

La verdad es que Abelino dudó qué presentar, puesto que por su cabeza le pasaron multitud de propuestas. Al final se decantó por presentar *La paradoja de los gatitos*, porque era un problema moral que daba mucho que pensar y que podía traer muchas consecuencias. Lo decidió presentar a modo de cuento omitiendo las implicaciones morales que conlleva. Solo presentó lo que sigue:

Supongamos que me propongo actuar siempre de la mejor manera posible con respecto a los animales, en concreto con respecto a los gatos. Partiendo de esa premisa, un día encuentro a una gata a punto de morir de hambre. La acojo y la alimento, así que consigo que se reponga. Le doy libertad para que entre y salga, y siempre tiene alimento en casa. Un día viene preñada, lo que me alegra mucho porque le he tomado cariño, y en pocos meses pare seis lindos gatitos a los que también cuido, los llevo al veterinario, les preparo

unos areneros, y los alimento. Crecen y, puesto que cuatro eran hembras estas vuelven a dar a luz. Yo sigo con la obligación que me impuse, intentando que no les falte de nada.

Al cabo de unos años, tras cuatro generaciones, los gatos de mi casa sobrepasan el centenar. Mi gasto para con ellos es ya difícil de asumir, comida, vacunas, operaciones que son necesarias para intentar alargar su vida... Mi vida ha cambiado, nadie viene a mi casa porque huele demasiado a gato, he ocupado todas las habitaciones con ellos y no es agradable estar allí, los vecinos me han denunciado y, además, en lo económico todo mi dinero se va en ellos.

Tarde o temprano llega el momento en que no puedo ocuparme de ellos, cientos de gatos me han arruinado y lo peor es que todas las semanas muere alguno, por hambre, por peleas, por enfermedades... ¿Qué he hecho mal?

La paradoja sobre la que se debe reflexionar es que al evitar el sufrimiento y la muerte de una gata, y actuando siempre bien, el resultado obtenido es que al cabo de unos años, todos los días sufren muchos gatos, todas las semanas mueren gatos. Me doy cuenta que he causado más mal al actuar bien que si hubiera dejado morir a la gata.

A.B. dejó aquí el escrito, le hubiera gustado seguir escribiendo la conclusión puesto que la tenía muy pensada. Había pensado mucho en ese dilema moral y huía de respuestas apresuradas, pero quería cumplir con el requisito de ser breve y, además, le daba cierto misterio e incertidumbre a su paradoja.

Juan acudió a preguntarle por lo que él había escrito, y aprovechó para pedirle ayuda, pues no se le ocurría nada. A Abel no le costó aconsejar a su amigo porque él mismo tuvo muchas ideas a la hora de hacer su trabajo, así que le cedió uno de sus borradores que trataba sobre cómo cambian los valores que las sociedades tienen.

El escrito ponía de manifiesto que existen valores universales que toda civilización posee, pero en cada momento, en cada lugar, no

todos tienen la misma importancia. Existen unos que cobran más importancia y otros que la pierden. Actualmente la ecología es muy tenida en cuenta porque vemos que si no es así nos quedaremos sin planeta. La misma acción de aprovechar mucho los papeles escribiendo en folios ya usados por una cara podía antes ser tachada negativamente por mísero, y ahora positivamente por ecológico. La conclusión es que los valores son relativos a las necesidades que tenemos y al grado de progreso que hemos conseguido.

Juan no tardó en reconocer ante sus amigos que A.B. le había ayudado, por eso los demás fueron, poco a poco, pidiendo ayuda a Abelino. Él no se resistió, de hecho, el sentirse protagonista esos días le causó mucha satisfacción.

A uno le aconsejó que escribiera sobre...

Estudio de la desigualdad

Supongamos una sociedad, una tribu primitiva formada por un número de personas, por ejemplo cien, en un hábitat amplio, sin competencia. Podemos imaginar que estuviesen en una gran isla que acaban de colonizar. Si intentasen que todos tuviesen lo mismo cada uno tomaría un terreno para vivir de él cultivándolo, en él cada uno construiría su casa, sembraría su huerto y domesticaría sus animales. El problema se agrava cuando los recursos son limitados; en nuestro ejemplo llegará un momento que toda la isla haya sido colonizada. Los siguientes hijos tendrán que repartir el terreno de los padres entre los hermanos.

Pero no todas las familias han tenido igual número de hijos, así que transcurridos unos años nos encontramos con que en la isla no todos tienen lo mismo. El que se preocupó por que su único hijo no pasase necesidades, y trabajó mucho logrando que su finca produjese más e invirtiendo los recursos en mejoras, logró que tras varias generaciones sus sucesores fuesen de los más pudientes. Por contra, otros fueron más perezosos y gastaron los recursos en

ocio. Si además tuvieron mucha más descendencia, provocaron que sus descendientes fuesen de los más pobres.

Solo pocas generaciones después de que todos tuviesen lo mismo, aparecen las grandes diferencias entre ricos y pobres, y con ellas los abusos a los que los pobres están sometidos, puesto que para comer tendrán que aceptar las condiciones de los primeros.

Aunque las leyes sean iguales para todos, algo ha fallado. El fallo es que no todos somos iguales, hubo unos más trabajadores y otros más vagos, unos más previsores y otros más despreocupados, unos más listos comerciando y otros más torpes. Unos más fecundos y otros menos.

Aquí está el dilema: No todos poseen lo mismo porque no todos se han comportado igual, pero también es cierto que no se debe cargar con los errores de nuestros ancestros. El niño que nace pobre no tiene la culpa, pero tampoco podemos expropiar al rico porque sus padres sí tienen derecho a darle un futuro con su esfuerzo. Debemos, pues, garantizar las mismas oportunidades para las nuevas generaciones como la educación o la sanidad universal, y por otra parte evitar el abuso al que los más necesitados pueden verse sometidos fijando salarios mínimos.

Otro trabajo era una reflexión acerca de lo que todos perseguimos. Es más o menos aceptado que buscamos la felicidad; pero Abelino defendía que por encima de esta buscamos un fin, y es a él al que dedicamos todos nuestros esfuerzos. Tanto que a pesar de no ser felices al principio persiguiendo nuestro objetivo, nuestra infelicidad se compensaría por poder conseguirlo a la larga. Eso explicaría, según él, el porqué se deja alguien matar por una causa o, sin llegar a tanto, se sacrifica por ella, padeciendo muchos sufrimientos.

Replanteaba en otro el concepto de derecho a la vida y sugería cambiarlo por derecho a una muerte correcta (digna, natural...). Con este concepto matar estaría igualmente censurado porque va en contra de una muerte natural. Pero estarían más defendidos conceptos

como la eutanasia. (Era un concepto muy evolucionado porque implicaba aceptar la muerte.)

Otro artículo reflexionaba acerca de cómo nos hemos hecho humanos desde el punto de vista moral. Ha sido un proceso muy lento que todavía no ha concluido. Cada vez somos menos salvajes y más justos. La justicia es un concepto nuevo que antes del ser humano nunca había existido, puesto que la naturaleza no es justa. Nosotros cada vez intentamos serlo más, aunque paradójicamente a veces somos mucho más inhumanos que los animales. Lo que es humano viene determinado por nuestras posibilidades. Y estas van evolucionando. Lo inhumano es el sufrimiento que podemos evitar (o dicho de otra forma, es inhumano lo que causa un padecimiento evitable). Una misma acción puede ser considerada inhumana ahora y aquí, pero en otro tiempo o lugar pudo haber sido asumida como natural.

No todas las redacciones las había escrito Abel, algo menos de la mitad eran originales de sus compañeros, pero el ambiente que se había creado había conseguido que incluso estas superasen notablemente la media de años anteriores. En este aspecto la más original reflexionaba acerca de las ventajas que las minorías organizadas tienen sobre las mayorías desorganizadas. Esto ocurre, por ejemplo, cuando una Hermandad (minoría) se pasa todo un fin de semana tirando cohetes a pesar del claro malestar de sus vecinos (mayoría), o cuando estas logran renombrar todas las calles de nuestra ciudad, afectadas por la ley de memoria histórica. Él proponía crear una nueva religión que agrupase a los no creyentes, la llamó Noísmo, y así conseguir que estos estuviesen en igualdad de derechos y oportunidades, logrando también recaudar dinero de Hacienda,

ayudar a la hora de dar trabajo a sus fieles, e incluso acceder a la educación y a sus calificaciones.

Además, como los alumnos debían defender su propuesta, lo principal era que la entendieran bien, por eso, en los días sucesivos, aprovechaban el recreo o la salida de clase para acercarse a Ave y plantearle sus dudas. Él era feliz por primera vez en su vida; se sentía exultante y, lo que es mejor, creía que este cambio sería definitivo. Era su momento, casi todos lo buscaban para debatir con él algunos aspectos de su discurso. No solo no le repudiaban y le admitían, sino que se daba una conversación intelectual que ellos mismos demandaban. Era increíble. Esta felicidad le hizo revisar sus acciones e intentar corregir sus errores ante sus compañeros. Nunca antes se había planteado cambiar, pero ahora quería mantener lo que había conseguido.

Curiosamente esta misma situación, esta introspección para mejorar, la viviría de nuevo un año después.

Cuando don Antonio, se llevó todos los trabajos a casa para corregirlos el fin de semana, esperaba lo de todos los años. Creía que se pasaría el domingo lamentándose del poco nivel que sus pupilos habían adquirido. Se sorprendió. En contra de lo que esperaba, ese día supuso para él una de sus mayores alegrías profesionales. Disfrutó leyendo casi todas las redacciones. Eran originales, abrían la puerta a una interesante discusión que ya estaba esperando que se produjese durante las próximas dos semanas. Pronto sospechó que Abelino debía de estar detrás de muchos de los trabajos porque no podía ser de otra forma, por su estilo y también por la continuidad que en ellos había (por ejemplo, en varios se hablaba de que la importancia que le damos a los valores cambia), pero lejos de molestarle, experimentó hacia él un sentimiento de profundo agradecimiento.

Normalmente la primera reacción ante una grata sorpresa es muy intensa, saltamos, gritamos, nos abrazamos... pero conforme pasa el tiempo la asimilamos y nos mostramos felices, pero cada vez menos eufóricos. Sin embargo, en algunos pocos acontecimientos pasa lo contrario; y es a medida que transcurren las horas cuando vamos comprendiendo su verdadera trascendencia, cuando va creciendo nuestra satisfacción, nuestro orgullo. Eso es lo que le sucedió a don Antonio en los días sucesivos. Cuando los alumnos fueron saliendo a defender sus trabajos y cuando su implicación en ellos era más que demostrada, se sintió el hombre más feliz del mundo. Y cuando se está muy contento hay una necesidad imperiosa de compartir tu estado. Es algo humano, no es una cuestión de intentar provocar envidia, ni de querer sobresalir, simplemente está en nuestra naturaleza la necesidad de reflejar nuestros sentimientos, de compartirlos.

No todo podía ser perfecto, aunque comprendió que a pesar de que los muchachos no debían haber tenido ideas propias sí las habían comprendido y asumido. Gracias a su alumno más aventajado, todos participaron esos días en los debates de todos, no solo en los suyos. Mucho tiempo después, al encontrarse a algún antiguo compañero de la carrera de filosofía, le contaría lo que ese año le pasó y a los más interesados incluso les enviaría los trabajos para que vieran el nivel que había conseguido.

Antes de acabar el curso, llamó a Abel e intentó influir en él para que estudiase filosofía. Le dijo que creía que tenía cualidades y que en contra de lo que se pensaba sí tenía salida, como por ejemplo ser lo que él era, profesor de filosofía, y hacer pensar a sus pupilos por sí mismos. Pero A.B. no lo tenía nada claro. Por una parte debía reconocer que la asignatura le gustaba y también reconocía que le

debía muchísimo a don Antonio. Desde el primer momento él lo había tratado de una forma especial, había sabido darle un lugar destacado en su clase pero con la suficiente mano izquierda para que nadie se diese cuenta. Cuando realizaba una pregunta o debatían un dilema moral evitaba preguntarle a Abelino. Su estrategia consistió en planteárselo a los más torpes para que fueran estos los que acudiesen a Abel y agradeciesen su ayuda. Era por eso por lo que sus palabras no caían en saco roto pero, por otra parte, había empezado a disfrutar de sus compañeros. Esa era una nueva vivencia que no quería dejar pasar; quedar un domingo para ir al cine, o para comer una hamburguesa o en casa de alguien para ver un partido, eran esas pequeñas cosas que daban sentido a su vida. Temía que el ir a Filosofía le volviese a meter de lleno en el grupo de los marginados.

Aquel verano, una vez finalizada la selectividad, Abelino había dudado qué carrera estudiar y al fin se decidió por Ciencias Químicas, en contra de lo que le había recomendado don Antonio. No lo tenía nada claro, pero el hecho de que Juan hubiese elegido esa facultad le acabó de decidir; no tanto porque le gustase o porque se viera trabajando en eso en el futuro, sino porque allí tendría un compañero, y a lo mejor en el fondo lo que más quería era no perder ese amigo, no acabar distanciándose de él. Así que, sin sentirse demasiado atraído por la química, la escogió como futuro. Esperaba que poco a poco lo conquistara y que al final apareciese el amor.

Aquel año su cumpleaños fue muy importante, cumplía dieciocho años y ante él se abría una nueva etapa: comenzaría la universidad, se sacaría el carnet de conducir y podría ir y venir a donde quisiese, aunque todavía con el permiso de sus padres. Ya no habría prohibidos ante él, podía comprar bebidas alcohólicas, entrar en un casino y votar en unas elecciones. Eran cosas que no pensaba hacer, pero el solo hecho de poder hacerlas ya le recompensaba. Quería creer que su suerte estaba cambiando, que cada vez se iba integrando mejor, que quedaban atrás los tiempos de marginación, de soledad.

Su dieciocho cumpleaños le sorprendió gratamente porque otros solían pasar casi desapercibidos. Sus padres muchos años ni siquiera compartían con él ese día por sus reiteradas ausencias por motivos laborales. Sin embargo, en este, a pesar de que también estaban fuera, se presentaron en casa para pasar el día con Abelino. Para ello

escogieron el chalet de unos amigos donde, cuando los niños eran pequeños, habían pasado muy buenos ratos. Estaba en lo alto de una colina desde la que se avistaba toda la vega. Había una bonita piscina rodeada de césped donde aprendieron a nadar, y el par de árboles altos que franqueaban la entrada les recordó cuando, mucho tiempo atrás, se balanceaban en el columpio que colgaba de uno de ellos. Era el lugar perfecto.

Todo fue genial, barbacoa, baño en la piscina, tarta con dieciocho velas, regalos (sus padres le regalaron un bonito reloj; sus abuelos, dinero) y para rematar el día Enrique, el padre de Abel había comprado fuegos artificiales. Esperaron a que anocheciera para disfrutarlos. Para entonces los familiares que le habían acompañado durante el día ya se habían ido. Natalia era la que se mostraba más impaciente por lanzar el cohete que, según había contado el vendedor, lanzaba primero palmeras y después una traca final. Enrique lo puso sobre el césped para que al prenderlo no ardiese nada. Se retiraron varios metros para estar más seguros y dejaron para Abelino el honor de prender la mecha. El tiempo aminoraba su constancia, pasaba y no pasaba nada. Todos impacientes hasta que, por fin, un rápido cometa ascendió con un ligero seseo acaparando toda la atención del negro cielo. Subía y subía hasta que explotó, liberando cientos de luces que tras desparramarse en todas direcciones, bajaban tintineado mostrando la forma de una gran palmera. Precioso. Después otra, luego otra, así hasta diez. Unas rojas y otras verdes iluminaban la apacible noche acompañadas de un sonido rezagado. A Abelino le encantaba el momento justo de la explosión, cuando se abrían en lo más alto formándose una esfera que en milésimas de segundos se expandía enormemente como queriendo acapararlo todo. Tras un lapso sin actividad, del cohete

comenzó a salir la traca final, que consistía en ruidosos disparos. El problema fue que el artefacto, al estar colocado sobre el césped, no se había asentado nada bien. La fuerza de los sucesivos lanzamientos había hecho que se fuera inclinando ligeramente hacia un lado. Al continuar disparando habiendo perdido la verticalidad, los disparos no subían sino que se proyectaron a ras del suelo. Como estaba hincado cada disparo lo hacía girar, y estos iban saliendo en todas direcciones, primero uno salió lanzado hacia la valla de tuyas, después otro se alejó en la dirección contraria. Era como jugar a la ruleta rusa. El siguiente fue hasta la piscina donde golpeó la depuradora. Vuelta a girar y se quedó justo apuntando a la familia feliz. ¡Desbandada general! Abel se tiró bajo la mesa, su madre, Ana, empezó a chillar como si así fuese a arreglar algo, después intentó salir corriendo pero se quedó paralizada por el pánico. Su padre no sabía si correr o proteger a su mujer y ante la duda, resbaló. Su hermana, en su huida, lo pisó y rodó por el suelo por lo que optó por arrinconarse contra la pared.

Nunca el tiempo había ido tan despacio, pasaron unos segundos que parecieron minutos y no ocurrió nada. El cohete se había apagado definitivamente tras lanzar todas sus salvas. Poco a poco volvió el color a los rostros de la familia Berson. Después, alguna intrépida sonrisa, y al cabo de poco, la risa de Natalia recordando la escena. Cuando ya todos reían a carcajadas, Abelino, con la cara descompuesta, interrumpió la alegría generalizada al decir:

—Papa, las tuyas están ardiendo.

La risa, que tan fácilmente se había escuchado, en parte por la relajación después de una gran tensión, paró de repente. Todos dirigieron su mirada hacia donde había caído el primer impacto y vieron que los árboles estaban ardiendo con grandes llamas.

Zafarrancho general. El padre asumió el mando y comenzó a dar órdenes:

—¡Necesitamos agua! Coged algo donde transportarla. ¡Buscad un cubo! Usad los maceteros. Tomad el agua de la piscina. Natalia, ve a buscar una manguera.

Cada uno asumió su papel y en breve el incendio logró ser controlado, aunque por si acaso continuaron remojando la valla. De nuevo poco a poco, a medida que se relajaron, se permitieron alguna sonrisa.

—¡Qué susto!

—Casi la liamos, menos mal que hemos sido rápidos.

Y de nuevo todo ese ambiente volvió a ser interrumpido por la pregunta de Natalia.

—¿Y el segundo cohete? ¿Dónde habrá caído?

Todos se quedaron blancos, petrificados por la duda. Abelino se asomó y dijo tranquilamente:

—Papa, está ardiendo la parcela del vecino.

Su madre casi se desmayó. Tras las fuertes emociones sufridas le faltaron fuerzas para reaccionar. Pero poco a poco tuvo que superarse para ayudar. Su padre volvió a organizarlo todo mientras corría a saltar la valla para intentar sofocar el fuego:

—Vamos a quemar toda la urbanización —se dijo a sí mismo.

—¡Ana, llama a los bomberos! —gritó a su mujer mientras saltaba el muro.

Allí, los pastos secos por el rigor del verano eran un caldo de cultivo excelente para arder, pero su consistencia hacía que también fuesen fácilmente aplacables. Por eso cuando Enrique logró llegar, a pesar de encontrarse con un área de unos diez metros cuadrados quemada, pudo ir sofocando el fuego simplemente golpeando los bordes con

una escoba que encontró por allí. Para entonces su mujer intentó saltar la tapia del vecino con tan mala suerte que cayó desde arriba y se arañó al rodar por el suelo. Al llegar junto a su marido le oyó decir:

—Estoy logrando controlarlo. ¿Llamaste a los bomberos?

—Sí.

—¡Por Dios, que no vengan, que nos meten en la cárcel!

Ana, magullada y dolorida, corrió a saltar otra vez el muro y volvió a telefonar a los bomberos. Le costó mucho convencerlos de que no hacía falta que fueran, pero al final lo logró. Tras colgar se vino abajo. Toda la tensión pudo con ella y comenzó a llorar. Cuando su marido regresó, mientras Abel aseguraba la zona empapándola de agua, le hizo prometer que nunca más habría fuegos artificiales.

—Te lo prometo —dijo—. De todo corazón.

Evidentemente fue un cumpleaños inolvidable.

Por fin comenzó el curso. Después del largo verano tocaba de nuevo madrugar. Otra vez respetar los horarios, los estudios... Pero este año era especial, puesto que empezaba una nueva etapa: la universidad, a la que todos llegaban llenos de dudas y Abelino no era una excepción.

Días antes del comienzo, tuvo la mala fortuna de contraer una molesta gastroenteritis que le dejó sin poder salir de casa casi una semana. Abel, que como ya sabéis es muy tímido, maldijo su suerte, puesto que creía que el empezar unos días tarde podría aislarle, al estar los grupos ya formados. Pero no le quedaba otra. Así que con sus dudas y temores, el tercer día se presentó en la facultad de Química. Al menos Juan le había facilitado los horarios.

Se propuso no llegar tarde ese día para no señalarse, por eso calculó el tiempo que necesitaría para llegar y añadió un cuarto de hora para ir más holgado. Puso el despertador a la hora calculada, eligió la ropa que se pondría y la dejó apartada en la silla de su escritorio, preparó la mochila con todo lo que necesitaría en la facultad (dudó si llevar mochila sería considerado infantil y al final lo desestimó, pero eso sí, la debía llevar engarzada en solo un hombro) y cogió dinero: un billete de diez euros y dos euros con cuarenta en monedas para el metro. Todo lo había dejado preparado para no llegar tarde.

A la mañana siguiente, los nervios y las dudas, que le hicieron repasar varias veces si lo llevaba todo, le retrasaron un poco, pero felizmente acabó todo con tiempo suficiente para coger el metro. Para

ello disponía de una aplicación en el móvil que le decía cuándo pasaría el próximo por su parada y vio con satisfacción que lo haría en diez minutos. A él, como la parada estaba justo enfrente de su casa, afortunadamente le sobraba tiempo. Esperó sentado en el sofá y a los cinco minutos salió de su casa. Cruzó la calle, se dirigió a la máquina expendedora de billetes e introdujo el importe: primero un euro y luego veinte céntimos. El tique no salió. Abel se extrañó. Volvió a pulsar la tecla correspondiente al trayecto. Nada. Miró el display, este indicaba que faltaban veinte céntimos. Se extrañó y rebuscó en el bolsillo, introdujo la otra moneda pero la máquina seguía sin imprimir el billete. La golpeó, primero suavemente y después más contundentemente, hasta que se le acercó un operario.

—¿Pasa algo? —preguntó con cara de pocos amigos.

—Sí, he metido el importe y se ha debido atascar porque no admite más dinero.

—Deja que lo vea —añadió, mientras iba a buscar la llave que la abría.

Solo tardó un minuto.

—Vamos a ver... A sí... Es por esto —dijo mientras sacaba una moneda ligeramente abollada y le devolvía la siguiente.

—Es que esa moneda la ha atascado, echa mejor la segunda para que no vuelva a suceder.

—Gracias.

Abelino hizo lo que le sugirió el operario, pero desgraciadamente, cuando obtuvo el billete el metro ya había partido; había estado tan distraído con ese inconveniente que ni siquiera se había dado cuenta. De todas formas no hubiera podido hacer nada. Tendría que esperar otros doce minutos. ¡Qué mala suerte!

Todavía hacía calor a pesar de ser temprano. Abelino, que como era su costumbre volvía a llegar tarde, fue andando muy rápido, y esto le hizo sudar. Justo antes de cruzar la puerta de la facultad, se paró unos segundos en la sombra para refrescarse con la corriente de aire fresco que circulaba por allí. Mientras, respiró hondo y reflexionó que ahí empezaba una nueva etapa. Echó una inquisitiva mirada; a primera vista todo le pareció distinto a lo que estaba acostumbrado. No sabría definir la diferencia; quizá todo era más grande, había más seriedad, menos algarabía, se vestía algo mejor. Preguntó dónde estaban las aulas y se dirigió a la B, la que Juan le había dicho que era la suya. La primera asignatura que tenía era Química inorgánica. La clase ya había comenzado y Abel, en el pasillo, dudó si entrar o esperar a la siguiente hora. En esas estaba cuando un celador que pasaba le increpó:

—¡Aquí en los pasillos no se puede estar!

A.B. se vio avocado a entrar y al hacerlo interrumpió la explicación de don José. El profesor se dirigió a él:

—E-e-e-espero que ya-ya no me interrumpa na-na-nadie m-más.

Abelino se quedó totalmente sorprendido porque no esperaba que le recriminara su tardanza y, sobre todo, porque nadie le había contado que don José era tartamudo. Y lo peor era que, además de tartamudear, le aparecía un tic en los ojos, que provocaba un gesto realmente cómico. Fruncía el ceño y entornaba los ojos cada vez que se atrancaba. Parecía como si su cabeza se sobrecalentara más y más, hasta que por fin lograba aliviar la presión y continuaba hablando.

Nuestro amigo se quedó paralizado, sus nervios le jugaron una mala pasada y al intentar articular palabra dijo:

—Lo-lo-lo siento.

Lo hizo con un leve tartamudeo, que muy de vez en cuando le aparecía en circunstancias apuradas. En la clase, en la que hasta entonces había un leve murmullo de fondo, ajena por completo a su presencia, se hizo un silencio absoluto. Inmediatamente, un nuevo susurro empezó a propagarse y al poco ya se podía escuchar alguna risa.

—¡Le ha contestado tartamudeando!

—Ge-ge-genial —se oyó por arriba.

Abelino no sabía qué hacer, un sudor frío le invadió y empezaba a marearse. Don José continuaba frente a él mirándolo muy seriamente.

«Me estará tomando el pelo o es de verdad tartamudo», dudaba.

Finalmente, al analizar al alumno, pensó que no parecía el típico gracioso, sino el pobre muchacho del que todos se burlan: su cara descompuesta, su vestimenta pasada de moda, que además le estaba pequeña, su flequillo lacio sobre la cara... hicieron que el profesor se compadeciese de su pupilo.

—Bu-bu-bueno, a-a-a qué espera. ¡Siéntese!

Por fin llegaba la sangre, de nuevo, a la cara del estudiante de química, quien añadió:

—Gra-gracias.

Lo pronunció muy bajo, pero esta vez fue conscientemente. Había entendido que tenía que seguir disimulando que se atoraba hablando, para que don José no pensara que se había burlado de él. Semanas después, se daría cuenta que esta segunda contestación fue lo peor que podía haber hecho, aunque al principio no se arrepintió sino todo lo contrario, se felicitó por esa respuesta puesto que gracias a ella se integró muy bien.

Dado que con sus compañeros hablaba normal, todos dedujeron que se había atrevido a hablarle al tartaja, que era ese el mote que le

habían puesto al profesor, de igual a igual, y eso lo llevó a ser el héroe del mes. Su hazaña se llegó a comentar incluso entre los antiguos alumnos de don José. Lo negativo era que cada vez que Abelino tomaba la palabra en la clase de Química inorgánica, lo tenía que hacer atrancándose y esto generaba murmullos y risas por doquier, que lejos de levantar sospechas en el tartaja, provocaba su compasión, al entender que se reían de un desdichado compañero, y trataba de protegerlo, puesto que él, más que nadie, sabía por lo que estaba pasando.

A medida que pasaban los días, la situación se complicaba más y más. A pesar de querer pasar desapercibido, ya había tenido que tomar la palabra en otras clases, en concreto, en Química orgánica. Como no estaba tan alerta, en cuanto el profesor le preguntó algo, él le respondió normal, sin tartamudeos. Al cabo de unas semanas, mentalmente llevaba la cuenta de en qué clases era tartamudo y en cuáles no lo era. Pero donde no podía equivocarse, era en la de don José, que para acabar de complicarlo todo le había cogido cierto cariño o, más bien, en él había florecido cierto sentimiento de protección que le llevaba a no hacerle hablar en público demasiado, pero en cambio, al finalizar la clase, más de una vez se interesaba por él.

—Bu-bu-bueno, Berson. ¿Qué tal le va?

Cada vez que esto ocurría, se producía un hiriente silencio y poco a poco, como zombis, sus compañeros se iban acercando a él para no perderse palabra.

Comentar esos instantes en los pasillos era como hablar los lunes del partido de la semana. El que no lo había visto no podía opinar y por tanto estaba en fuera de juego con respecto a los demás. Todos se daban cuenta de que más importante aún que estar allí y haberlo

vivido, era comentarlo. El profesor seguía achacando este comportamiento a la persecución sufrida por su alumno.

—¡Qué hacéis to-to-todos aquí! ¡Qué-que-que corra el aire!

Curiosamente su tartamudeo se acentuaba cuando estaba alterado y en cambio se suavizaba cuando le hablaba a Abel, por eso también le agradaba conversar con él.

—Mu-mu-muy bien, gracias —contestó Abelino.

Bastaban esas palabras para romper el silencio y que se escuchasen risas ahogadas.

A Juan, desde el principio le sobrepasó la situación. Entendió que esto acabaría mal y no quiso que los profesores le relacionasen con su amigo. Por eso trató de distanciarse; en clase le rehuía, y solo se acercaba a él cuando volvían a casa.

—Mira, tú haz lo que quieras. Pero yo no me siento junto a ti. Lo lamento pero cuando «el tarta» se entere se liará y la tomará contigo y con quien esté contigo.

—No me hagas esto, Juan —suplicaba—. ¿Qué podía hacer yo?

—¡Que qué podías hacer! ¡Coño! Pues hablarle normal.

—Pero si lo hice sin querer, tú a veces me has oído atrancarme algo.

—¡Algo!, pero no responderle a todo en ese plan, le hubieras continuado hablando normal y ya está.

—Sí, quizá pero ya...

Juan estaba en tensión en clase, sufría por su amigo. El único momento en el que la situación le hacía gracia era cuando lo contaba. Entonces se relajaba y podía ver la parte cómica de toda esta historia. Era una de esas batallitas que siempre serán recordadas. Cuando pasen veinte años y se encuentren viejos colegas de carrera, seguro que alguien saca la historia para que todos se vuelvan a reír con ella. Para entonces tal vez se haya olvidado lo que con tanto

esfuerzo se estudió ese año, incluso las asignaturas que se tuvieron, o el nombre de los compañeros, pero eso nunca se olvidará.

Un viernes por la noche de principios de octubre, él y Vero acompañaban a Eva. Tenían claro que los buenos amigos sobre todo deben estar juntos en los malos momentos. Su amiga estaba pasando por un mal trago puesto que acababa de dejar a Ricardo. Se había dado cuenta de que él era así y que no cambiaría. Si seguía más tiempo junto a él, sería ella la que cambiaría, dejando de relacionarse con todos, de hacer lo que realmente quería, en definitiva, de ser feliz. Es verdad que toda relación nos cambia, pero deben ser cambios asumibles que merezcan la pena, que te den más de lo que te quiten, pero ese no fue el caso entre ellos.

—Cuéntale la última de tu amigo —le requirió Vero esperando que la anécdota le hiciese reír.

—Increíble, A.B. ha nacido para actor, se ha equivocado de carrera —respondió Juan.

Así fue como Eva supo de Ave. Supo que su nombre era Abelino, pero que a él no le gustaba porque de chico se metían con él usando la rima fácil de su nombre. Supo que era bastante desastre pero que según sus amigos tenía buen corazón.

Por regla general, menos de la mitad de los matriculados acudían a clase de Química inorgánica, puesto que la asistencia no era obligatoria y muchos alumnos preferían estudiar por su cuenta, ayudándose de libros, en vez de ir a escuchar a un profesor que, debido a su tartamudeo, era difícil de seguir. Sin embargo, este año, a medida que pasaban los días, la clase cada vez estaba más concurrida, hasta el punto de que al cabo de un mes, la capacidad del aula ya era insuficiente para dar cabida a todos. Tanto era así, que los últimos en entrar se veían obligados a sentarse en los escalones. Don José estaba muy sorprendido; lo que en principio le debía de provocar orgullo, en cambio, le hacía ser muy suspicaz. Entendía que Abelino tenía algo que ver con esto, pero no se imaginaba hasta qué punto sus sospechas iban bien encaminadas. Se rumoreaba que incluso alguna vez entraron en clase personas que no estaban estudiando química, aunque esto no se consiguió acreditar nunca.

Un numeroso grupo de alumnos acompañaban a A.B. para avisarle cuándo tenía que cambiar la voz. Tenían preparado un cuadrante donde figuraba el horario. En él, además de aparecer la asignatura que tocaba, habían añadido cómo tenía que hablar Abel. Estaba hecho según había hablado nuestro protagonista con los distintos profesores:

Química inorgánica: tenía que hablar tartamudeando.

Matemáticas: daba igual porque todavía no había intervenido.

Física-Química: debía hablar con un leve tartamudeo, puesto que don José le saludo al salir de la facultad cuando estaba con el profesor de esta asignatura.

Química orgánica: hablar normal.

Geología: hablar al menos torpemente puesto que en esa clase empezó a tartamudear y cuando se dio cuenta lo trató de suavizar, aunque la profesora no le dio importancia.

Entre los alumnos se formaron dos grupos: El primero era el que, como iban para reírse, perseguía que Ave tomara la palabra y que se equivocara. Para ello usaban tácticas innobles, como cuando en medio de la clase alguien tomó la palabra para decir:

—Don José, Abelino quiere decir algo.

El segundo grupo era el de los asesores que le apuntaban cómo debía responder. Ellos crearon unas claves: dos golpes, claro tartamudeo; un golpe, leve; sin golpe, normal. Así, cuando el profesor preguntaba a Abel sonaba un golpe seco si tenía que usar el tartamudeo leve. Sus compañeros se turnaban para asumir el papel de quien tenía que avisarle, e incluso el afortunado (pues era un honor asumir este papel) tenía pendiente a los que se sentaban junto a él por si distraía su vigilancia.

Ambos grupos cruzaban apuestas sobre cuánto duraría esto. Poco a poco el primer grupo, el de los saboteadores, iba mermando. Por una parte porque Abelino era el héroe de la clase y casi de la facultad, y no muchos quieren estar en contra del líder; y por otra parte, porque eran severamente castigados por don José cuando trataban de ridiculizar a su compañero. Por supuesto, también hay que mencionar que existía otro grupo más numeroso que los otros dos. Era el de Juan y de los que como él no querían saber nada del tema. Estos, a medida que pasaban las semanas, se veían más y más involucrados. No querían verse implicados en la broma pero sospechaban que cuando

se destapase acabaría salpicando a todos, incluso a ellos. Ya alguno había sugerido chivarse, pero de momento no lo había hecho nadie, quizá por compañerismo, quizá por no saber justificar porque no lo había delatado antes. Juan estaba desolado, a estas alturas tenía la absoluta certeza de que todo acabaría mal. Ningún grupo le satisfacía ni siquiera el que trataba de asesorar a su amigo porque no pensaba que seguirle el juego fuese bueno para nadie.

Miércoles, 16 de octubre

Abelino se levantó tras tres avisos de Carmen, la mujer que cuidaba de él y de Natalia durante las ausencias de sus padres. Se duchó. Al salir se dio cuenta de que había olvidado la toalla (los martes se lavaba la ropa en su casa) y tuvo que cruzar toda su habitación chorreando hasta alcanzar la toalla que estaba en el armario. Se vistió. Bajó a desayunar escuchando, como todos los días, que llevaba diez minutos de retraso. Las prisas hicieron que se manchara con el chocolate, pero como ya era muy tarde salió corriendo sin haberse cambiado. De camino al campus universitario, en el metro, conectó la música de su teléfono, se acopló los auriculares y se entretuvo tarareando sus canciones favoritas, tanto que se pasó una parada y tuvo que bajarse para cambiar de sentido y retroceder una estación. Lo peor era que no era la primera vez que le pasaba. Llegó a la facultad y, a pesar de que era muy tarde, se detuvo a memorizar el horario:

Primera hora: hablo normal. Segunda: tartamudeo. Tercera: sin definir. Cuarta: tartamudeo claro.

Ese día, en el descanso entre horas, se estaba debatiendo sobre lo vigilados que estamos a tenor de las escuchas que realiza Estados Unidos. En esas estaban, cuando alguien comentó que creía que las llamadas pasaban por un minucioso filtro y que determinadas palabras activan automáticamente la escucha. A.B. se mostró muy sorprendido. Comentó que no entendía cómo podía suceder eso desde el punto de vista técnico, así que encabezó a los pocos que dudaban. El debate tomó tanta relevancia que al cabo de un rato se había propagado por los distintos grupos que se formaban en el pasillo, a la salida de primero B, y todos querían opinar. Lo usual era que cada reunión charlara de una cosa distinta en los descansos entre clases. Unos sobre el fútbol, otras sobre la moda, otros sobre la economía, aquellos sobre qué harían el fin de semana próximo, estos sobre lo que había dicho el profesor de antes... Un sinfín de opiniones, gritos, risas, aclamaciones, se cruzaban todos los días al concluir cada clase, pero ese miércoles todos acabaron girando en torno a las escuchas. Como no se ponían de acuerdo, Abel opinó que la única forma de aclararlo era probar a hacer una llamada en la que dijeran todas las palabras activadoras que se les ocurrieran.

A todos les fascinó la idea, y en lo sucesivo todos se encargaron de reunir palabras comprometedoras. A los pocos días, el debate, aunque iniciado en su clase, ya había traspasado fronteras, y todos los otros grupos de primero también participaban en él. Abelino se sentía eufórico, tantos años discriminado y de repente era el eje de la clase e incluso era conocido por casi toda la facultad.

—Ave, añade «revolución».

—Abel, ¿tienes en tu lista «goma 2»?

—A.B., ¿ya has hecho la llamada? Cuando la hagas quiero estar presente.

Cientos de palabras pasaron a ser propuestas, debatidas y casi todas descartadas. Solo unas pocas se seleccionaron, puesto que el criterio general era que el mensaje debía ser corto. Algunos, pese a no haber convencido a la mayoría para que admitiesen una de sus palabras escogidas, no se rendían y trataban de ganarse a Abel para que él las introdujese. Por eso, esos días no le faltaban amigos que lo acompañasen a casa o al menos parte del camino.

Juan, aunque participó inicialmente en el debate, no veía con buenos ojos que su amigo tuviese que ser el que telefonease y diera el mensaje. Era de los que pensaban que no traería consecuencias porque no sería detectada, pero no sabía por qué su compañero se tenía que meter en más líos. Por eso, al cabo de un par de días decidió abandonar y no volver a intervenir. Abelino se dio perfecta cuenta que poco a poco se distanciaba de él, pero no podía, ni quería, hacer nada por evitarlo.

La llamada tardó en hacerse, no por prudencia, sino porque Abelino quería saborear su momento de gloria. Intentó alargarlo lo máximo posible porque tenía decidido que solo la haría cuando empezase a perder interés. Lo último que se discutió era si lanzar palabras sueltas o hacer con ellas unas frases con cierto sentido. A él le daba igual, pero ganaron los partidarios de decir algo con cierto sentido.

Un fin de semana de finales de octubre Juan y Vero acordaron quedar con Eva, salir a comer y después ir a su casa a jugar a algún juego. Este último mes habían tomado esta rutina para intentar animar a Eva, quien, debido a su separación, había dejado de mostrar esa simpatía que parecía irradiar continuamente; ahora parecía una sombra de lo que fue, con la mirada perdida y los ojos continuamente brillantes por unas lágrimas que no le costaba mostrar. Como otras muchas veces, Juan animó a su amigo a que se apuntase. Se lo preguntó sin confiar que respondiese que sí, pero esta vez Abel le sorprendió al contestarle:

—Bueno, ¿por qué no?

En realidad, Abelino llevaba soñando con Eva mucho tiempo, la había visto con Juan y Vero en varias ocasiones, pero siempre la había rehuido, la veía inalcanzable. Ahora, en cambio, pensó que era su momento, que todo le estaba saliendo bien y tenía que aprovechar la oportunidad. Ya no se sentía incomodo ante los desconocidos y había aprendido que las situaciones nuevas pueden traer nuevas oportunidades.

Ese fin de semana todos quedaron para tomar unas tapas por el centro. El frío empezaba a hacer acto de presencia y hubo que sacar los chalecos del armario, donde habían sido olvidados allá por el mes de abril. Pero afortunadamente, al mediodía salió el sol e hizo que estar en la calle fuese agradable. Eva se alegró de conocer a Abel, pues últimamente había oído hablar mucho de él.

—Hola —dijo Juan—. Mira, te presento a Abel. —Pues ese era el nombre que él prefería.

—Ho-ho-hola —bromeó Eva.

Abelino quedó algo desconcertado al principio, pero al escuchar la risa de todos reaccionó.

—Veo que ya sabes de mí.

—Sí, tengo entendido que últimamente te has hecho muy famoso.

—Bueno, la situación se me lió un poco el primer día...

Juan fue el más sorprendido. Era el que mejor conocía a su amigo, sabía de su timidez y nunca se lo habría imaginado entablando una conversación distendida con una chica inmediatamente después de que se la presentaran. Sin embargo, la confianza adquirida en estas últimas semanas habían hecho lo impensable, que Ave y Eva monopolizasen la conversación toda la comida. Bien es cierto que años atrás, cuando conoció a Vero, Juan ya lo había visto intercambiar algunas impresiones con su novia, pero nada parecido a lo que estaba presenciando esa noche. Hablaron de todo un poco. A.B. empezó comentando el tiempo, que siempre es un tema comodín cuando no se sabe de qué hablar, para poco a poco tratar temas más personales como sus gustos y aficiones. Al fin de la velada, Abel le había contado que su apellido era muy poco común porque su abuelo era francés, aunque tenía ascendencia alemana. Originariamente llevaba alguna consonante más, pero las sucesivas inmigraciones habían suavizado la dureza del idioma teutón. La fonética había impuesto sus reglas. Eva, por su parte, le habló acerca de su reciente cambio de apellidos. Ella misma se sorprendió cuando empezó a hablar de ello, pues renegar de tu padre es un tema espinoso que no se cuenta a cualquiera. Pero el que estuviesen tratando ese asunto de

los apellidos, y el que se sintiese extraordinariamente cómoda, le hizo sacar el tema.

Cuando acabaron, propusieron ir a casa de Eva a jugar a algún juego de mesa. Era una rutina que habían adquirido en últimas semanas en las que se esforzaban por estar más pendientes de su amiga. A Abel la idea no le gustó nada, pues le dijeron que allí estaría la madre de Eva, y eso le daba cierto corte. Así que se dedicó a poner excusas diciendo que tenía que estudiar, en vez de argüir sus verdaderas razones. Pero un:

—Anda, Abel, ven con nosotros, ya estudiarás mañana.

Y un:

—Ven, porfa...

Se le hicieron imposibles de rechazar.

Cuando Abel y Lola se conocieron, ambos se sorprendieron gratamente. A.B. porque se esperaba a la típica madre, como la suya, muy alejada del sentir de los jóvenes, que habitualmente les está poniendo límites, criticándolos por lo que hacen y por lo que no hacen. En cambio, encontró a la persona opuesta, alguien con pocos prejuicios que animaba a probarlo todo, a experimentarlo todo. Lo decía de una forma tan categórica que fue el propio Abel quien tuvo que ponerle peros.

—Ante una disyuntiva, siempre hay que hacer lo nuevo, probarlo todo —decía Lola.

—Mujer, no es mala recomendación, pero no siempre. Hay cosas que no se deben hacer porque de antemano sabemos que son malas —le argüía A.B.

—Bueno, en algunos casos quizá tengáis razón, pero otras veces eso que pensamos que es malo solo es la inercia de las costumbres.

Lola vestía de forma bastante estrafalaria. Su vestimenta recordaba el estilo hippie, con falda larga y amplia de colores vistosos. Llevaba el pelo corto pero se había dejado por detrás una delgada coleta con rastas. Unas gafas muy llamativas hacían recordar su edad, pues las necesitaba por su presbicia. Era atrevida en vez de conservadora. Ella vio en Abel a un chico que no se creía superior a su hija; divertido, sincero, y sobre todo que hacía reír a Eva. Aunque solo eran amigos, pensó que a su hija le iría bien si esa amistad iba más allá. Tenía que reconocer que su físico dejaba mucho que desear, por no hablar de su estilo al vestir, pero eso en definitiva no era lo importante en el hombre ideal para compartir una vida.

Aquella noche Abelino tardó mucho en dormirse, era feliz, estaba enamorado y lo más importante es que creía que ese amor era posible. Además, él mismo estaba sorprendido porque se sintió cómodo en el entorno de Eva. No solo le atraía ella sino que le gustaba todo lo que giraba alrededor suyo. Estaba tan impaciente por repetir un encuentro con su nueva amiga que no pudo dormir sopesando excusas para propiciarlo.

Juan y Vero también se marcharon muy satisfechos, su plan de Celestina había funcionado y se preguntaban si podía ser posible. Vero afirmó:

—En el amor no hay imposibles.

El lunes siguiente se hizo la famosa llamada, ya no se podía demorar más. Abel lo habría intentado una vez más, pero pensó que corría el riesgo de que otra persona tomase su lugar haciéndole quedar como un cobarde. En realidad a nadie se le pasó por la cabeza suplantarle, pero sí es verdad que para incitarlo algunos empezaban a hablar de su falta de gallardía.

Entre todos decidieron que la frase consensuada se dijese en el descanso entre clases que había a media mañana. Lo que no se había pensado hasta ese momento era si la llamada debía ser realizada vía móvil o por red fija. Muchos opinaban que de haber escuchas en los teléfonos, serían más factibles en los que van a través de los satélites, y por eso propugnaron que se hiciese por un móvil; pero resultó que Abelino no lo había llevado, y lógicamente nadie quiso prestárselo. Por otra parte, los teléfonos de la universidad eran fijos y hubo quien opinó que técnicamente sería más correcto que la procedencia fuese similar. Casi nadie entendió este último razonamiento pero ya estaba claro que lo mejor sería esta última opción para no dilatar tanto la elección que no diera tiempo a llamar. A.B. intentaba que se perdiera otro día, pero su intención se vio truncada por la realidad. Por eso tuvo que desplazarse a su casa, para desde allí telefonar a la delegación de alumnos de la facultad, que a esa hora estaba tan abarrotada que a pesar de ser una habitación normalmente fría por no contar con calefacción, los allí presentes sudaban copiosamente.

Un par de avispados se ofrecieron a ir con Abel para ahorrarse los empujones de la facultad y de paso vivir el evento en primera persona. Abelino para variar se retrasó, y eso hizo que las clases se hubiesen reanudado cuando él llamó, sin embargo nadie abandonó su puesto. En el aula, el profesor tuvo que preguntar a los allí presentes qué pasaba, que si ese día había un partido importante o algo.

—Algo —respondió un alumno por lo bajini.

En el otro extremo de la ciudad, nuestro protagonista estaba entrando en su casa. Carmen, la mujer que en aquellos momentos se encargaba ellos y de la casa, se extrañó de verlo a esas horas, por lo que le preguntó si ocurría algo. Ante la pasividad de A.B., que no se

había preocupado de buscar una excusa para aparecer por allí a media mañana, uno de sus compañeros le contestó que venían a recoger un trabajo que habían hecho en común. Acto seguido subieron a su dormitorio y se encerraron con el teléfono. La chica receló, pero no pudo hacer nada excepto estar alerta, tratando de escuchar sus conversaciones. Como no se despegaba de la puerta pusieron algo de música para entorpecer su escucha.

—«Soy Abel, tengo la bomba de goma 2 para el atentado preparada, en el capitolio será un buen lugar, en fin de año comenzará la revolución, seremos los mártires de la causa.»

Cuando A.B. colgó el auricular le invadió un temor inquietante, pero no por las consecuencias de la llamada, sino porque una vez hecha, él dejaría de estar en el candelero. ¿Volvería a ser el chico marginado que era antes? Se despidió de los que le acompañaron y se sentó en la cama. Reflexionó. Lo hizo como nunca lo había hecho. Antes hacía las cosas porque sí, o porque era la primera opción que se le pasaba por la cabeza, pero ahora que lo tenía todo no quería perderlo. Pensó acerca de lo que había hecho bien; llegó a la conclusión de que fue el éxito lo que le había llevado a olvidarse de su timidez, y eso le había ayudado para triunfar. Reflexionó que debía ser más atrevido y no pensar en qué podía fallar, porque esto le colapsaría. Tenía que pensar en la posibilidad de alcanzar sus objetivos, y si no era a la primera, ya lo lograría en otra ocasión. Valor, coraje, decisión, perseverancia, fueron palabras que pasaron por su mente. Tras un rato solo, como únicamente le quedaba una asignatura, dudó si volver a la facultad, pero llegó a la conclusión de que no se quería perder el recibimiento que le darían sus compañeros después de la llamada, como así fue. Sucedió como cuando el equipo de la ciudad vence la liga y pasea triunfante por las calles. Muchos le

vitoreaban, cantaban su nombre, otros le saludaban, y todos querían estar allí, ante la inmensa perplejidad de ciertos profesores y bedeles que no entendían de qué iba aquello, pero se afanaban por no quedarse al margen, intentado enterarse aunque sin éxito, pues nadie quería comprometer demasiado la situación.

A pesar de sus deseos, la vida se le complicó a partir de aquel momento. Nuestro personaje había aprendido mucho pero todavía tendría que aprender que con la mentira no se llega a ninguna parte.

Ave soñaba con volver a quedar con Eva, esperaba que Juan volviese a invitarlo, como finalmente hizo. Por eso, como sabía que era muy probable que acabasen jugando a las cartas en casa de Lola, quiso quedar bien. Para ello lo tenía todo preparado, decidió aparecer allí con un par de lirios y así agradecerle su hospitalidad. Para Eva fue un chasco verlo entrar con unas flores que creía que eran para ella, pero que fueron para su madre. Por su cabeza pasaron en breves instantes multitud de actitudes: sorpresa, vergüenza, alegría, atracción, desengaño, ira, celos, comprensión, respeto y cariño. Rápidamente entendió que además de ser un caballero, era una persona muy madura para su edad. Sabía estar y sabía ganarse a la gente que le importaba; en concreto su madre ya era una incondicional suya.

El siguiente fin de semana se presentó otra vez con flores, tres rosas, para Eva. Lo hizo porque ella, cuando le llevó los lirios a su madre, le había increpado, bromeando, que también vivía ahí. Ya entonces Eva se había dado cuenta de que Abel estaba enamorado de ella. Eso le hizo sentirse bien. Se sorprendió de lo pronto que había olvidado a Ricardo.

Eva, poco a poco, fue viendo en Abel a un chico interesante, diferente a los demás, con ideas propias, con mucha personalidad. Muy distinto a como se lo había imaginado cuando, todavía sin conocerlo, Juan le hablaba de él. Durante este último mes, se había dado cuenta de que Abel era mucho más que un chico gracioso al que se le invita a las reuniones para que las anime con sus

ocurrencias. Por supuesto que era un desastre por sus despistes y sus meteduras de pata, pero no tenía ninguna intención de hacer daño a nadie. Veía en él un chico bondadoso, siempre dispuesto a hacer favores e incluso a sacrificarse por sus amigos. Había apreciado que, desde la primera vez que lo vio, había intentado mejorar su imagen esforzándose por vestir mejor, más a la moda. De hecho, había renovado su vestuario dejándose aconsejar por Juan y Vero. También le sorprendió gratamente que fuese romántico y educado.

Su amigo siguió invitándole y por supuesto él iba encantado. Cuando llevaban cinco semanas coincidiendo, Juan llamó a su amigo para decirle que ese sábado él y Vero irían a Córdoba con sus padres, así que no podrían quedar. A Abel le sentó fatal, había contado los días para reunirse con Eva y desgraciadamente esto se lo impediría.

—No me hagas esto, por favor, ya iréis otro día.

—No, ya nos hemos comprometido, además, lo que debes hacer es llamarla y quedar tú con ella.

—Solos, no sé...

—¿Qué es lo que no sabes? Vamos, Abel, que ya sois mayorcitos.

—Bueno, tal vez tengas razón.

Lo que al principio fue una decepción se convirtió en una oportunidad para afianzar su relación. Así que llamó a Eva y le propuso invitarla a cenar. Eva, por supuesto, aceptó. Decidió sorprenderla y la llevó a un restaurante de moda en el centro que había consultado en Internet. Era bastante caro, sin embargo merecería la pena si ella quedaba satisfecha.

Hasta que no estuvieron en la puerta no le dijo que iban allí. Ella esperaba comer en la pizzería de siempre, y aunque se quejó porque él se gastaría mucho dinero, le gustó que la cortejaran. Todo transcurrió muy bien, la comida era muy buena. Era uno de esos

restaurantes de mucha elaboración, donde los distintos platos muestran numerosos matices, aunque con lo que ambos estuvieron más satisfechos fue con el servicio. No estaban acostumbrados a tanta atención por parte de los camareros. Desde el primer momento, cuando el maître le acercó la silla, ella se sintió especial; y él al verla feliz supo que el desembolso valdría la pena. De todas formas ambos fueron bastante recatados a la hora de pedir, pues ella no quería salirle muy cara, y él no quería gastarse más de lo previsto. Estuvieron hablando de muchas cosas, de sus aficiones, de sus amigos, de sus inquietudes... y descubrieron que tenían mucho en común. A ambos les gustaría viajar, conocer otros lugares y culturas; ambos criticaban el excesivo materialismo de nuestra sociedad, donde tenemos más de lo que necesitamos; a ambos les gustaban los mismos grupos musicales; incluso los dos apreciaban el placer de la lectura, por lo que aprovecharon para recomendarse libros. Ave le habló de *El proceso* de Kafka, que a su juicio era una genialidad, y ella comentó que le había encantado *La guerra del fin del mundo* de Mario Vargas Llosa. Con respecto al séptimo arte no coincidieron tanto. A ella le gustaban mucho los clásicos, incluso rodados en blanco y negro, y él sencillamente no podía opinar porque nunca se había visto atraído por ese tipo de películas.

Estuvieron tan a gusto que continuaron charlando un buen rato después de acabar de comer. Ninguno quería dar por concluida la velada, ambos pensaron que no podían ir a ningún otro sitio mejor que ese. Por eso, solo cuando se hizo evidente que ya estaban recogiendo se dieron por aludidos y Abel pidió la cuenta. Mientras la traían, Eva observaba a Ave. Notó que algo no iba bien. Su amigo se estaba ruborizando mientras rebuscaba afanosamente en sus bolsillos.

El sudor de su cara también se hizo notar. Decididamente pasaba algo raro.

—Abel, ¿te pasa algo? —preguntó pensando que se había atragantado, o que la comida le estaba provocando alguna reacción anafiláctica y lo que buscaba con tanto ahínco era algún antihistamínico para contrarrestarla.

Ave intentó responder, pero no le salió la voz. Eva ya estaba haciendo ademán de levantarse e ir hacia él para socorrerlo, cuando se le pudo escuchar decir:

—No, bueno... sí —susurró.

—¿Qué?

—Sé que te había invitado pero... ¿Llevas dinero?

—Sí, creo que sí —respondió desconcertada.

—Es que... He olvidado la cartera.

No lo había pasado tan mal en su vida. Precisamente en ese momento en el que todo iba bien tenía que fastidiarlo. Para colmo ella aprovechó para burlarse de él, echándole en cara que así invita cualquiera. Por supuesto lo decía de broma, lejos de estar enfadada estaba disfrutando con la situación. Era una de esas ocasiones en que preferimos un mal menor, y así poder tener una excusa para quejarnos. Como cuando te pega tu hermano, y deseas que te salga un moratón para que tus padres le castiguen o, como cuando tu madre te asegura que hará frío, que cojas un abrigo y, tras cogerlo a regañadientes, rezas para que haga calor y no haga falta. (Lo malo es que en este último ejemplo las madres casi nunca se equivocan.) Se veía ya el próximo fin de semana contando a Juan y Vero la «maravillosa» invitación de su amigo, eso si aguantaba tanto y no se lo contaba antes por teléfono.

Con el dinero que llevaba encima Eva no tuvo bastante, así que Abel se sumó a la búsqueda por todos sus bolsillos y consiguió sumar algunos euros más, pero todavía faltaron tres euros veinticuatro céntimos. Como eran los últimos que quedaban en el local, el dueño del restaurante, mientras los esperaba para cerrar, lo presenciaba todo. Se había fijado en ellos nada más llegar, ya que no eran una pareja habitual para un sitio como ese. Allí los pocos jóvenes que acudían iban acompañados por sus padres. Su presencia le trajo agradables recuerdos, ya casi olvidados, de cuando cortejaba a la que ahora era su mujer. Por eso le cayeron bien desde el primer momento. Apreció el buen gesto de un muchacho que quiere sorprender a su novia, y les correspondió con su mejor versión, ofreciéndoles un trato inmejorable. Si tardó en reaccionar cuando comprobó que les faltaba dinero fue por disfrutar un poco más de la escena. La cara del muchacho daría muchos momentos de risas en lo sucesivo.

A Abel no le quedó más remedio que afrontar la situación. Llamó al camarero para explicarle que, por un error suyo, les faltaba algo de dinero, y le pidió si era posible llevarlo al día siguiente, pues solo eran unos euros. El dueño acudió, dudó si hacerlos sufrir un poco, pero al final se decantó por perdonarles, y les dijo que en la cuenta no habían incluido un descuento especial que tenían ese día para parejas enamoradas. Con lo que al final incluso les sobró dinero para la propina. Abelino nunca olvidaría ese buen gesto.

Ese domingo ella decidió que quería ir algo más allá con Abel. No le daba miedo probar, todo lo contrario, pensaba que el hombre ideal no aparecería a la primera, y por probabilidades sería más conveniente quedarse con el mejor de cuatro que con el mejor de uno. A muchos, el haber salido de una mala relación les hace ser más prudentes, o incluso intentar no enamorarse para evitar sufrimientos,

pero muy al contrario, a ella le espoleó para probar otra relación, para no tomárselo con calma, pues pensaba que peor no le podía ir. Era muy optimista y siempre pensaba que la experiencia la haría más sabia por lo que el futuro debía ser mejor.

La semana siguiente empezaron las prácticas de química en el laboratorio. Todos esperaban ese momento porque era la parte más atractiva de la asignatura. Debían acudir a clase con bata y les hicieron comprar unas gafas transparentes para utilizar en determinadas reacciones. Los alumnos fueron instruidos de la peligrosidad de determinadas acciones y sustancias, y de las medidas que debían tomar en caso de que hubiera algún problema, pero como siempre Abel llegó tarde y no las escuchó.

A media mañana tocaba hacer una disolución con ocho mililitros de cloroformo. Ave, en vez de usar el aparato que les habían dado para pipetear, succionó directamente de la pipeta con la boca. El resultado fue que el cloroformo le llegó a los labios, y antes de que se diera cuenta, cayó inconsciente en medio del laboratorio, rompiendo varias probetas y algunos vasos de precipitados.

El revuelo fue mayúsculo y don José acudió corriendo. Era evidente que el desmayo era provocado por el cloroformo, aunque cabía la duda de si había llegado a tragarlo, situación que hubiera sido realmente grave. Por eso decidieron llamar a una ambulancia por si hubiese que hacerle un lavado de estómago.

Aquel fue su momento fatal. Cuando poco a poco recobraba la conciencia y todos le preguntaban si estaba bien, respondía algo aturdido:

—Sí, sí, estoy bien, pero necesito aire. ¡Por favor, dejadme respirar!

A lo que don José respondió:

—¡Co-co-coño! Si habla bi-bi-bien.

Quizá por un instante, por la cabeza le pasó la idea de que el cloroformo había curado su tartamudez, pero el alboroto creado, las risas y las indiscreciones de algunos hicieron que de pronto se diera cuenta de todo. Sintió una profunda decepción, se encontró muy solo, abatido y sobrepasado por el acontecimiento. Abelino le había engañado. Todos le habían engañado. Se habían burlado de él. Él, que lo daba todo por enseñar a esos muchachos, no se merecía esto. Se dio la vuelta y se fue. Ya está, los dejó y se fue.

Al cabo de unos minutos Abel comprendió lo que había pasado. Empezó a pensar que no acabaría química.

La noticia no tardó en llegar a la sala de juntas. Don José, que se había marchado directamente a su casa, lo primero que hizo al día siguiente cuando regresó a la facultad fue ir a ver al decano y pedir una comisión disciplinaria para intentar expulsar a Abelino. El decano la programó para el día siguiente, ya que según los estatutos debía ser convocada con al menos veinticuatro horas de antelación. El miércoles a las doce se reunieron para debatir el tema. Todos los profesores comprendían la gravedad de lo sucedido y apoyaron la exigencia del profesor de Química inorgánica. Entonces el decano tomó la palabra para decir que él lo lamentaba pero según el reglamento no era causa suficiente de expulsión. Leyó:

«Apartado cinco punto tres: Será causa de expulsión de un alumno los insultos, la agresión o la amenaza de este hacia cualquier trabajador de la universidad. Las agresiones entre alumnos serán valoradas por una comisión, otorgándose a esta la capacidad para la expulsión de quien considerase oportuno, sobre todo si en la pelea hubiera habido desproporción de fuerzas.

»Apartado cinco punto cuatro: Cualquier muestra de menosprecio hacia un compañero, especialmente los racistas, serán causa de un expediente, y en caso de reiteración, de la expulsión. Igualmente serán castigadas tanto las burlas o la inobediencia para con los profesores, así como el robo o la rotura intencionada de cualquier material que fuese propiedad de la universidad.

»Apartado cinco punto cinco: El acceso a zonas privadas así como la permanencia en la facultad pasada la hora de cierre...»

—Esto ya no compite —acabó.

Levantó la cabeza y observó a los presentes, todos esperaban que dijera algo.

—A lo sumo podemos considerar la acción de Abelino Berson Ezquerro una burla y, por tanto, motivo para un expediente.

Don José, Pepe para sus compañeros, estaba notablemente alterado.

—Pe-pe-pero ha sido con-continuado, por lo que sí-sí podemos echarlo —gritó.

—Bueno, técnicamente no, porque a pesar de ser continuado no ha habido expediente previo.

Pepe se lo tomó como algo personal y arremetió contra el decano.

—Co-co-como se nota que-que no te lo han he-hecho a ti.

—Vamos, Pepe, tranquilízate. Sabes que yo siempre estaré de parte de los profesores, pero las normas son las normas. Si quieres solicitamos al asesor jurídico un informe que me comprometo a respetar.

Eso le gustó a don José, que sabía que las normas eran muy estrictas en lo que respecta a expulsiones. No ignoraba que siempre que hay una expulsión, el defensor del alumno toma cartas en el asunto para comprobar que no ha habido abuso de autoridad. Además, aprovechó la ocasión para sacar algo.

—Es-Estoy de acuerdo. Pe-pero en mi clase que-que no entre.

—Bueno, Pepe, vamos a hacer una cosa. Mientras no salga el informe, que tardará, no entrará en tu clase. Pero si nos dicen que no, tendrás que admitirlo.

—No sé...

—Podríamos tener problemas si nos denunciase.

—Lo-lo-lo que hay que-que oír —refunfuñaba Pepe.

—Ya ves, así están las cosas ahora.

—Pu-pues si-si se queda conmigo va-va dado.

—Eso ya es cosa tuya —concluyó el decano.

A Abelino se le comunicó que se le había abierto un expediente. Fue llamado a secretaría donde se le dio por escrito el apercibimiento. Le dijeron que lo leyera detenidamente y que lo firmara para tener constancia de que le había sido comunicado. En él le advertían de que sería expulsado en caso de reincidencia. También le informaban de que el asunto estaba en manos del asesor jurídico, que podía determinar en cualquier momento su expulsión si lo consideraba conforme a ley. Todo esto era la parte oficial de la reunión que tuvo lugar en la sala de profesores, pero nadie le informó de que no podía entrar en clase de Química inorgánica hasta que se hubiera aclarado todo.

El resto de la semana Abel no fue capaz de aparecer por la facultad, temía los enfrentamientos que podía tener con los profesores. Sus compañeros no paraban de llamarle, algunos para mostrarle su pesar, otros simplemente para cotillear de primera mano acerca de lo que le había pasado. Pero Abelino no estaba para contar nada, incluso le costó contestar a Eva cuando se interesó por su estado. Ella había sido advertida por Juan de lo sucedido y suponía que su amigo lo debía de estar pasando muy mal. Por eso el miércoles por la tarde decidió

presentarse en su casa. Sabía que le costaría convencer a Abel para que saliera, porque por teléfono le había dicho que no tenía ganas, pero no por eso dejaría de intentarlo.

El tiempo definitivamente había cambiado. La llegada de diciembre había despojado a los árboles de sus hojas. Los días se habían acortado robándoles horas a las tardes. En la calle, el frío llegaba a todos los rincones y hacía que el calor del sol, antes tan rehuido, fuese ahora bienvenido. Eva salió del metro y avanzó hasta la casa de Abel protegiéndose la garganta con la palma de su mano, puesto que temía constiparse. Maldijo no haber cogido un pañuelo. Una vez en la puerta llamó al timbre y esperó mientras pensaba que no sería capaz de no abrirle. Acertó. La puerta se desbloqueó y del portero electrónico brotó una voz poco entusiasta que dijo:

—Entra.

Subió a la primera planta donde le aguardaba Abel.

—¿Qué haces aquí? —le increpó secamente Abelino

—Antes de nada, por lo menos dime hola, ¿no? —respondió ella muy molesta.

—Perdona —dijo Ave arrepentido, mientras se acercó para besarla.

Por la seriedad de Eva entendió que se había molestado. Había que comprender que había hecho un esfuerzo por ir a consolarlo y no se merecía malas caras ni desprecio, aunque él no estuviese de humor. Rápidamente reaccionó y se interesó por ella.

—Estás helada —dijo Abel con rostro taciturno y tras una breve pausa continuó diciendo—. Eres un cielo al venir aquí, perdona si estoy muy serio.

—¿Cómo estás? Juan me ha contado que te han expedientado.

—Sí. Debí haber hecho caso a Juan. Pero no supe cómo acabar con todo.

—No quiero juzgarte. Sé que tienes buen corazón y lo que has hecho no ha sido con maldad.

—Claro que no. Tú ya me conoces.

—Pues quizá ha llegado la hora de dar la cara y explicar tu versión.

—¿Tú crees?

—No sé, en realidad no sé si te ayudaría o todo lo contrario — respondió ambiguamente.

Y cambiando de tema añadió:

—Bueno, ahora deberías olvidarte de todo. Te propongo que este fin de semana vengas conmigo al hotel rural al que tengo planeado ir — dijo insinuándose.

La idea de pasar un fin de semana con su novia era enormemente tentadora.

Eva, a pesar de parecer muy segura, de tener las ideas claras, no siempre era así. Al igual que todos, ella también tenía muchas dudas acerca de su futuro. Sabía que era excesivamente prudente para su edad. Otras amigas le contaban cosas que habían hecho que ella sería incapaz de hacer. Y la verdad es que dudaba si lo más correcto era hacer siempre lo más correcto. Algo le decía que a veces hay que dejarse ir, saltarse algunas normas, vivir un poco más la vida. Esto no suponía hacer nada ilegal ni molestar al prójimo. Era simplemente tener cosas para recordar, para compartir, anécdotas con las que sentirnos cómplices de nuestros amigos. Siempre había tenido demasiada responsabilidad. Ella era la que cuidaba a su madre, se preocupaba de que la casa marchase bien, que hubiera comida en la nevera, que se apagasen todas las luces cuando salían, que se recogiesen los platos sucios. Se encargaba también de poner las reglas, como la de no tener perro o prohibir la música muy alta. Lo hacía porque sin sus normas su casa sería un caos, y ella necesitaba

estabilidad para realizar sus sueños; para conseguir acabar la carrera de medicina o encontrar a su hombre ideal.

Estaba contenta con ese papel que le había tocado representar. Estaba orgullosa de sí misma aunque a veces se sentía algo desplazada. Era entonces cuando se preguntaba si no sería demasiado estricta, demasiado estirada. Como cuando hace dos años, volvía con sus amigas de salir por la noche un sábado de agosto a la una de la mañana, y a alguien se le ocurrió saltar a la piscina comunitaria y darse un baño, pero ella no fue capaz porque estaba prohibido; o cuando a pesar de estar pasándoselo muy bien, debía recogerse porque tenía la norma de nunca exceder una determinada hora de llegada, u otra vez que sus amigas quedaron para dormir juntas en casa de una de ellas, su primera fiesta de pijamas, y alguien propuso salir a la calle cuando supusieron que los padres se habían quedado dormidos, pero ella se quedó allí esperándolas. Escuchaba con cierta envidia las ocurrencias de algunos de sus amigos sabiendo que ella nunca las habría hecho, y por tanto sería imposible que estuviese pavoneándose como ellos lo hacían. Que si una vez no cabían en el coche de su hermano y fueron en el maletero, que si una noche les dio por saltarse la valla del cementerio, que si se subieron en el techo del coche en marcha intentando imitar al protagonista de no sé qué película, o cuando algunos hicieron un *simpa* y fueron perseguidos por el camarero del bar. Por eso esta vez había decidido arriesgar un poco e intentar a toda costa que aquel fin de semana Abel fuera con ella.

El viernes Abelino había reunido el valor suficiente para volver a la facultad. Se levantó media hora antes que de costumbre puesto que por nada del mundo llegaría tarde a la clase de química inorgánica, que era la que tenía a primera hora. A pesar del intenso frío, los nervios le hacían estar muy acalorado. Salió de casa desabrochándose un botón del chaquetón, y poco a poco se fue quitando el resto. Al llegar experimentó una sensación extraña, nunca antes había visto el aula vacía, claro que nunca antes había llegado tan pronto. Se sentó en los últimos bancos para intentar pasar desapercibido, pero pronto comprendió que sería una misión imposible. Todo el que entraba se dirigía a él interesándose por cómo estaba, algunos incluso le daban ánimo. A las nueve y cinco entró don José y comenzó a impartir su clase. Todo fue bien hasta que pasados unos minutos descubrió a Abelino y montó en cólera. Se puso a balbucear, quería gritar pero no podía, y hacía que se pusiese todavía más nervioso. Las forzadas muecas que en ese momento adornaban su cara eran realmente cómicas. Parecía que estaba interviniendo en el típico reto de ser el que más feo se lograba poner. Esta vez, casi todos sus alumnos, entendiendo la gravedad de la situación, lograron con gran esfuerzo aplacar sus risas y mantener la compostura. Pepe desistió, interrumpió su clase y se fue directo a hablar con el decano.

—¿Qué-qué-qué hace Abelino en-en mi clase? —dijo gritando al entrar en el despacho, sin ni siquiera llamar a la puerta.

Paco, el decano (don Francisco para los alumnos), comprendió su metedura de pata, puesto que a pesar de su compromiso no se había informado al alumno de la conveniencia de no entrar en química inorgánica. Tuvo que lidiar con don José, que volvió a considerar la falta de apoyo del decano un tema personal. Paco le pidió mil disculpas y lejos de escudarse en otros asumió el error como propio. Tenía muy claro que los errores hay que afrontarlos y no intentar ampararse en otros ni buscar excusas. Cuando al fin se marchó Pepe, Paco se maldijo por haber llevado este tema tan mal, y lo peor es que había tenido que defender a Abel ante la nueva solicitud de su expulsión, porque en realidad Abelino no sabía que no debía asistir a clase; pero esto le había hecho quedar muy mal con su compañero. Se sentía avergonzado y enfadado consigo mismo cuando su secretaria le informó de la llegada de «unos tipos muy raros» que preguntaban por él.

—¡Pero quién cojones son! ¡No estoy para gilipollices! —gritó.

—Dicen que son de «seguridad nacional».

—¡Dios mío, seguridad nacional, qué coño es eso!

Entraron a su despacho dos agentes (así se identificaron), pero no dijeron a qué cuerpo pertenecían.

—Si no se identifican no tenemos nada que hablar —concluyó don Francisco sin dejar de chillar.

Antes de salir, uno de ellos se volvió y preguntó:

—Conoce usted a Abelino Berson Ezquerro.

El decano se quedó paralizado, eso era demasiado para un viernes. Le cogió por sorpresa y dejó hablar a los agentes.

—¡Síii!, desgraciadamente lo conozco.

La respuesta sorprendió a los agentes que por su efusividad pensaron que quizá hubiera protagonizado algún pequeño atentado

en sus instalaciones.

—¿Qué nos puede contar de él?

—¿Y quién demonios lo pregunta?

El otro agente vio que ese no era el camino y dijo directamente:

—Pensamos que puede ser un terrorista.

—¡Un terrorista!

Hizo una breve pausa para después gritar a todo pulmón:

—Lo que es, ¡es un gilipollas! ¿A qué viene esa sandez?

A estas alturas, todo el personal administrativo se agolpaba tras la puerta del despacho, alarmados por los gritos.

—Bueno, disponemos de información privilegiada... —dijo el más joven.

El más veterano miró a su compañero como queriendo matarlo. Sabía que ese no era el camino.

Don Francisco descolgó el teléfono, tuvo que esperar a que su secretaria corriera desde la puerta, para responder la llamada.

—Asunción, llama a la policía, aquí hay algo que aclarar.

De nuevo, el mayor tomó las riendas de la situación y dijo a su compañero:

—Agente Benítez, espéreme en el coche.

Sabía que para obtener información debía ofrecer algo. Por eso se dirigió tranquilamente al decano:

—Creo que esto lo hemos encauzado mal desde el principio. Somos de la secreta. Hemos interceptado una conversación a esta facultad que creo que usted, como decano, debería conocer.

Don Francisco se dio cuenta de que a pesar de identificarse, no le había mostrado su placa, pero una vez más su curiosidad provocó que pasara por alto ese detalle.

—¿Qué conversación?

El policía sacó un reproductor y apretó el botón play.

—«Soy Abel, tengo la bomba de goma 2 para el atentado preparada, en el capitolio será un buen lugar, en fin de año comenzará la revolución, seremos los mártires de la causa.»

A Paco le hirvió la sangre, esto era demasiado, demasiado. Ser decano no estaba pagado, no debía haber aceptado el cargo, esto era demasiado.

—Lo dicho, ¡es un gilipollas! ¡Un desgraciado! ¡Un tontolaba! —estalló—. ¿Terrorista? No, no, alguien le habrá gastado una broma, o habrá habido una apuesta, o estaría fumado, o que sé yo...

El agente, que ya había conocido la opinión del decano, decidió acabar con la misión puesto que por el pinganillo su compañero le dijo que debía concluir.

—Gracias —dijo secamente.

En un abrir y cerrar de ojos se marchó, no sin antes apartar a la decena de curiosos que se agolpaban en la puerta.

Inmediatamente Paco fue acosado por sus compañeros que le preguntaban por lo sucedido. No escuchaba a nadie, en su cabeza solo oía ruidos sin sentido. Confusión.

—Por favor, hagan llamar a Abelino. Necesito aclarar muchas cosas con él —pidió don Francisco.

Esta vez no lo gritó, simplemente lo susurró, estaba abatido, sobrepasado por las circunstancias.

—¿Qué Abelino? —preguntó Asunción.

—Abelino Berson Ezquerro, alumno de primero B.

Tras ser avisado por un bedel, Abelino subió acojonado. Antes de entrar, la secretaria le advirtió:

—El decano está muy enfadado y quiere verte inmediatamente —dijo—. Ándate con ojo —agregó.

Entró muy nervioso. No sabía qué había hecho mal esta vez, pero sabía que la cosa era muy grave. Sus nervios le volvieron a jugar una mala pasada:

—Bu-buenos días.

Ese leve tartamudeo no intencionado fue la gota que colmó el vaso. Don Francisco lo había llamado para intentar aclarar la llamada, y de paso comunicarle que se había decidido que de momento no asistiera a la clase de don José, pero al escuchar el tartamudeo, el decano perdió definitivamente los papeles.

—¡Y encima entra aquí tartamudeando! Usted debe de creerse el más gracioso de los alumnos que han pasado por aquí. Pues le digo una cosa: ¡Queda expulsado! Aquí no va a acabar la carrera.

—Pero, pero... yo.

—¡No quiero volverlo a ver! —gritó don Francisco, para a continuación añadir—. Y si no le parece bien, escriba al defensor del pueblo, al defensor del alumno, al santo pontífice, o al presidente del gobierno; pero una cosa le digo: ¡Aquí no vuelve a entrar!

Abel se giró y se fue. No entendía lo que había pasado pero no estaba en disposición de pedir explicaciones. Solo quería estar lejos de allí. Mientras abandonaba el lugar se cruzó con una pareja de la policía nacional que se dirigían a ver al decano. Estos se encontraron un buen alboroto formado por todos los profesores, que comentaban lo ocurrido.

—Disculpen, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué nos han llamado?

Don Francisco ya no se acordaba que los había mandado llamar, sinceramente ahora no estaba para atenderles.

—Perdonen, hemos tenido un problema pero ya se ha solucionado, gracias por venir —les dijo queriendo concluir el asunto.

—Eso ¿qué quiere decir? ¿Qué ya no somos necesarios?

—Exactamente, gracias de nuevo, y si me disculpan, los tengo que dejar.

—Vamos a ver, esto no funciona así... Si hemos venido tenemos que rellenar un informe sobre lo que ha pasado, así que siento mucho que tenga cosas que hacer pero esto es una prioridad.

Don Francisco suspiró, se sentó en su butaca y dijo:

—Bueno, el hecho es que hace una media hora se han presentado aquí dos agentes con una conversación telefónica de uno de mis alumnos... Bueno, exalumno... Y no han querido identificarse.

A esas alturas Paco ya no se acordaba de que el mayor dijo ser de la policía secreta.

—¿Cómo que no se han identificado? ¿Eran policías? ¿Iban de uniforme?

—No, vestían traje oscuro, les reclamé varias veces que se identificaran pero no lo hicieron.

—¿Y por qué han venido?

—Preguntaban por un alumno de primero B: Abelino Berson Ezquerro.

—¿Por qué dijo exalumno? ¿Qué ha hecho? —preguntó el agente mientras apuntaba el nombre en una libreta.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Estoy muy cansado —dijo el decano con ojos suplicantes para que lo dejaran tranquilo.

—Tenemos tiempo —repitió el policía.

Paco volvió a suspirar profundamente, llamó a Asunción y le pidió por favor que le trajera una tila, se acomodó en su sillón, cerró los ojos y, cuando los agentes comenzaban a impacientarse por su pasividad, comenzó a narrarles la historia.

Lo hizo muy lentamente, como administrando sus escasas fuerzas para llegar al final. No abrió los ojos durante todo el tiempo excepto cuando su secretaria entró para traerle la tila que había pedido. Solo cuando concluyó cambió de actitud. Paso a comportarse de manera más formal, abrió los ojos, dejó de estar repanchingado en su silla, y mostró una mueca de arrepentimiento mientras confesaba:

—La verdad es que perdí los nervios, si no, no lo habría expulsado, creo que su voz tembló por nerviosismo o miedo.

Los agentes tomaron nota de la descripción y pidieron hablar con Abelino.

—No está aquí, lo eché y se fue.

—Hizo usted bien al llamarnos, no entendemos qué pasa pero investigaremos. Buenos días —fue lo último que dijeron.

Ni siquiera se molestaron en contestar al decano, que les pidió que le informasen de qué iba mientras se marchaban. Cuando se quedó solo, volvió a lamentarse por haber perdido los nervios y haber expulsado a Abelino, sobre todo sin antes haberle preguntado por la llamada. ¿De qué demonios iba todo aquello? No quiso seguir pensando en nada más. Llamó a su secretaria, canceló sus compromisos y se fue a casa a descansar.

Como podéis suponer, Abel volvió a marcharse a casa totalmente abatido. Para colmo era la misma sensación que había tenido el lunes; había pasado casi una semana, no obstante, no solo no había mejorado nada sino que todo había empeorado. Por un momento culpó a su novia por incitarle a regresar a la facultad cuanto antes, aunque pronto razonó que ella no tenía la culpa. Para colmo de males ella estaría fuera el fin de semana. Le había propuesto que se fuera con ella pero a él le daba corte. Su invitación le generaba muchas dudas que no se había atrevido a aclarar.

«Si una chica te invita a pasar un fin de semana en un hotel, se supone que significa que compartiremos habitación —se decía—, y eso quiere decir que nos acostaremos juntos.» «Y si nos acostamos juntos haremos el amor», dedujo.

Abelino por supuesto nunca había estado con ninguna chica, y la perspectiva le atraía enormemente. Pero a la vez esa situación le generaba muchas dudas; suponía que Eva al haber estado con su exnovio más de un año habría hecho el amor con él muchas veces, por lo que para ella sería mucho más normal que para él. Eso conllevaba que, por una parte, él podía hacer un poco el ridículo (a veces le entraban dudas de si cuando llegase el momento no tendría un problema de impotencia o más bien de eyaculación precoz), y por otra parte que su relación fuese demasiado rápido, y él no estaba preparado para ir más deprisa, quería ir paso a paso. Además, el que su madre también fuese le tenía desconcertado. ¿No estaría

confundido y la invitación solo sería para que él estuviese en otra habitación y simplemente los tres pasasen el fin de semana juntos? La verdad es que la primera posibilidad le atraía un montón, era un sueño hecho realidad, pero la segunda, justo en este momento, no le apetecía nada. Ante la duda le había dado largas a Eva. No se... ya veré... no tengo muchas ganas... Ella, que había aprendido que tenía que hacer su vida, decidió continuar con sus planes y no romper el compromiso que había hecho su madre de acompañarla.

Lola llevaba cinco años yendo a ese hotel rural justo en esa fecha, cuando el otoño coloreaba el bosque haciendo aparecer en él tonos amarillos, dorados y rojizos, que con los árboles que todavía se mantenían verdes formaban un extraordinario mosaico. Las hojas caían poco a poco, y los castaños desgranaban sus frutos, oyéndose el sonido de los impactos contra el suelo paulatinamente. Las setas afloraban y daban un toque romántico al campo, y los riachuelos hacían su aparición tras haber estado secos todo el verano. Era una época maravillosa, para Lola la mejor, ya que a ella no le gustaba el calor del verano o de muchos días de primavera. Pero la verdadera razón de ir precisamente allí, año tras año, era un jardinero que trabajaba en la casa y que mantenía una particular aventura con ella. Durante el resto del año no se comunicaban, ni llamadas, ni wasaps, nada de nada. Pero el fin de semana que estaban juntos su idilio les llevaba a estar toda la noche en un continuo éxtasis. Sí, era sexo lo que ambos buscaban, y según contaba Lola, y no se cortaba lo más mínimo cuando se lo relataba a su hija, era algo distinto, muchísimo más apasionado que con otros. Era por eso por lo que habían pensado que repetirlo solo una vez al año sería fantástico y les haría mantener la pasión, dándole un halo de suspense, de esperanza, y de atracción extra. Y funcionaba. Un mes antes del encuentro Lola ya estaba

pensando en él, y a medida que se acercaba la fecha, la impaciencia se adueñaba de ella, haciéndole recordar aquellos versos que habían sido escritos con un fin tan diferente: «Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero, que muero porque no muero».

Puede resultar raro que con este plan Lola quisiese ir con su hija pero, por una parte, ella no tenía carné de conducir y dependía de que la llevase con un coche que alquilarían para la ocasión, y por otra parte durante el día estarían juntas y se dedicarían a hacer excursiones de senderismo por la zona. El año pasado Eva no había ido porque Ricardo no quiso, y Lola la echó mucho de menos puesto que las caminatas que solía dar con ella se hicieron mucho más aburridas. Además, el hecho de que fuera sola paradójicamente quitó romanticismo a su encuentro con su amante, porque ya fue demasiado programado; tuvieron que estar también durante el día juntos y se dieron cuenta de que eran muy diferentes, no solo porque lo fueran desde el punto de vista intelectual sino, sobre todo, porque sus valores diferían demasiado. No tuvieron mucho de qué hablar, y esto le hizo entrever a Lola las carencias de su pareja.

Abelino tenía que tomar una decisión importante, su vida, su mundo, se iba a pique y no podía perder a su amor. A pesar de que no era el momento apropiado, las oportunidades llegan cuando llegan y no hay que dejarlas pasar. Decidió llamar a Eva para preguntarle en qué plan le había invitado: si en el familiar o en el romántico, pero se sentó enfrente del teléfono y cada vez que lo cogía un hormigueo, que le subía por su estómago, le hacía replanteárselo todo. Tenía que superar sus dudas, su vergüenza.

Afortunadamente para él, su novia dio el primer paso y lo llamó a media tarde. Con la excusa de contarle lo bonito que era aquello, le hizo una llamada. En ese momento, ella se enteró de todo lo que le

había ocurrido aquel día. Creía que Abelino podía merecer la pena y decidió apostar por esa relación. Para ello decidió poner toda la carne en el asador, suplicándole que se uniera a ellas:

—Vamos, Abel, vente con nosotras, te vendrá bien para olvidarte de todo.

—Sinceramente, Eva, no estoy de humor —dijo haciéndose de rogar, pero inmediatamente dudó si había sido demasiado tajante.

—Es que la verdad... ir con tu madre... —añadió.

—Pero, cariño, si le caes superbién. Tú ya lo sabes.

—Sí, y ella a mí, pero... allí, ¿qué haremos?

—¡Abelino! —Ella nunca le había llamado así—. Ya te lo he explicado, vamos a pasar un fin de semana en el campo haciendo senderismo —dijo cambiando el tono—. A lo mejor es que no quieres pasar la noche conmigo —le soltó para ver cómo reaccionaba a este nuevo envite.

—Ah... ¿Es que vamos a dormir juntos?

—¿Tú qué crees?

—Mujer... yo creía que tú dormirías con tu madre...

—Mira que eres antiguo, Ave. Además, mi madre tiene otros planes. Abel no se pudo resistir más, únicamente le quedaba aceptar pero no quería que pareciese que solo iba por acostarse con ella.

—Creo que me vendrá bien cambiar de aires. Le pediré el coche a mi padre y espero que me lo deje. Mándame la localización del hotel al móvil.

Abelino se acababa de sacar el carné de conducir y dudó si su padre le dejaría el coche todo el fin de semana. Para ser sincero estaba bastante seguro de que no lo haría. Por lo que barajó otras opciones. Pensó en ir en autobús, pero al ser un hotel rural, estaba lejos del pueblo más próximo al que solo llegaba un servicio por las mañanas.

Podía pedir a Eva que fuera a buscarle, pero no le sentaría nada bien volver a hacer cien kilómetros para recogerlo y otros tanto para llevarlo. Pensó en pedir prestado el coche a alguien, pero solo tenía confianza para eso con Juan y él no tenía. También podía alquilar uno, pero ya era tarde para eso, y con el carnet recién sacado creía que si se lo alquilaban sería carísimo. Por último se le ocurrió coger el automóvil de su padre sin ni siquiera pedirselo. Él sabía que su padre no lo utilizaba durante los fines de semana, así que solo debía estar de vuelta antes del lunes. Esta última opción no le agradaba, le podía dar muchos problemas, por ejemplo si se daba cuenta, o si sufría un accidente o un golpe. Pero de momento no se le ocurría ninguna otra opción. La disyuntiva le tuvo toda la tarde bloqueado. Le costaba decidirse cuando se le presentaban varias opciones y para colmo, en esta ocasión todas las opciones eran malas.

A las nueve menos cuarto de la tarde, Eva le volvió a llamar para preguntar por qué no había llegado. Él tuvo que confesarle que estaba teniendo problemas para que le dejaran el coche. Como ninguna opción le gustaba se decidió por la más correcta. Él, que no era capaz de decidirse, sí era capaz de razonar cual era la más acertada desde el punto de vista moral. Sin duda pedirle el coche a su padre era lo más correcto. Se había dado cuenta de que todos sus males venían de las mentiras o los falsos entendidos, por lo que a partir de ahora debía ir con la verdad por delante. En realidad, no le podría ir peor de lo que hasta ahora le había ido. Pero si quería ser sincero con su familia debía empezar por contarle que le habían expulsado, y tras esta confesión sería muy difícil conseguir que le dejaran el vehículo. Estaba en una encrucijada pero ya había tomado una decisión: la verdad.

Bajó de su habitación y pidió hablar con su padre. Este sabía que su hijo estaba teniendo problemas en la facultad. Esa semana no había asistido a clase y lo había notado claramente agobiado, incluso algo deprimido. Sabía que este año suponía un gran cambio para su hijo; que no era fácil adaptarse, por eso no le dio demasiada importancia. Cuando se dirigió a él, Abelino tenía el semblante serio, su tez estaba más pálida de lo habitual y mientras sus ojos le miraban fijamente apreció como comenzaba a sudar. Cuando arrancó a hablar notó que le temblaba la voz, tuvo que carraspear porque no le salían las palabras y repitió:

—Papa, tenemos que hablar.

—Claro, hijo —respondió instintivamente y al observarlo supo que algo grave había ocurrido.

—Tengo que contarte algo.

Enrique no dijo nada. Esperó que continuara hablando. Le abordaban mil temores.

—Es que... no sé por dónde empezar. —dudó Abel.

—Por el principio, Abelino, por el principio... —le interpeló su padre.

—Es largo de contar... Empezaré por el final: me han expulsado de la facultad. No podré acabar la carrera. —dijo al fin, casi susurrando.

Enrique no dijo nada. Su primera reacción fue de sorpresa. Se le habían pasado por la cabeza un montón de problemas o líos en los que pudiera estar implicado su hijo, pero no ese, puesto que siempre había sido un buen alumno, incluso a veces felicitado por sus profesores. Un instante después le invadió una sensación de alivio. Sí, de alivio. Se había puesto en lo peor. Hoy en día existen numerosos peligros para un muchacho de dieciocho años: drogas, embarazos no deseados, atropellos con el coche, altercados con la policía... y

sinceramente sabía que su hijo no había nacido para químico. Nunca se opuso porque pensaba que los hijos debían estudiar lo que quisiesen, pero siempre supuso que no le iba a ir bien. Las reacciones químicas necesitan mucha precisión, sin embargo Abel era demasiado despistado para mantener esa exactitud. Estuvo un minuto callado, observándolo. A Abel se le hizo eterno. Entonces le atrapó otra sensación, la curiosidad. ¿Por qué demonios le habrían expulsado?

—¿Por qué demonios te han expulsado?

—Creo que ahora sí empezaré por el principio.

A.B. le contó su metedura de pata con el tartaja el primer día de clase y cómo se complicó todo, tanto que el decano acabó expulsándolo. Mientras relataba la escabrosa aventura, dudaba si incluir el episodio de la llamada. ¿Se lo decía o no? ¿Y si luego se enteraba? ¿Y si eso también había tenido que ver en su expulsión? Estaba ya acabando su relato de los hechos y tenía que decidirse. «La verdad —pensó—, tengo que decir la verdad, no me puede ir peor.»

—Hay algo más.

—¡Dios mío, no!

Aquella sensación de cierto alivio desapareció y se le volvieron a presentar todos sus temores.

—Durante los primeros días de clase debatimos si las llamadas telefónicas son grabadas... Las llamadas con contenido...

—¿Contenido porno?

—No, no... contenido... ¿cómo lo diría yo...?

—¿Contenido personal?

—No, no.

—Por Dios, ¿Qué contenido?

—Contenido... Contenido terrorista —dijo satisfecho de encontrar la palabra adecuada.

—¿Terrorista? Vamos a ver, Abelino. Me estas contando que discutisteis si las llamadas terroristas son grabadas. ¿Y qué?

—Que yo comprobé que sí, que las graban.

Su padre que le miraba con cara de incredulidad, no entendía nada.

—Me dices que tu segundo gran problema es que comprobaste que alguien graba llamadas terroristas. Hijo, ¿en que estás metido?

—No, no es lo que piensas, no es nada. Simplemente llamé a la facultad diciendo algo así como que iba a poner una bomba en el capitolio y a empezar una revolución.

—¿Has dicho «no es nada»? —Estaba estupefacto, no sabía si le estaba tomando el pelo o es que acababa de descubrir que su hijo era imbécil total.

—¡Llamas a la facultad amenazando con poner una bomba y dices que no es nada! —gritó, perdiendo los nervios. ¡Ah!, ya veo el problema, te busca la policía, te van a detener.

—No, no me he explicado. Yo solo llamé desde aquí a mis amigos que estaban en la delegación de alumnos.

—¿No amenazaste a nadie?

—No, no, solo queríamos ver si ese tipo de llamadas era controlada.

Algo es algo, y puesto en lo peor su hijo no era un terrorista, simplemente era tonto. Suspiró.

—Al parecer dicen que la policía se pasó por la facultad de Química y no sé si eso ha tenido que ver en mi expulsión.

—¿Y qué piensas hacer?

Enrique notaba que su hijo volvía a ponerse nervioso y dedujo que algo se le pasaba por la cabeza.

—La verdad es que necesito olvidarme de todo, y además...

—No me digas que hay más —suplicó Enrique temeroso.

—Sí, pero no es malo.

—Menos mal.

—Estoy saliendo con una chica.

Enrique se volvió a quedar estupefacto, tantas sorpresas en tan poco tiempo. ¿Le estaría tomando el pelo? ¿Estaba siendo grabado para una broma? No, sabía que su hijo no haría eso. A pesar de que estaba en la edad de tener novia nunca lo había conocido interesado por ninguna chica. Sabía que no se relacionaba mucho con los demás, y esta última noticia le agradó, tanto que olvidó la gravedad de las otras.

—Bueno, eso es estupendo, ¿Quién es? ¿Es de tu clase?

—Es amiga de Vero y Juan, la verdad es que es maravillosa: guapa, inteligente... Estos últimos días he creído vivir un sueño.

—¿A qué se dedica? ¡Vamos, cuéntame algo! —le exigió impacientemente su padre.

—Está estudiando segundo de medicina.

—Me alegra saber que al menos en lo sentimental te va bien. Me gustaría conocerla. ¿Por qué no la invitas a comer?

—De acuerdo, se lo propondré, pero este fin de semana no podrá ser. Es de eso de lo que quería hablar. Se ha ido a pasar el fin de semana con su madre a un hotel rural y me han invitado —remarcó lo de su madre porque sin duda le ayudaría.

Su padre, que escuchaba atentamente, se tomó tiempo para responder. Lo hizo parsimoniosamente, meditando bien sus palabras, pues no quería arrepentirse de algo dicho de más.

—Vamos a ver, que yo entienda la situación —empezó Enrique, midiendo sus palabras—. Llevamos tres meses de curso. No me has contado nada de nada, ni cómo te iba ni si tenías problemas... y hoy llegas y me dices, más o menos, que te has dedicado a ser el gracioso de clase. Tanto que te han expulsado. Y a continuación me pides

permiso para irte el fin de semana con una novia que me acabo de enterar que tienes. ¿Correcto?

—No del todo —contestó Abel.

—Entonces, corrígeme.

—No te pido permiso para ir porque entiendo que no me hace falta, ya soy mayor para ir si quiero. Te pido permiso para llevarme tu coche.

—Abelino, vamos mal —advirtió su padre.

—Ellas ya se han ido y yo tengo que ir.

—Tienes que ir —repitió su padre.

—Papa, sé que no me he comportado bien, sabes que siempre he sido un chico marginado, incomprendido; y tras la equivocación con el tartamudo, de repente me hice muy popular, me sentí el centro de todo. Me desembaracé de mis complejos y debo reconocer que eso me permitió empezar a salir con Eva. No me arrepiento de nada.

—¿De nada?

—Bueno, me duele haberle hecho daño al profesor de química.

—¿Daño? ¿Es que le has pegado?

—Daño moral, es él el tartaja, confiaba en mí —explicó Abelino.

—Primero, te aclararé que mientras vivas conmigo, sí necesitas mi permiso para pasar un fin de semana fuera —dijo tajantemente tras un hiriente silencio.

—Quizá tengas razón —respondió Abel decidiendo no llevar la contraria a su padre para no entorpecer la negociación.

—Claro que la tengo. Segundo, de ninguna manera te dejaré el coche porque pienso que, además de no merecerlo, no estás preparado para conducir cien kilómetros de noche, sin experiencia ninguna —continuó diciendo en tono pausado.

—¡Papá, por favor!

—No.

Abelino cambio de estrategia. Hasta ahora le había contado la verdad pero hacía falta algo más. Decidió abrirse a él, hacerle partícipe de sus sentimientos.

—Mira, papi, la he cagado en todo. Pero no puedo perder a Eva. Tú no la conoces... es fantástica. La verdad es que debería habérsela presentado.

—Bueno, ya la verás otro día.

—No, es que se ha molestado porque no he ido con ella. Eva y su madre salieron ayer, pero yo decidí que hoy debía ir a clase y después ya vería.

—Bueno, pues ya la verás cuando vuelva.

—Es que... a pesar de que va con su madre, que es cierto —apuntilló—, se supone que pasaremos la noche juntos.

—... juntos —repitió Enrique.

—Como comprenderás no lo puedo dejar pasar.

Este último razonamiento le tocó la fibra sensible. Tanto que le perdonó por todos sus errores, comprendió que en un momento tan señalado para él debía apoyarlo, ser su amigo. Si le ayudaba se lo agradecería de por vida, pero en cambio, si no lo hacía se lo recriminaría siempre. Optó por ser su amigo. No había sido fácil para él estar lejos de sus hijos. Su trabajo como ingeniero le obligaba a viajar continuamente y pasar largas temporadas en Marruecos, Argelia u otros países más lejanos. Tuvo que elegir entre el trabajo o sus hijos. Optó por lo primero para que a ellos no les faltase nada. Pero les faltó amor. Sobre todo a su hijo, que quizá por ser el mayor se encontró más desamparado. Natalia tenía a su hermano, además, ella tenía otra forma de ser, era mucho más abierta y tenía muchos amigos. Pero Abel siempre estuvo solo. Enrique tenía ese

remordimiento en su alma, no haber estado junto a su hijo. Por eso ahora veía una oportunidad para afianzar su relación. Siempre se habían llevado bien, él era el modelo en el que se quería ver su hijo, pero les faltaba complicidad. Sabía lo importante que es encontrar a la mujer ideal. A él le había pasado, su mujer siempre quiso estar a su lado. Por su amor sacrificó el estar junto a sus hijos, puesto que ella nunca renunció a acompañarlo en sus viajes. Ellos siempre habían sido muy felices juntos y debía intentar que sus hijos tuviesen su suerte. Por eso, desde que eran pequeños les había intentado inculcar valores como el respeto, la transigencia y la igualdad, que creía básicos. Debía aprovechar este momento:

—Haremos una cosa. Yo te llevaré. —Se ofreció su padre.

—No, papá, tengo que ir solo.

—Yo te llevo y luego vuelvo. No pretendo que me presentes hoy a tu novia, ya habrá tiempo. Además, si ella fue en coche, así podréis volver juntos y no por separado. ¿Qué dices?

—Gracias, papá.

A las once de la noche partieron. A.B. silenció su teléfono. No quería contarle a Eva que iba hacia allí con su padre ni que ella lo llamase y se pusiese a tontear delante de él. Enrique aprovechó el viaje para interesarse por los sentimientos de su hijo, para darle consejos, pero sobre todo para parecer su amigo. Abel agradecía el gesto, pero no se sentía cómodo. Confesar que vas a tener tu primera experiencia sexual a un padre con el que nunca has compartido sentimientos no es fácil, y la cosa se hacía aún más incómoda si él aprovechaba para darte una clase forzada de educación sexual, sobre todo de métodos anticonceptivos.

—Papá, déjalo ya. Tengo dieciocho años, ya sé todo lo que tengo que saber.

—No, hijo, todavía tienes mucho que aprender —dijo sonriéndose—. ¿Qué tal está Juan? —añadió para cambiar de tema.

—Bien, aunque en la facultad nos distanciamos porque no quería verse implicado en mis líos. De todas formas sigue siendo un gran amigo, él me presentó a Eva.

Así, de un modo distendido, continuaron hablando el resto del trayecto hasta llegar al hotel rural. Para Enrique, ese día supuso un punto de inflexión. Hasta entonces se había dedicado a trabajar para que su familia pudiese salir adelante. Logró ser un buen profesional, por lo que no le faltaban ofertas, pero casi todas eran fuera, a lugares donde casi nadie quería ir. A cambio descuidó a sus hijos. Sin embargo, con esa conversación se dio cuenta de que las prioridades

habían cambiado. El dinero, que fue tan necesario al principio, ya no era indispensable. Los grandes gastos familiares ya estaban hechos y pagados. Ahora debía, por tanto, apostar por el contacto con su familia. Decidió que a partir de ese momento se establecería en su ciudad y allí buscaría un empleo acorde a sus nuevas pretensiones, que eran, sobre todo, tener tiempo para su familia. Abelino se apeó.

—Adiós y gracias —dijo y le besó la mejilla.

—Te quiero —respondió Enrique.

Esperó que su padre se marchase, pero cuando ya lo había hecho, permaneció allí, en el aparcamiento del hotel. Era un sitio despejado, perfecto para apreciar el firmamento como nunca antes lo había hecho. Cientos de estrellas, miles, millones, miles de millones... No se veía un hueco sin una luz; unas muy débiles y otras intensas, unas blancas y otras rojizas, algunas parpadeaban y otras parecían crear dibujos en el cielo. No sabía casi nada de astronomía y lo lamentó, le hubiera gustado descifrar esas formas misteriosas que los griegos agruparon en constelaciones. Estaba nervioso y se tomó su tiempo observando aquel maravilloso espectáculo nocturno. Había leído acerca de destinos increíbles, de los paisajes más bonitos del mundo, pero solo ahora se había dado cuenta de que, paradójicamente, lo más bonito del mundo es el firmamento. Fue una suerte que el cielo estuviese tan despejado, la lluvia de los días anteriores había limpiado la atmósfera, a lo que se sumaba la oscuridad que reinaba en el campo. No entendió como un espectáculo tan alucinante y tan cercano le había pasado desapercibido. Merecía la pena viajar miles de kilómetros para ver aquello.

Pasados unos cinco minutos, se sintió preparado para acudir a la cita con su novia. Había tenido un día espantoso, una semana horrible. pero ahora mejoraría todo. Lo último que quería era tener

que dar explicaciones a Lola, o a cualquier otra persona, de por qué lo habían echado de la facultad. Solo quería ver a Eva, solo quería estar con ella, abrazarla. Además, le daba una vergüenza enorme el que lo vieran entrar en su habitación. Eso ya se lo había comunicado a ella, quien, conociéndole y para convencerle, le dijo que dejaría abierta la puerta de atrás que daba a la piscina. De hecho, le mandó un wasap: «Mi habitación es la cuarta de atrás empezando por la izquierda. Dejaré la puerta abierta». Ave se cercioró releendo el mensaje. Evitó la entrada principal yendo por el camino de la izquierda. Al poco encontró una señal que indicaba que por allí se iba a la piscina. Todo correcto. Al llegar a la esquina fue contando las habitaciones: primera, segunda, tercera, cuarta. Es esta. La puerta estaba encajada y la llama de una vela flameaba dentro. Entró sin hacer ruido, supuso que se había quedado dormida esperándolo, dado que era ya más de la una de la mañana. Quiso darle la sorpresa de meterse con ella en su cama. Se desnudó, dejó su teléfono en la mesita de noche. Se introdujo en su lecho, la abrazó mientras gustosamente confirmaba que ella también estaba desnuda. No intercambiaron ninguna palabra solo un gran suspiro por parte de Abel.

Para entonces la pareja de seguridad nacional ya había tomado posiciones en el exterior. Lo habían estado siguiendo todo el día y el hecho de que tomara esos caminos tan poco transitados les hizo sospechar que huía de ellos.

—Alguien le habrá avisado de que está siendo investigado y trata de escapar.

Todos sus movimientos despertaban sus dudas. ¿Por qué esperó tanto tiempo en el aparcamiento? Suponían que aguardaba una señal y que esta fue un mensaje del móvil, porque fue después de verlo

cuando se encaminó a la parte de atrás. ¿Por qué no usaba la entrada principal?

—El sospechoso se está reuniendo a escondidas con alguien en el Hotel La Dehesa —explicó uno de ellos por radio a la central, mientras enviaba a su compañero a que averiguase el número de la habitación donde había entrado.

—Chequearemos el registro de clientes para ver con quién ha podido quedar; además, contrastaremos las matrículas de los coches que hay aparcados allí.

—Es muy extraño, no enciende las luces, ¿Sabrá que está siendo espiado? —dijo mientras dirigía allí la parabólica en busca del menor ruido y la cámara térmica para detectar sus movimientos.

—Parece que se está acostando con alguien. Tenemos que saber con quién. Todo es muy raro, no se han cruzado ninguna palabra.

Abel no se sentía totalmente seguro, se encontraba como en un sueño. (Pero no en el sentido idealista.) Como en ese en que no todo encaja, en el que dudamos de lo que nos dicen nuestros sentidos porque nuestra inteligencia ve errores. Aquel en el que nuestro intelecto quiere estar por encima de nuestras percepciones, y nos avisa de que debemos estar en una realidad paralela. A.B. no sabía decir qué era lo que fallaba pero todo le era tan extraño, tan novedoso, tan excitante. Su cabeza estaba saturada de fuertes sensaciones. Había sido un día muy intenso y aunque él, en ese momento, quería olvidarse de todo para centrarse solo en Eva, su cabeza no le dejaba. Volvía una y otra vez a repasar su reunión con el decano, la conversación con su padre, su futuro profesional y, lo que era peor, dudaba si toda esa presión le iba a jugar una mala pasada esta noche. Por nada del mundo quería que su primera noche con una mujer acabase con un gatillazo. Era un lugar extraño, sus

sentidos estaban mermados, todo estaba muy oscuro, el olor de aquel lugar no le era familiar, incluso el perfume que usaba Eva no le parecía el mismo, su tacto también le sorprendió pues al abrazar a su novia por detrás, sus manos se deslizaron para acariciar sus pechos, pero se los había imaginado algo más tersos. Afortunadamente con estas caricias su mente comenzó a olvidarse de todo lo demás, empezó a excitarse y, para su alivio, su pene fue necesitando cada vez más espacio.

En ese momento su móvil se puso a sonar, Abel lamentó no haberlo silenciado y en un primer momento lo quiso olvidar, no quería que nada interrumpiese ese momento, pero poco a poco no hacía más que aumentar su confusión. Su oído le alertó cuando le pareció escuchar muy bajito:

—¡Qué buena polla tienes!

¡Qué raro le sonaba todo! Poco a poco se fue agobiando por el sonido del teléfono hasta que alargó la mano para apagarlo. Instintivamente, en ese momento miró la pantalla. La foto de Eva aparecía junto con el mensaje de llamada entrante. Descolgó confuso y sonó la voz de Eva que le recriminaba:

—Abel, ¿dónde demonios estás?

Abel se quedó petrificado, la luz del teléfono iluminó la cara de su compañera que se giraba para ver qué sucedía.

En ese momento, el agente llegaba de vuelta al coche desde el que realizaban la escucha.

—Ya sé con quién se está acostando en esa habitación.

—¿Con quién?

—Con Dolores, al parecer es la madre de su novia.

—¡Aaaaaahhhhhh!

Un grito desgarrador sonó en la habitación; aunque los que le vigilaban no lo oyeron puesto que se produjo en el mismo momento en que uno de ellos, después de quitarse los cascos, escuchaba de boca de su compañero el nombre de Lola.

Los agentes vieron cómo Abelino huía corriendo sin tiempo para recoger su ropa. Al salir al jardín su situación empeoró, pues no sabía dónde refugiarse, dónde ir, qué hacer. Entonces se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. Además, debido a su grito muchas luces se estaban encendiendo y supuso que todos los que se alojaban en el hotel se asomarían para ver qué pasaba. Tenía que esconderse. Se dirigió a la puerta de la habitación contigua e intentó entrar. Afortunadamente la puerta cedió y en un instante se encontró dentro, a salvo. La cálida luz de una lamparita que había en la mesilla de noche se hizo notar e iluminó a Eva.

—Qué cosas tienes, cariño, vaya entradita... a lo Tarzán... Veo que has captado mis indirectas —dijo con tono picarón.

—Y ahora, ¿con quién está? —preguntó compulsivamente uno de los agentes—. No entiendo nada, ¿de qué va esto?

—Creo que la habitación de al lado es la de su novia, Eva —respondió su compañero.

—¡Qué cabrón! ¡Este lo que es es un terrorista sexual!

—Al final va a tener razón el decano de la facultad y resulta que estamos siguiendo a un gilipollas.

—Me temo que sí.

La primera sensación de Abel fue de alivio por haber entrado en una habitación segura; la segunda fue de vergüenza por estar desnudo ante ella, y la tercera de remordimiento, porque acababa de estar en la cama con su madre; la siguiente fue de cansancio, luego de

desolación. Sin duda alguna, si hubiese estado en un piso se habría tirado por la ventana. En su mente apareció la idea del suicidio como una balsa para un naufrago. Y quiso aferrarse a ella. Buscó algo con que quitarse la vida pero no encontró nada. Estaba tan obsesionado que al ver el bonito sujetador de su novia pensó si le valdría como cuerda para ahorcarse, pero obviamente lo descartó. No quería estar allí, pero dónde podía ir. Le habían traído, carecía de medios para salir de allí, y para colmo de males su ropa estaba en la habitación de su suegra. Su cabeza ya no podía más y se bloqueó. Eva lo aguardaba ansiosa; llevaba horas esperándolo, estrenaba lencería negra algo atrevida para su forma de ser, se había perfumado, había puesto música romántica muy suave para la ocasión, y en la habitación, el perfume de las velas que ya se habían consumido todavía estaba presente. Pero Ave no se dio cuenta de nada. Estaba ausente. Ni siquiera fue consciente de cómo su novia lo atraía hacia la cama. Ya no recordó nada más de ese aciago día.

Eva comenzó a preocuparse cuando Abelino no reaccionaba a pesar de las muchas caricias y besos. Supuso que se encontraba muy agobiado por el día que había tenido y pensó que lo tenso de la situación le habría bloqueado. Pero pronto comprendió que algo grave le pasaba. Ni siquiera respondió a un par de tortas que le dio, así que decidió pedir ayuda. Cogió el teléfono y se puso en contacto con la recepción. El hecho de que tardaran bastante en responderle y la voz grave y profunda que oyó le confirmaron que el encargado ya estaba durmiendo. Este pasó la urgencia al ambulatorio del pueblo. En unos veinte minutos una doctora y una enfermera entraron en la habitación de Eva.

La médico, que se llamaba Paloma, observó a Abel y analizó sus reflejos pasándole una luz oscilante por los ojos. Comprobó que no la

seguía aunque sus pupilas sí reaccionaban ante la luz y se empequeñecían. Escuchó atentamente a Eva, que le relató que el chico había tenido un día horrible, con mucho estrés. Decidió no llevárselo al hospital e indicó a la enfermera que le inyectase diez miligramos de diazepam para que descansara y a Eva, que la llamase cuando despertara para ver como estaba.

Una vez escuchado todo, los agentes que vigilaban a Abel ya no tenían duda alguna de que estaban tras una pista equivocada. Como consuelo a las muchas horas empleadas en la investigación, les quedaba el saber que había sido una de esas historias jugosas que amenizarían cualquier situación, aunque quizá en el libro de memorias de un agente secreto también podía quedar bien. Incluso se atrevieron a discutir si sería oportuno asustarlo un poco, reteniéndole y presentándole cargos por terrorismo, reírse un poco de él. Debería ser patético escucharlo mientras intentaba justificar sus alocadas actuaciones.

Abel nunca se dio cuenta de que había sido seguido. Por supuesto tampoco se dio cuenta de que al amanecer un dispositivo especial del GEO efectuaba dos detenciones en los alrededores del hotel. Al parecer el mismo ministro del Interior había ordenado la operación ante los evidentes indicios de que fuerzas de otro país estaban realizando escuchas telefónicas e incluso detenciones en suelo español. Él, personalmente, dio orden para buscar a Abelino, pues suponía que cerca de él encontraría a esos supuestos agentes extranjeros. Los cuerpos de seguridad perdieron la pista de Abel, no obstante la llamada a urgencias en la que se mencionó su nombre puso a la policía otra vez sobre la pista. Los demás inquilinos del hotel tampoco se percataron de lo que ocurría, puesto que, debido a

lo delicado de la situación, se dio la orden de que la operación se llevara a cabo discretamente. A partir de aquel momento, fue el responsable de Asuntos Exteriores el que asumió el encargo de gestionar el «malentendido» con los americanos. Jamás sospecharía Abelino que su nombre estuvo presente en un consejo de ministros, y no de pasada, no, sino como tema estrella. Lo que sí le quedaría claro es que hay ciertas cosas que no se deben decir ni siquiera en privado.

Pese a sus muchos problemas, y gracias al tranquilizante que le habían suministrado, Abel descansó como quizá nunca antes lo había hecho (también es verdad que nunca antes había estado tan cansado). Cuando estaba volviendo en sí, lo primero que oyó fue la música, que había estado puesta toda la noche, y en ese momento sonaba «Why worry now?». Instintivamente se puso a tararearla: *Why worry now, there'll be sunshine after rain, there'll be laughter after pain, these things have always be the same, so why worry now?...* (Por qué preocuparse ahora, si habrá risas después del dolor, habrá sol después de la lluvia, esas cosas siempre han sido así, entonces para qué preocuparnos ahora.)

Su mente fue recordando todo lo que le había pasado el día anterior, pero lejos de volverse a desesperar, ese sueño tan profundo había logrado que asumiese todo con naturalidad y tratase de buscar soluciones positivas. Tenía claro que su mayor error fue la mentira, por lo que decidió no volver a mentir. Por supuesto que le daba miedo perder a Eva. Ella era, con diferencia, lo mejor que le había pasado en la vida, pero no podía ocultarle lo de la noche anterior, no más mentiras. Ahora venía lo más difícil: cómo decírselo. ¿Por qué algunas veces ante situaciones muy comprometidas nos cuesta tanto contarlas? ¿Por qué no nos dejamos ayudar contando lo que nos ha pasado? Quizá por vergüenza, o por no querer asumirlo si no se relata, pero el decirlo es el primer paso para liberarse.

Eva dormía a su lado. Un leve movimiento hizo que ella se despertara sobresaltada, preguntándole cómo se sentía, si recordaba dónde estaba, cómo se llamaba, en fin, las preguntas que la doctora dijo que debía hacerle.

—Me acuerdo de todo... demasiado bien.

—Me has tenido muy preocupada. Tuve que llamar a un médico.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Cuando entraste aquí, estabas totalmente ausente, no respondías a ningún estímulo. Te dio un tranquilizante para que durmieras — agregó.

—Pues lo del doctor no lo recuerdo. Pero tranquila, ya estoy bien.

A.B. ideó un modo de comenzar a contarle todo.

—Lo primero que tengo que pedirte es que me traigas mi ropa.

—Claro, cariño. ¿Dónde la tienes?

—En-en la habitación de tu madre —titubeó.

—¿En la habitación de mi madre? ¿Y qué hace allí?

—Verás... Es que me confundí y me metí allí.

—¿Y allí te desnudaste? Qué cosas tienes —dijo riendo.

—Sí.

—¿Y qué dijo mi madre? ¿Te vio?

—Bu-Bueno. La verdad es que no me vio.

—Menos mal.

—Aunque para ser sincero algo sí me pareció oírle decir.

—Vamos, dime —le increpó Eva impaciente, pues encontraba la historia muy divertida y quería saber el final.

—Creo que dijo: «Qué buena polla tienes» —añadió mostrando algo de orgullo, aunque ruborizado.

—Entonces te vio —afirmó riéndose.

—No.

—Pues si no te vio, ¿por qué dijo eso? —dudó Eva.

Abelino no contestó, dejó que el silencio hablara por él. Eva fue mudando su cara poco a poco, de la risa a la ira.

—Fue una equivocación —se disculpó Abel.

—¡Dios mío, te has follado a mi madre!

—No, no, eso no —contestó sonrojándose.

—¡Te acuestas con mi madre y me dices que fue una equivocación!
—chilló.

—No pasó nada. Tú llamaste a tiempo —añadió casi susurrando.

—Puedo admitir que seas despistado —dijo Eva sin escuchar a su hasta entonces novio—, pero que te folles a mi madre por error es demasiado, ¡demasiado!

Eva se levantó y se dirigió a la habitación de su madre puesto que pensó que ella también había tenido culpa. Pensándolo bien, conociendo el comportamiento de su madre en cierta forma le cuadraba lo que acababa de oír, aunque hacerlo con su novio, hacerle eso a ella... Su imaginación iba tan lejos que sintió un escalofrío. ¿Pensaba eso de verdad, o es que sus nervios le estaban jugando una mala pasada? Recapacitó e intentó calmarse para verlo todo con claridad, pero no podía, dudaba de todo lo que hasta hace un instante habría jurado empeñando su vida. Una voz interior le recomendaba calma, pero otra le exigía todo lo contrario.

La puerta se abrió justo cuando estaba a punto de llegar. En ese momento salía el jardinero y ella aprovechó para irrumpir en la habitación. Seguramente ni siquiera percibió que él estaba allí.

—¡Como has podido acostarte con él! —gritó.

El jardinero, Esteban, que en ese momento dudaba si cerrar la puerta o dejarla abierta ante la entrada tan violenta de Eva, al escucharla

gritar lo primero que pensó, extrañado, es que se estaba refiriendo a él.

—Sabes que me gustaba mucho —dijo.

—Tranquilízate, cariño —respondió su madre de forma muy sosegada, infundiendo tranquilidad—. No ha pasado nada entre nosotros.

—Bueno, nada tampoco —añadió Esteban, que en estos momentos asistía muy interesado a la conversación. Su ego no vio raro que dos mujeres estuviesen disputando por él.

A Eva le sorprendió que el jardinero ya supiese lo sucedido y supuso que su madre se lo había contado, así que le preguntó:

—¿Me confirmas que ha habido sexo entre los dos?

—Sí, claro —dijo Esteban dudando si eso era lo que tenía que decir, y al momento Lola gritó:

—¡Nooo!

—Pero no hay nada de malo en ello, ¿verdad? —insistía Esteban.

—Esteban, por favor, cállate ya, no entiendes nada.

Lola se levantó y lo primero que hizo fue cerrar la puerta de un portazo. Debía hablar seriamente con Eva y lo último que necesitaba era a su amante metiendo la pata. Tenía la complicada tarea de hacerse escuchar por su hija. Tras intentarlo repetidamente decidió cambiar de estrategia. Cerró la habitación con llave para que ella no se fuese (no recordó que podía salir por el balcón), y se sentó en silencio esperando que dejase de chillar. Cuando pudo dijo brevemente en un tono que transmitía calma:

—¿Quieres saber lo que pasó?

—Claro.

—Pues cállate, deja de decir tonterías y escúchame.

Lola le explicó que la noche anterior esperaba al jardinero desnuda en la cama. Este entraría por el balcón, puesto que los empleados tienen prohibido «intimar» con los clientes, por eso había dejado aquella entrada abierta. Así que cuando oyó como alguien entraba y se metía en la cama supuso que era Esteban. Pero en ese momento, ella llamó por teléfono y Abel salió corriendo.

—Como oyes, no paso nada. No le des más vueltas ¿Cómo puedes pensar que me acostaría con tu novio intencionadamente?

—Algo me ocultas. Esteban ha dicho que hubo sexo.

—Esteban te ha dicho que hubo sexo con él, el muy idiota se creía que hablabas de él.

—¿De veras?

—Claro.

—Entonces he hecho el ridículo.

—Un poco.

—¿Y lo de la buena polla?

—¿Qué buena polla?

—A.B. me ha dicho que dijiste que tenía una buena polla sin ni siquiera verlo.

Lola se vio atrapada. Quería quitar hierro al asunto pero no se esperaba aquella confesión. Otra cosa no, pero había que confesar que su yerno era sincero.

—Eso son cosas que a los hombres le gusta escuchar...

—Pero si ni siquiera le habías visto.

—Cuando se arrimó a mí —continuó diciendo poco a poco, como si midiese sus palabras— noté que... estaba teniendo una erección.

—¡Mamá, por favor, no sigas!

—No sigo porque ahí acaba todo.

—Necesito tiempo —suspiró.

—No le des más vueltas. Ha sido una situación desafortunada, quizá con el paso del tiempo sea hasta divertida.

Lola supo que esto último sobraba nada más salir de su boca.

—¡Divertida! ¿Divertida para quién?

¿Os lo podéis imaginar? Abel estaba en la habitación contigua sin poder moverse, ya que estaba completamente desnudo. Para colmo de males, se hallaba incomunicado, sin su teléfono, sin coche, y con la enorme angustia de que justo al lado se estaba decidiendo su futuro. No sabía qué hacer, si esperar, o acercarse para intervenir, pero debido a su estado esto último sabía que no era muy buena idea. Así pues, solo le quedaba dejar pasar el tiempo.

En esas estaba cuando alguien llamó a la puerta de la habitación. El sonido de unos nudillos golpeando la madera lo descolocó totalmente. Decidió no responder. ¿Quién sería? Era pronto para que se tratara del servicio de habitaciones, pero si lo era, si no les respondía, lo más probable es que entrasen. De nuevo alguien golpeó la puerta, aunque esta vez añadió:

—¿Abelino Berson?

—¿Sí? —respondió dubitativo.

—Soy Paloma, la médico que estuvo aquí anoche.

—Un momento —respondió mientras se preguntaba cómo abriría si estaba desnudo.

Era una habitación bastante grande, no como la de muchos hoteles de ciudad donde debido al caro precio del terreno el lujo mayor es el espacio. Ahí, en medio del campo, se pueden permitir unos dormitorios de mucho mayor tamaño, aunque algo desolados de mobiliario. La habitación contaba con una entrada de casi tres metros de longitud donde había un armario a un lado y el cuarto de baño al

otro. Abel decidió envolverse con la sábana para ir a abrir la puerta. Valoró la posibilidad de no abrir o darle una excusa, pero supuso que debido a que la médica volvía para saber cómo estaba, cualquier evasiva no haría sino aumentar su preocupación y, por tanto, su insistencia. Al llegar a la puerta, la entreabrió decidido a despacharla pronto, pero Paloma, que había ido a verlo en su día libre (estaba saliente de guardia) no se contentaría con una visita rápida.

—Hola, Abelino. Ayer me quedé preocupada y venía a ver cómo estabas —dijo algo seria por no haber recibido la llamada prometida informándole de su estado.

—Muy bien, gracias —respondió Abel algo seco.

—La verdad es que debía haberte ingresado debido a tu situación. Al final decidí darte un tiempo para que descansaras... pero toda la noche he estado preguntándome si había hecho lo mejor. Es un alivio que haya sido así.

Abel esperaba que allí acabara la conversación, pero ella seguía hablando muy decidida, parecía que todavía no había notado que él estaba desnudo.

—Voy a entrar a realizarte unas pruebas —anunció categóricamente.

Mientras A.B. buscaba alguna excusa, Paloma empujó la puerta y entró en la habitación. Ya se había dado cuenta de que no era bien recibida pero estaba dispuesta a hacer bien su trabajo. No quería que un enfermo tuviese secuelas por un mal diagnóstico. Pronto notó que la situación era algo embarazosa. Estaban allí en medio, de pie y él envuelto con una sábana...

—Ponte algo, que te realizaré unas pruebas.

—Bueno, ese es uno de mis muchos problemas. No tengo ropa que ponerme... quiero decir que mi ropa no está aquí.

—¿Puedo preguntar dónde está tu ropa?

—Sí, claro que puede hacerlo y le diría que está justo en la habitación de al lado.

—¿Esa de donde se escuchan esos gritos?

Justo en ese momento se hizo el silencio y se pudo escuchar claramente que Eva decía a pleno pulmón: «Nunca podré superar la duda de si mi novio se ha acostado con mi madre».

—¿Puedo preguntar...?

—No, mejor que no, déjelo. Como supondrá tengo muchas preocupaciones.

—Solo quiero ayudar.

—Sí, disculpe y se lo agradezco, pero no es mi día.

—Entonces, tiene eso que ver con que anoche se bloqueara.

—Claro. Le cuento —dijo cediendo, al ver que la médica estaba realmente interesada por saber qué había sucedido.

—Por la mañana me expulsaron de la facultad de Química, no sé si porque creen que soy un terrorista, o porque me dediqué a imitar a un profesor tartamudo; por la tarde me tuve que enfrentar a mi padre para que me dejase venir en coche, y para ello le confesé que esperaba tener mi primera relación sexual con mi novia; por la noche me metí en la que creía su cama, y resulta que quien estaba allí era mi suegra desnuda, y para colmo hoy Eva no tiene claras mis intenciones. Le confieso que ayer me hubiese suicidado si hubiera podido. Pero, tranquila, hoy lo veo todo algo mejor. Tengo que superarlo, lucharé por no perder a esa mujer tan maravillosa que he encontrado.

—Supongo que...

Paloma se mordió la lengua como nunca antes lo había hecho. Estuvo a punto de bromear y decir: Supongo que se referirá a su

suegra. Pero no lo dijo. Que estuviese fuera del horario laboral, y por lo tanto oficialmente no estaba trabajando, y lo esperpéntico de la situación, le hizo descuidarse y estar a punto de bromear, pero rápidamente cambió el sentido de la frase.

—... hoy no necesitarás medicación.

—Eso es usted quien lo tiene que decidir.

La doctora le examinó las pupilas para ver sus reflejos ante la luz, después continuó comprobándolos golpeando sus rodillas. Le tomó la tensión y por último le pidió que caminara en línea recta para valorar su estabilidad, pero como se acordó que no tenía su ropa, le preguntó si quería que fuese a por ella a la habitación contigua. Abel mudó su cara cuando escuchó el ofrecimiento, pues se sentía maniatado allí sin ella. Quiso creer que estaba empezando a cambiar su fortuna.

Abelino, a pesar de no creer ni en la magia, ni en la religión, ni ser supersticioso, no podía decir que muchas veces no se le pasase por su cabeza la idea de que la suerte son rachas, y por tanto no somos indiferentes a ellas. Podemos actuar siendo atrevidos cuando la vida nos va bien, o prudentes cuando nos va mal. Él nunca habría defendido esta ideología, muy al contrario: la condenaría si tuviese ocasión, pero no sabía por qué, en alguna ocasión como la que ahora se presentaba, quería creer en la suerte.

No podía explicar muy bien por qué, pero a Paloma le cayó muy bien Abelino. Quizá la incómoda situación en que se encontraba, quizá su juventud, o quizá su sinceridad. El hecho es que trató de ayudarlo más allá de su obligación. Para ello se presentó en la habitación de Lola y con la excusa de procurarle su ropa quiso apaciguar la situación. Sabía que en cuanto ella entrase no podía seguir la pelea entre madre e hija y suponía que si Eva se relajaba podía empezar a oír otra versión distinta a la que ya se había formado

en su cabeza. Evidentemente, algo logró porque la educación nos dice cómo comportarnos ante un extraño, pero no es capaz de imponerse cuando tratamos con un asiduo. A veces somos capaces de decir cosas a los que conviven con nosotros que no diríamos a un desconocido: un insulto, un grito, un mal gesto o incluso echar la culpa son actos que se deben pensar mucho, antes de soltárselos, sobre todo, a un ser querido.

Abelino trataba de escuchar acercándose lo más posible a la pared. Por lo poco que podía oír decidió que, pasase lo que pasase, nunca debería olvidar la actuación de esa médica que sin pensarlo había decidido interceder por él. Incluso le pasó por su atormentada mente la promesa de poner su nombre a su futurible hija, aunque poco después la descartó por absurda.

La disputa quedó aplazada, Eva necesitaba tiempo y el tiempo lo cura todo. El futuro estaba por descifrar, aunque el presente influía en él. Abel así lo entendió y no quiso forzar la situación para no perder la batalla. Se despidió educadamente de madre e hija y se marchó andando al pueblo más cercano, con la esperanza de que hubiese un autobús que lo llevase de vuelta a la capital. Si no, siempre le quedaba la baza de llamar a su padre, aunque lo último que le apetecía era un trayecto con él y tener que contarle cómo le había ido.

Eva lo dejó ir, a pesar de sentirse mal por no ayudarlo a volver, tenía claro que no estaba el horno para bollos, de hecho le costó mucho llevar a su madre y no dejarla allí plantada. ¡Qué largo se hizo el camino de vuelta!

Cuando Abel llegó por fin a su casa, sus padres no tuvieron que preguntarle cómo le había ido, ya que su cara delataba su completa desolación. Decidieron no agobiarlo y estar junto a él. Por eso toda la

semana le buscaron ocupaciones para que se distrajese. Al principio fueron obligaciones la única forma de hacerle salir, del tipo: «Abelino, tú que ya tienes carnet tienes que llevarme al hipermercado y ayudarme con las bolsas», o «Lleva estas medicinas a los abuelos que la necesitan urgentemente». Después pusieron en práctica recursos lúdicos: «Ahora que tienes tiempo, por qué no vamos al museo, que han inaugurado una exposición muy interesante sobre objetos del espacio», o «Por qué no vamos todos a la bolera»...

Desde el momento en el que Ana se enteró de que Abelino tenía novia se quiso implicar. Estuvo todo el fin de semana muy nerviosa. Como su hijo se había ido con Eva, no le pudo preguntar. Lo llamó varias veces pero él no le descolgó el teléfono. Así que fue Enrique el que tuvo que sufrir sus neuras: «¿Cómo será su novia? ¿Dónde me has dicho que vive? Entonces, ¿es mayor que él? ¿No crees que deberíamos conocer a sus padres? El próximo fin de semana tenemos que invitarla a casa. ¿O invitamos también a sus padres? ¿Te ha dicho cómo se conocieron? ¿Por qué no me coge el teléfono?».

La ausencia de su hijo se le hizo muy larga, aunque a Enrique se le hizo más larga todavía. Ansiaba el momento en el que Abelino entrara para obtener respuestas, por eso cuando por fin llegó, totalmente abatido, y se encerró, para ella fue un mazazo enorme. Si al menos hubiera podido hablar con él. Era una situación que le desbordaba. A pesar de los consejos de su marido de dejarlo pasar, ella se propuso enterarse de todo, arreglarlo todo, sin ni siquiera saber qué era lo que tenía que arreglar.

—Habrà sido una discusión sin importancia —decía continuamente a su marido—. Y tú, ¿por qué no le preguntas?, que a ti te lo contó todo —insistía.

Al cabo de un par de semanas, logró conseguir el teléfono de Juan y se dispuso a llamarlo para enterarse de qué le pasaba a su hijo y por qué no se reconciliaban ya. Juan, por supuesto, no le facilitó ninguna información, pero la insistencia de sus llamadas hizo que se pusiera en contacto con sus padres, que aunque les pareció imprudente la actitud de Ana, tras muchos ruegos y súplicas, accedieron a darle el número de la casa de Vero, contándole que ellos conocían a la madre de Eva. Todo esto lo hizo a espaldas de su marido, por supuesto.

Algunas personas no saben valorar la importancia que tiene el tiempo. Lo quieren acelerar, queriendo que algunas cosas pasen antes, o ralentizar para que otras ocurran más tarde. Pero debemos saber hacerlo (porque el tiempo tiene su sentido) y aprovecharlo para moldearnos. Si somos impulsivos nos convendrá dejarlo pasar, pero si, en cambio, somos indecisos deberíamos apremiarlo. Solo la experiencia y el sentido común nos enseñarán cuál es el momento justo, que no es ni el primero ni el último. El tiempo lo cura todo, pero a su debido tiempo.

La madre de Abel no entendió que el problema de su hijo no podía ser acelerado. Tal vez fuera por egoísmo, porque en el fondo buscaba respuestas para ella, aunque defendería que fue por ayudarlo. A algunas madres les cuesta enormemente dejar volar a los hijos, a pesar de ser ley de vida. Se debe asumir como se asume la muerte. Los hijos, tarde o temprano, se harán independientes y debe ser así. Si no, cuando falten los padres, cosa que también tarde o temprano tiene que pasar, ellos no sabrán valerse. Los habremos hecho desgraciados e inútiles. Por su bien se debe evitar esto. Ella lo sabía, pero ignoraba que la mejor manera de que sus hijos aprendan es dejándolos solos para que se enfrenten a sus problemas, aunque estando ahí por si piden tu ayuda.

Abelino tenía que superar todo lo que le había pasado. No le quedaba otra. Aunque no sabía muy bien qué hacer. Al fin se decidió por enviar un ramo de flores a Eva. Cuando le preguntaron en la floristería si deseaba escribirle algo en una nota, no supo que ponerle. Pedir perdón denotaría culpa, declarar un te quiero no lo veía prudente. Pensó en escribir algo así como: «Esta flor para la más bonita»... pero lo creyó demasiado cursi. Como el dependiente le apremiaba, optó por enviar el ramo sin poner nada. Después, en su casa, pensó que lo más adecuado hubiera sido escribirle unos versos. Por la tarde llamaron para decirle que su ramo no había sido aceptado. Se vino abajo. Pensó que merecía sufrir para expiar su pecado. Entonces decidió que al día siguiente iría a recoger las doce rosas. Las quería para verlas morir. Sí, las pondría en un jarrón en su habitación, y día a día las vería marchitarse, sabiendo que con ellas moría su amor. Sabría entonces que la había perdido definitivamente. Pero no es tan fácil gobernar nuestros sentimientos. No es tan fácil pasar página. A pesar de todo seguía queriéndola y no perdía la esperanza de que ambos superasen la crisis.

Pasados unos días, se dio cuenta de que el estar deprimido no le ayudaba, y lo primero que debía intentar era dejar de aislarse. Lo malo era que no era tan fácil ponerlo en práctica. Todos los que le conocían no harían más que preguntarle por lo que le había pasado, haciéndole recordar otra vez sus errores. Había leído que el ejercicio tiene la cualidad de generar endorfinas, que hacen que nos sintamos mejor. Por eso pensó que era una buena ocasión para ir a practicar voleibol. A pesar de estar apuntado desde hacía un mes, nunca se había atrevido a ir, por miedo a que su poca maña en los deportes le quitase esa aureola de líder que se había ganado. Lo habían expulsado de las clases, pero estaba seguro de que nadie se daría cuenta si asistía a entrenar. Cuanto más lo pensaba, más creía que el deporte era una buena opción para vencer su aislamiento. Fue Eva la que indirectamente le ayudó a escoger esa modalidad deportiva, puesto que le había comentado que ella lo practicaba. Así que, de alguna forma, mientras jugaba podía pensar que ganaba puntos en común con ella, cosa que sabía que era muy importante en una pareja. Todavía pensaba que la reconciliación era posible.

Mientras tanto, no se sabe cómo, el rumor de su incidente empezó a propagarse. (Yo os revelaré que fue su suegra la que en algún momento cometió la indiscreción de contarlo, aunque ella nunca lo confesó.) Primero se extendió por la facultad, pero después sobrepasó ese ámbito y se desperdigó mucho más allá. No se sabía a ciencia cierta si era verdad, aunque casi todos le daban visos de realidad. La

mayoría no se plantearon si lo que se decía era cierto o no; lo elemental para ellos es que tenían ante sí una historia jugosa y divertida, y contribuyeron a difundirla para hacerse protagonistas, sin importarles que en el fondo supieran que no todo podía ser verdad, aunque para ser justos también creían que tampoco todo podía ser mentira. Solo muy pocos se abstuvieron de propagar el bulo porque su moral les impedía dar por cierto aquello que podía no serlo.

La reacción de sus amigos Juan no se la esperaba; lejos de censurarlo, de acusarle de torpe, elevaron su rango de líder a Dios.

—Tenemos que reconocerlo: es el puto amo —sentenció uno de ellos.

Es muy curiosa la naturaleza humana, nos creemos justos, racionales, de sobra inteligentes como para juzgar las acciones de los demás con equidad, pero la realidad es que no es así. Continuamente las emociones se nos cruzan haciéndonos perder la objetividad. Defendemos a nuestros amigos y atacamos a los enemigos, perdonamos las faltas de los nuestros y amplificamos los errores de los otros y, por ende, llegamos incluso a quejarnos de lo mismo que nosotros hacemos. Pero lo más increíble es que ni siquiera lo hacemos de forma consciente. En la mayoría de los casos estamos convencidos de nuestra objetividad. Esto lo vemos todos los días en los debates que siguen a cualquier encuentro de, por ejemplo, fútbol, en los que no somos capaces de reconocer una falta de nuestro equipo, y sin embargo nos basta un pequeño roce para exigir castigo en la acción del contrario. También lo vemos en las discusiones políticas, donde acostumbramos escuchar pedir la cabeza del contrario con suma facilidad, y en cambio nunca ofrecer la propia. Y desgraciadamente no lo queremos ver en nosotros mismos, que nos quejamos de los tratos de favor de otros, pero en cuanto podemos,

movemos los hilos para que nosotros, o nuestros hijos, seamos atendidos antes o mejor de lo que nos corresponde. Quizá sea porque el valor del compañerismo, el de la lealtad (que es por cierto un valor sobrevalorado), prima sobre el de la justicia o la integridad. Y toda esta reflexión viene a cuenta porque si Abelino no hubiera sido el cabecilla que había logrado ser, hubiera sido atacado y repudiado sin misericordia por los mismos que ahora lo justificaban. Así es la vida.

Algunos días después, los antiguos compañeros de Abel decidieron ir a verle. Se cruzaron varios mensajes avisándole de sus intenciones y, a pesar de su insistencia para que no fueran, ellos quedaron para ir. Por supuesto fue por egoísmo. A pesar de que era su líder, no pensaron en lo que él necesitaba sino en lo que ellos querían, que no era otra cosa que continuar pasándose bien con la historia completa. Deseaban saber todos los detalles, para que ellos mismos pudieran ser protagonistas ante los que no tenían la fortuna de conocer el suceso de primera mano.



Enrique Berson estaba pasando una mala racha. El ostracismo de su hijo le pesaba y no sabía muy bien cómo apoyarlo. Puso en práctica su determinación y de la noche a la mañana anunció en la empresa de construcción en la que estaba contratado que dejaría de ir al extranjero. Pero las cosas no son tan fáciles como en un principio se piensan. Su decisión de trabajar solo cerca de casa le estaba conduciendo a desagradables enfrentamientos en su puesto. Si bien no le habían despedido, es verdad que le presionaban mucho y le amenazaban continuamente con el fatal desenlace laboral. No solo sus jefes eran los que le tenían enfilado sino también sus compañeros, ya que el empleo que él despreciaba le tocaba a otro. Temía ir a trabajar porque sabía que le esperaban amenazas y malas

caras. A pesar de todo, tenía la completa certidumbre de cómo debía obrar y decidió aguantar el tirón, aunque alguna vez barajó presentar su dimisión.

Con ese nivel de estrés, no era el más adecuado para ayudar a Abel. Además, la falta de experiencia le hacía torpe en sus intentos por acercarse a su hijo. Él se creía adaptado a los nuevos tiempos, presumía de entender a la juventud. Sus muchos viajes le habían llevado a ver distintas actitudes y a entender que no hay que censurar lo que es distinto a lo que conocemos. No olvidaba que cuando se es joven se es más fogoso, más atrevido, menos prudente, y aunque nunca se lo dijo a sus hijos, pensaba que hay que vivir la vida. Quizá pensaba así porque él no lo había hecho y lo había lamentado. Pero una simple frase le había cogido por sorpresa. No se la esperaba y su subconsciente se la recordaba cada noche, cuando la cabeza se toma su tiempo para ordenar las ideas.

Fue aquel día en el último vagón del metro, cuando volvía a casa. Un grupo de adolescentes reían y hacían bromas, sobre ellos sobresalió la voz de uno que dijo:

—Bueno a ver qué nos cuenta «el follasuegras».

El comentario le despertó de su sopor. Le puso alerta. Analizó a los que lo comentaban y se extrañó por ver a unos chicos normales y bastante jóvenes. ¿En qué tipo de sociedad vivía? ¿Cómo podía tener alguien un mote así? Supuso que era una broma, una especie de castigo contra él, un apodo puesto por cualquier comentario desafortunado.

Le hubiera gustado seguir a los chicos, que se bajaron en su misma parada, pero su mujer le había pedido que antes de ir a casa comprase pan y harina, que le hacían falta. Lamentándolo mucho se separó de ellos.

Para colmo de males, esa misma mañana Ana le había comunicado una noticia, que aunque era buena le generaba dudas extras. Al parecer su hija estaba empezando a salir con alguien. No se sabía muy bien desde cuándo, ni con quién; pero el hecho de que lo hubiese comunicado hacía que ya fuese algo formal. Más preocupaciones.

Cuando Abel pensaba que los había convencido para que no fuesen a verle, el timbre sonó y su madre le anunció que unos chicos preguntaban por él. Doce de sus antiguos camaradas subieron por la escalera e irrumpieron en su habitación. Tras intercambiar unos breves saludos, enseguida le preguntaron por el rumor que corría desenfrenado por la facultad.

Abelino trató de desmentirlo todo, aunque su primera reacción le incriminó bastante, pues preguntó:

—¿Quién demonios os lo ha contado?

Por extraño que parezca, al cabo de un rato Abel se sintió a gusto en compañía de sus colegas. Llevaba ya más de medio mes sin verlos y había olvidado la sensación que se tiene cuando todos están pendientes de ti. Sus amigos vieron que rehuía la pregunta que les había llevado hasta él y decidieron darle tiempo, pues si no, no conseguirían su confidencialidad. Cambiando de tema, lo animaron a que se apuntase con ellos a la fiesta de fin de año a la que todos irían.

El contacto con sus compañeros le tentó enormemente. Empezaba a perder la esperanza de recuperar a Eva y perseverar por ese camino le hacía vislumbrar que sería un esfuerzo yermo. Poco a poco la fuerza oscura le atraía al otro lado. Le decía que no tenía que agachar la cabeza sino todo lo contrario, alzar la voz. Su Pepito Grillo personal le susurraba continuamente que admitiera incluso lo que no había

hecho, que sacara pecho, que olvidara a Eva. Que no sufriera más. Era tan tentador...

Nuestro amigo se encontraba ahora en el lado amable, pero a pesar de todo, y aunque a muchos les pudiera parecer absurdo, él no estaba conforme con dónde le había tocado estar. Estaba por encima de los demás. Su juicio era fuerte y no se dejaba engañar sobre lo que está bien y lo que está mal. Su cabeza no le dejaba descansar porque no se conformaba con la solución fácil. A veces cuando las cosas no salen bien la mayoría se abandonan al destino, pero los más fuertes no se conforman con él y se levantan una y otra vez, queriendo tomar las riendas de su vida, negándose a admitir las estadísticas que señalan, con antelación a tus acciones, que vas a fracasar. ¡Qué diferencia con esos pocos que estando en el grupo predestinado a triunfar, malogran su vida!

Eva lo había intentado, lo había intentado con todas sus fuerzas. No dejó de hacer cosas, se apuntó a todos los planes que le proponían, salir de copas, ir a la discoteca, ir de compras, a la bolera... Trató de salir con otros, pero no consiguió olvidar a Abelino. Además, era cuestión de tiempo que perdonase a su madre. Y cuando ella estuviese preparada para perdonar, el perdón se extendería, porque es su naturaleza, es generoso, bondadoso y nos trae la paz.

La visita de sus antiguos compañeros le ayudó a que acabara de decidirse para reunirse con los compañeros de vóley porque uno de ellos, Pedro, que también estaba en el equipo, le animó. Ave no le quiso decir nada a nadie, hasta que él mismo no estuviese satisfecho con su actuación dentro del grupo. No quería que su familia fuese a verlo hacer el ridículo. El curso estaba avanzado y ya se habían jugado varios partidos. Pedro le dijo que volverían a reunirse el día dieciocho. Por eso, dos días después se preparó para ir a jugar. Llegó cuando todavía no había acabado el partido anterior, que era femenino. Hasta el último momento estuvo dudando si acudir, pues no se encontraba muy bien. Sentía un incipiente dolor en la barriga, pero a pesar de eso, se esforzó por ir. Le había costado mucho decidirse y si se echaba atrás quizá nunca jugase.

Llegó temprano y fue al vestuario para ponerse la ropa de deporte. Cuando estaba a medio cambiar empezó a sentir retortijones, por lo que decidió ir con urgencia al servicio para no tener problemas durante el partido. Se encerró en el baño. Algo debía de haberle sentado mal porque de repente la cosa empeoró, hizo la caca muy suelta y de un olor horrible. Menos mal que estaba solo, porque hubiera sentido apuro de saberse acompañado. Decidió no tener prisa para marcharse porque los retortijones no habían cesado y los gases habían hecho acto de presencia. Entonces escuchó una algarabía que le desubicó. Un tropel de mujeres había entrado en el baño. Pronto comprendió que era él el que se había confundido de vestuario. Era

tarde para salir. Además, estaba en calzoncillos. Decidió subirse al váter para que sus velludas piernas no destacasen en aquel lugar (nunca había entendido por qué las puertas de los servicios públicos no llegan hasta abajo). En el peor momento le llegó el último apretón. Cuando creía que tenía dominada la situación, sus tripas le traicionaron y le mostraron su urgencia por vaciarse. Debía aguantar como fuese, tenía que intentar cambiar de postura a ver si aliviaba el dolor que sentía en la barriga; incluso le dolía la espalda de estar tanto tiempo allí encorvado. Tendió a erguirse, entonces su cabeza asomó por encima de la puerta del baño.

Lo que vio, a pesar de que probablemente fuera la visión más deseada por un adolescente, no le gustó nada. Tener justo delante de ti a un equipo de féminas desnudas puede ser muy gratificante en ciertas circunstancias, pero no cuando uno piensa que como se delate tu presencia, tu ya desastrosa vida se va a complicar mucho más. Volvió a agazaparse sobre el inodoro intentando borrar de su mente el harem que acababa de ver. Los comentarios picantes que allí escuchaba le hacían estar aún más incómodo. Si hubieran preguntado a sus articulaciones estas habrían opinado que el tiempo que pasó así fue una eternidad. Al fin, tras los repentinos desnudos, las interminables duchas, los lentos recubrimientos, los concienzudos maquillajes y las prolongadas charlas, las deportistas fueron abandonando el lugar. Él ya no podía aguantar más contraído como estaba. Si no bajaba de lo alto del váter y se sentaba en él se iba a cagar fuera. No quedaba otra. Su cuerpo, que había aguantado lo indecible, cedió cuando todavía no había llegado a sentarse y un largo sonido, como el de un trueno que retumba en la lejanía, se oyó por todo el vestuario. Y lo peor es que no lo acompañaba el agradable olor a lluvia. Aguantó hasta la respiración para no hacer más ruido,

deseó con todas sus fuerzas que ya no hubiera nadie allí afuera. Pero no tuvo suerte. Todavía quedaban dos jugadoras.

—¡Por Dios! ¡Qué asco!

—¿Es que no estábamos solas?

Entonces se hizo patente que allí en medio del vestuario había quedado una bolsa de deporte. A Abel un sudor frío le recorrió todo su cuerpo desnudo. Pensó en, al menos, levantar las piernas, puesto que en ese momento no disponía de las fuerzas necesarias para volver a encaramarse al maloliente inodoro, pero ya era demasiado tarde. Oyó que una de las chicas que quedaban decía:

—¡Aquí hay un hombre! ¡Ha estado todo el tiempo aquí metido mientras nos duchábamos!

—Voy a avisar —dijo su amiga, saliendo y dejándola sola.

A.B sabía que tenía que huir de allí. El tiempo apremiaba. Se subió los calzoncillos y salió de su mazmorra. Unos asustados ojos verdes le vieron salir, temerosos por desconocer sus intenciones. ¿Quién era aquel chico? ¿Sería un perverso? Estaba sola, por lo que decidió no interponerse. Él la ignoró, no tenía tiempo para excusas, se vistió lo más rápido que pudo y se fue corriendo. A ella le pareció más bien un conejo huyendo del acoso de un zorro.

La amiga llegó a la cancha. El partido que se estaba disputando, que era el que le tocaba jugar a Abel, se detuvo alertado por sus gritos. Y mientras todos se ponían al tanto de lo que había pasado, vieron a Abelino que se marchaba a toda prisa a medio vestir. Con los cordones de las zapatillas desanudados, la camisa desabrochada y una cara de susto como pocas, corría por el pasillo en busca de la salida.

Lamentablemente, ya era muy conocido allí y muchos lo reconocieron. Pedro corrió para contarle a su grupo el último atrevimiento de A.B. Con esa misma velocidad, la noticia llegó al

decano, que al escuchar su nombre creyó sufrir un síncope. Su tensión se disparó, respirar se le hizo difícil, un sudor frío le invadió y un leve temblor apareció en ambas manos. Creía haberse librado definitivamente de él y ahora comprobaba que todavía seguía siendo su pesadilla. No supo cómo debía actuar. El máximo castigo que podía aplicar era la expulsión y esta ya se había producido. Dudó si acudir a la policía, pero recordó la última vez que la llamó y tuvo la certeza de que no podría soportarlo. No estaba preparado para responder las interminables preguntas que le iban a formular. Por eso pensó en que debía llamar a los padres de Abelino y exponerles todo lo sucedido. Como padre también le gustaría que le avisasen si su hijo iba haciendo tropelías por ahí.

El aviso para que, a las cinco en punto, los padres de Abelino acudieran a ver al decano el último día de curso antes de las vacaciones de Navidad, los alertó. No es propio de una facultad el llamar a los padres con tanta urgencia como lo habían hecho. Aunque, como ya sabían que había sido expulsado, pensaron que era algún formalismo. No le quisieron decir nada a su hijo, pues desde el día anterior parecía que había recaído en su depresión.

—Buenas tardes, somos los padres de Abelino, hemos sido llamados creemos que por usted —dijo Enrique mientras le tendía la mano a don Francisco.

—Buenas tardes —respondió algo sorprendido al comprobar la aparente normalidad de unos padres que su ya castigada imaginación había supuesto que serían unos maleducados—. Nunca en la universidad, que yo sepa, se llama a los padres de los alumnos. Eso puede ser normal en el colegio, o quizá en el instituto, pero aquí ya son mayores de edad y deben asumir las consecuencias de sus acciones. Dicho esto, he tenido la deferencia de avisaros porque lo de

vuestro hijo raya ya lo delictivo. Y como yo también soy padre, pienso que me gustaría estar informado en una situación como esta... Aunque solo sea para sufrir.

Los Berson se quedaron pasmados, ya conocían el episodio que vivió con el tartaja y sinceramente pensaban que aunque estaba muy mal no merecía el adjetivo de «delictivo». A pesar de sus ideas, su gran respeto por la figura del decano hizo que ambos no excusaran a su hijo y siguieran atentos a los argumentos que les daba.

Paco intentó tantearlos para saber cuánto sabían, puesto que era imposible que lo supieran todo. No estarían tan tranquilos.

—¿Supongo que ya conocen que me he visto obligado a expulsarlo?

—Sí. Nos lo ha contado nuestro hijo, muy arrepentido, por cierto, por haber hecho daño a don José.

—¿Daño?

—Moral, claro.

—¡Ah, bueno! Si es así, ese arrepentimiento le honra. ¿Qué más saben ustedes?

—Bueno —titubeó Enrique—, también me comentó lo de la bomba.

—¿Qué bomba? —exclamó Ana.

—Su hijo hizo una llamada a la facultad avisando de que iban a cometer un atentado —respondió el decano fríamente.

—¿Mi hijo? ¿Mi Abelino? Aquí debe de haber un error. ¡Enrique! ¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué no sé nada? —continuó gritando muy nerviosa.

—Cálmate Ana. Abel me contó que solo querían saber si ese tipo de llamadas son escuchadas. Sé que no es muy inteligente...

—¡Dime la verdad! ¿No le habrá absorbido el coco una célula durmiente de esas?

Mientras, don Francisco no estaba por aguantar una escena de nervios. Tenía claro que les iba a informar y continuó con su misión.

—¿Qué más saben ustedes? —volvió a preguntar.

—¡Dios mío, hay más! —exclamó de nuevo Ana.

—No sabemos que haya pasado nada más —corroboró Enrique temeroso.

—Tengo que contaros que vino la policía preguntando por él, por lo de la bomba. Además, se presentó ante mí haciendo otra vez de tartamudo. No contento con todo eso, el otro día, cuando ya había sido expulsado, fue al pabellón de deportes y se coló en el vestuario femenino mientras las chicas del equipo de voleibol se duchaban.

—Pero ¿está usted seguro que hablamos de mi Abelino? —interrumpió Ana—. Abelino Berson Ezquerro, ¿no? —volvió a preguntar la madre, alucinada.

—Sí, y como siga así conseguirá también el honor de matar a un decano, porque yo ya no aguanto más —continuó sincerándose.

Enrique, que conocía las continuas meteduras de pata de su hijo, pensaba que habría una explicación para todo. No una explicación lógica, pero al menos una explicación. A Ana, en cambio, todo le cogió de improviso. Su marido le había ocultado casi todo lo que sabía, intentando que no sufriera, y de repente se había encontrado con la realidad. Y lo peor era que no le cuadraba. Ella pensaba que tenía un hijo modélico. No es como cuando se sabe que alguien va por el mal camino y al final te enteras de que le ha pasado algo que le tenía que pasar. En su caso no se le veía venir.

—Debo confesar que lo de su hijo me ha sobrepasado. Da la impresión de que en sus actos no tiene malicia, pero si ese es el caso es que es tonto. Pero ni aún así me encaja.

—Entendemos su hastío, compartimos con usted que no tiene maldad, pero no tenemos a nuestro hijo por tonto —replicó Enrique con educación.

—Efectivamente, no debe ser tonto porque según me han contado es el cabecilla de su grupo. ¿No saben como lo llaman?

—¿Cómo? —dijeron los dos al unísono.

—Lo llaman «el follasuegras» —sentenció—, y me da miedo pensar por qué. No sé si ustedes pueden aclararme esto —dijo dejándose vencer por la curiosidad.

El matrimonio quedó completamente desolado. La última revelación era el estoque que les faltaba para abatirlos. Enrique, con la mirada perdida, dijo:

—Entonces, ¿mi hijo es el follasuegras? No puede ser. No puede ser, es una pesadilla —se lamentó Enrique.

—Veo que nos vamos entendiendo. Es una pesadilla —murmuró don Francisco.

—No entiendo nada. ¿Quién es el follasuegras? ¿Por qué tiene ese mote? —preguntó Ana, y mientras lo decía, su imaginación descubría las respuestas a las preguntas que acababa de formular, y esto no hizo más que dejarla aún más desconcertada.

Hubo un silencio muy largo.

—Entonces, por eso se ha peleado con su novia... Y yo intentando arreglarlo... De todas formas, no puede ser...

—Yo de su hijo ya me lo creo todo —susurró el decano.

Todo estaba dicho. Enrique se levantó y agradeció al decano la información.

—Puede parecerle absurdo, pero confío en mi hijo, creo que posee sólidos valores. Evidentemente se ha excedido mucho, pero estoy seguro de que él tendrá alguna justificación. Le estamos muy

agradecidos por habernos avisado, y permita que le ofrezca mis disculpas.

—Acepto sus disculpas, Enrique, y me va a permitir que le pida un favor. Haga lo posible para que su hijo no entre en nuestras instalaciones. Pídale... no, exíjale que no se vuelva a cruzar en mi camino... No lo podría soportar. Adiós y buena suerte —añadió mientras se compadecía de ellos.

Dos personas salieron de aquel despacho. Nadie hubiera dicho que eran las mismas que, hacía solo unos minutos, habían entrado, pues por sus rasgos y su lento caminar, parecían mucho más viejas.

El calendario había dado otra vuelta y el frío nuevamente lo inundaba todo. Los árboles tiritaban desnudos mecidos por el desagradable viento del norte, que se empeñaba en ampliar sus dominios aunque solo fuera por unas pocas semanas. A pesar de lo desagradable del invierno, el que fuera Navidad hacía esa época mucho más llevadera, puesto que la iluminación navideña, las vacaciones, la proximidad de recibir los regalos e incluso las reuniones familiares entretenían a casi todos y los apartaba del molesto pensamiento de que estaban en la peor estación. Ave siguió recibiendo los ruegos de sus amigos para que los acompañase a la fiesta de fin de año. Toda la pandilla iría. En un primer momento declinó el ofrecimiento aunque, ante la insistencia de todos, prometió que lo reconsideraría. Más tarde, cuando se enfrentó cara a cara consigo, con sus temores y anhelos, cumplió su promesa. Lo valoró y decidió dar un paso adelante. Quedarse en casa el día de fin de año solo aumentaría su melancolía. Entonces, ¿qué era lo que temía?

Después de un mes recluido, los padres de Abelino no supieron cómo reaccionar cuando Abelino les comunicó que iría a la primera fiesta del año nuevo. Por una parte entendían que le sentaría bien salir, pero por otra les daba miedo que su hijo se metiese en más líos. Tras la entrevista con el decano, le exigieron aclaraciones y él se las dio. Les aseguró que en todo lo que había hecho nunca había tenido malas intenciones. Uno a uno justificó todos sus actos, pero evitó hablar del incidente con Lola. Sus padres aceptaron aliviados su

versión. Confiaban en él y sabían que su hijo no era ningún perverso, pero faltaba por esclarecer algo. Les daba vergüenza plantearlo, pero definitivamente había llegado el momento de aclararlo todo. A Abel le cogió por sorpresa. Sabía que el rumor se había propagado, pero nunca pensó que había llegado hasta ellos.

—Hay algo más que nos tienes que aclarar.

—Vosotros diréis.

—¿Por qué tus amigos te llaman «el follasuegras»?

Abelino se quedó petrificado, no sabía que le habían puesto ese injusto mote.

—¿De verdad me llaman así?

—Eso nos ha comentado don Francisco. Supongo que tú sabrás por qué.

—¡Uf! Me temo que sí... Aunque debo decir que es otro malentendido.

—Eso espero —replicó su madre.

—La noche que papá me llevó al hotel rural, me confundí de habitación y entré en la de Lola. Me desnudé y me metí en su cama.

—¿Con ella?

—Sí.

—¡Dios! ¡Nooo!— exclamaron ambos.

—Enseguida me di cuenta y me marché corriendo —abrevió Abel—. Eva no me lo ha perdonado. Le pasó por la cabeza que hubo algo más.

Su padre no sabía si llorar o reír. En aquel momento su madre acabó de desestimar la idea de volverlos a unir.

Era la primera fiesta de fin de año a la que asistía. Hasta entonces, en el instituto nadie le había invitado, y además antes de cumplir los dieciocho no podía entrar en muchas de ellas. Ahora todo un mundo

de nuevas posibilidades se abría ante él. Pero debía saber cuáles eran las puertas que merecían la pena. Nuevas oportunidades conllevan nuevos peligros. Afortunadamente, él tenía claro que se podía dejar tentar por algunas como el caso de esta fiesta, pero que en ningún caso cedería ante otras como las drogas, donde hay poco margen de error porque solo te llevan a tu esclavitud. A que tu vida se consagre a su dependencia. Por eso Ave tenía claro que ni siquiera fumaría nunca.

Sus amigos habían decidido ir a un local en el centro. No importaba tanto el sitio como que fuesen todos. La mayoría de su antigua clase se había apuntado y por supuesto había muchos más que no conocía. Sabía que bebería, por eso fue en metro, lo que no sabía era cómo ni cuándo volvería. Su padre se ofreció a recogerlo si no encontraba un taxi con el que regresar. Camino del bar decidió que se lo iba a pasar bien. Aquella noche trataría de olvidar sus penas e incluso a Eva. Ya estaba bien de autoflagelarse, necesitaba disfrutar la vida. Tener una noche de diversión para vivir, para pasarlo bien, pero además para contarlo y no agachar la cabeza cuando todos hablaran de las fiestas, con sus anécdotas buenas y malas, y poder alzar la voz y decir: «¡Sé de lo que habláis! ¡Yo también estuve allí!».

A la una llegó y le maravilló el ambiente. Todos alegres, todos bailando. La música sonaba, las luces generaban un ambiente mágico, desconocido para él; las sombras y la oscuridad le recordaban que aquel momento pertenecía a la noche, que tenía otras reglas. Se reunió con sus amigos, tomó una copa, bailó. Notó que la gente estaba más desinhibida que de costumbre. Muchos iban a pasárselo bien, daba igual cómo o con quién. Notó que él era de nuevo el protagonista. Incluso a veces le presentaban como «el puto amo». Él disfrutaba del momento. Se tomó otra copa.

A las dos ya se había dado cuenta de que generaba una atracción especial, sobre todo entre las chicas. Al principio lo achacó al ambiente. Algunas le señalaban, otras le guiñaban un ojo y muchas se le acercaban a darle conversación.

Antes de las tres sabía que estaba en el punto de mira. Esa noche era el trofeo de caza más apreciado. No le quedó ninguna duda cuando una desconocida se le acercó y le susurró al oído:

—Me pones muy cachonda.

O cuando le introdujeron en su bolsillo un número de teléfono escrito en una nota adornada con la huella de unos labios rojos que decía: «Soy Rosa. Espero que me llames».

Abelino ya había saboreado lo que siente un líder, pero hasta ahora no conocía lo que es que muchas mujeres se fijan en ti... era tan halagüeño. Después de un mes recluido, aquella noche fue como entrar en el cielo. Poco a poco, Abel fue olvidando sus problemas, olvidando su pesar, olvidando el pasado, olvidando el futuro. Solo presente, solo aquí y ahora. Poco a poco aquella noche Ave se olvidó de Eva.

Antes, Abel casi nunca había bebido. A lo sumo un par de copas, pero esa noche era especial, la bebida le hacía decir tonterías que le reportaban un éxito inmediato. Le hacía verlo todo desde un punto de vista diferente, como sumido en una atmósfera de magia. Jamás le había dicho un piropo a una mujer bonita, no porque no se le ocurriese, sino por temor a que le pudiera sentar mal. Pero aquella noche no había nada prohibido. Estaba con la mirada perdida y una sonrisa tonta mientras observaba a una tal Marta que le hablaba. La música y el alcohol entorpecían cualquier intento de conversación. Marta, cuando llevaba un rato esperando una respuesta, le increpó:

—¿Es que no me estás escuchando?

—No —le respondió—. Solo miro esos ojos tan bonitos que tienes.

—¡Qué dulce eres! —exclamó ella mientras le besaba brevemente en los labios.

Los demás aplaudieron y vitorearon la ocurrencia. Pero para algunas fue el signo de que se había abierto la veda. La caza había comenzado.

Tal vez fuese la más descarada, o quizá la más atrevida, a lo mejor fue la más borracha, aunque algunos pensaron que fue la que tenía las ideas más claras. Lo cierto es que una mujer se levantó y lo separó de Marta para llevárselo a bailar y allí, mientras lo seducía exhibiendo movimientos muy sensuales, aproximó su cara a la suya y comenzó a besarlo. No de forma inocente, como antes, sino con pasión. Un beso por completo opuesto al inocente ósculo que sus labios todavía saboreaban. Un beso con lengua, con alma. Un beso para caer embrujado en una noche mágica. Él no se lo esperaba, no lo buscó, pero sus labios no lo rechazaron. Sus ojos se entornaron para saborearlo, para aislarse de todo. No había nada más. Cuando poco a poco los fue abriendo, el mundo se detuvo. Justo delante tenía a Eva mirándolo con cara de muy pocos amigos. Pese al calor que hacía, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. La había vuelto a cagar. Tocado y hundido.

Quiso excusarse, pero ella ya había desaparecido. En ningún momento se le ocurrió pensar que Juan, que también había ido a la fiesta, iría con Vero y esta arrastraría a Eva hasta allí. De todas formas nunca le había pasado por la cabeza engañarla y por eso nunca estuvo pendiente de dónde estaría ella. En un instante volvió a recuperar su pasado y su futuro, arruinando el bonito presente que tenía por delante. Sopesó si aprovechar el momento. Pero ya era imposible. Había recuperado la inmisericorde memoria. El tiempo,

antes detenido en el aquí y ahora, ya no se dejó atrapar. Juan se le acercó. Le compadeció. Le consoló. Él todavía con su tonta sonrisa de borracho y con un tono melancólico le dijo:

—¡Qué noche más bonita!

Para ser sinceros la noche no podía haber dado mucho más de sí. Abel había bebido en exceso y su estómago empezaba a revelarse ante la excesiva ingesta de alcohol. Juan sacrificó su noche para acompañar a su amigo afuera y allí, tras vomitar repetidas veces, le pidió que llamase a su padre para que lo recogiera, puesto que ningún taxista quería llevarlo en ese estado, por miedo a que arruinara su tapicería con sus desagradables efluvios. Juan decidió que él lo llevaría a casa. En el camino A.B. le decía:

—Papá, qué bueno eres.

Eva supo por Vero que Abel iría a esa fiesta de fin de año y por eso había decidido no acudir. Optó por ir con su amiga de copas por el centro. Ella también bebió, aunque con mucha más moderación que Ave, pero la bebida, lejos de causarle euforia, le provocó melancolía. Además, el que continuamente se le estuvieran acercando moscardones que solo buscaban el primer revolcón del año le trajo a la memoria la buena educación de Abelino. Pensó que nunca se habían enfrentado; le pareció de lo más tonto pero le pasó por la cabeza que deseaba discutir con él para ver si también entonces presentaba ese respeto, esos buenos modales que nunca deben faltar. Bien es verdad que ella le había gritado el fatídico día del hotel rural, pero él en ningún momento había respondido a sus ataques. Debía estar muy mal para que por su mente pasasen ideas como esas en una noche donde solo deberíamos pensar en divertirnos. Entre aquellos nostálgicos pensamientos se le cruzó la idea de ir a verlo, de abrazarlo y de perdonarlo, de darle otra oportunidad. Lo añoró, y

sumida en ese ambiente algo deprimente de esas fiestas en las que te lo tienes que pasar bien por obligación, decidió proponer a Vero que fuesen en su busca. Su amiga accedió gustosa, puesto que se había separado de su novio por ella y se alegró enormemente de poder darle la sorpresa de estar junto a él.

Cuando llegaron a la fiesta buscaron a sus amigos. Allí encontraron a Abel rodeado de chicas. Parecía que flotaba por encima de ellas. Se notaba que había bebido de más, puesto que no paraba de cabecear al compás de un ritmo inexistente. Ora con María, ora con Esther, ora se giraba y se daba un baile en solitario, ora agarraba a Mamen para improvisar un forzado tango. Y todas le reían las gracias. Eva se sintió extraña. Nunca se había considerado celosa, pero en aquel momento le costó reprimirse para no abofetear a su ex. Afortunadamente, razonó. No tenía derecho. No sabía qué pensar. ¿Cómo le podía haber enviado flores y a la vez estar tonteando con otras? ¿Se habría cansado ya de esperarla? Sus dudas se debatían entre si había sido demasiado dura o si debía serlo aún más, si debía ir a besarlo o debía echarlo definitivamente de su vida. Intentó calmarse, pues la ira no es buena consejera. Lo mejor para comprender a alguien es empatizar con él, y esto no es ni más ni menos que ponerse en su piel. Entender sus problemas, saber cuáles son las pesadas cargas que su alma arrastra. Intentar conocer sus anhelos y desdichas, sus proyectos y sus miedos, sus victorias y sus tropiezos. Estaba ya logrando entenderlo, llegando a la conclusión de que había sufrido mucho y quizá necesitaba pasárselo bien, cuando vio el piquito y por último ese beso apasionado. Todo su cuerpo se estremeció. Creyó estar hechizada por vudú, donde Abel era el muñeco que la representaba a ella, y cada vez que alguien se le acercaba, era ella la que experimentaba un profundo dolor. No pudo más y se presentó frente a él con toda su

indignación, con todo su odio. Para colmo él no la veía. Seguía con ese interminable beso. Al cabo de un siglo la vio, pero su dolor no cesó. Esta vez fue ella la que, sin discutir, se fue.

Detrás de su aspecto frágil se escondía una mujer fuerte, con las ideas muy claras. Que era capaz de sobreponerse a los azares de la vida. Cualquiera otra habría montado un numerito, o habría escondido su pena detrás del alcohol, o se habría derrumbado creyendo caer en un pozo sin fondo o incluso se hubiera liado con alguien solo por despecho. Ella no. Lamentó lo ocurrido y trató de aclarar sus ideas. Sorprendentemente llegó a la conclusión de que ella tenía algo de culpa. Se había sentido muy a gusto teniéndole pendiente de ella, dejando que le enviase flores pero sin ceder a pesar de que ya sabía que le daría otra oportunidad. Comprendió que él estaba demasiado borracho como para evitar lo que pasó. Además, Abel no le debía nada, puesto que ya no estaban saliendo.

Justo en aquel momento, sobrepasada por todo lo que había visto, agobiada por el sinsentido de un lugar donde todos tienen la obligación de divertirse, presionada por música que ahora le parecía ruido, por luces que no le dejaban ver, supo que le daría otra oportunidad. Empezó a maquinar un plan para confirmar si, Maite, la mujer del beso, que ella conocía por estar en la pandilla de Juan, significaba algo para él.

Comprenderéis que este último suceso fue un enorme mazazo para Abel. Llegaba en el peor momento, pues era cuando empezaba a salir del bache. Otra vez se veía sin futuro, sin sueños, sin esperanzas. Aunque le costó, Abelino se dejó ayudar. Se dio cuenta de que sus padres, siempre distantes, estaban allí cuando más los necesitaba. Pero no fueron los únicos que le prestaron su ayuda. Poco después de que acabaran las vacaciones de Navidad, cuando ya había pasado cerca de un mes desde su expulsión, don Antonio, su antiguo profesor de Filosofía se presentó en su casa y pidió hablar con él. Abel sabía que no podía hacerle el feo a aquel profesor que le había dado tanto. Bajó extrañado, preguntándose qué demonios querría.

Mientras acudía a recibirlo, su cabeza escrutaba todas las posibilidades por las que su maestro podía ir a verlo. ¿Tendría algo que ver con su complicada situación actual, o sería solo una casualidad el que fuese precisamente ahora? No había vuelto a saber de él, cosa que por otro lado es lógica, pero aún pensando que su visita no fuese fortuita, ¿cómo podía don Antonio estar al corriente de su situación? ¿Quizá por su hermana? Estaba llegando a intuir la solución cuando no hubo más tiempo para reflexiones, porque ya estaba delante de él. Ambos se sentaron en el salón a charlar y poco a poco el docente fue llevando la conversación a donde quería. Se había enterado de la expulsión de su pupilo y había ido para hacerle una proposición difícil de dejar pasar. Moviendo hilos e influencias había conseguido que se le admitiese en la facultad de Filosofía, a

pesar de que el plazo de nuevas inscripciones había cumplido con creces. El rector, tras una ardua insistencia por su parte, se había llegado a comprometer en buscar alguna fórmula para que Abelino estudiase allí. Al parecer, la que en ese momento parecía más plausible era el dejarlo asistir como oyente y guardarle sus notas para que en la convocatoria de febrero se matriculase. No fue nada fácil conseguir ese trato, pues por una parte el elevado carácter moral de una institución como la facultad de Filosofía, y por otra la rémora de ser un universitario expulsado, pesaron mucho, a pesar de la amistad que desde hacía mucho unía al rector con el profesor.

Abelino se sintió más agradecido que contento, sintió una profunda admiración por aquel hombre que volvía para ayudarle sin tener por qué. Además, debía reconocer que perdía muy poco siguiendo su consejo, pues el año ya lo tenía perdido. Con respecto a su futuro, experimentó una repentina desazón que le hizo darse cuenta de que en realidad estaba nervioso. Comenzó a sudar copiosamente, su estómago, hasta entonces ignorado, empezó a dejarse sentir con agudos pinchazos y le invadió un leve temblor. Él era de pensarse mucho las cosas, pero en esos breves minutos se estaba decidiendo su porvenir.

—Bueno, ¿qué me dices?

Abelino no dijo nada, aunque lo intentó. Antonio se dio cuenta de que necesitaba algo de tiempo para dilucidarlo.

—Tú te lo piensas. Pero que conste que a estas alturas de curso, el tiempo juega en nuestra contra.

—De acuerdo, gracias. Mañana le digo algo —dijo—. Sé que es una buena oferta pero me invaden dudas... y temores.

Hizo una pausa para respirar profundamente y al final añadió sincerándose:

—Tengo algo de miedo. Miedo a equivocarme otra vez, a no ser aceptado como me ha pasado tantos años, a defraudarle, a no volver a tener la felicidad que he conseguido este último año, en definitiva, al fracaso.

Su antes profesor y ahora amigo sonrió discretamente, mostrando una actitud que desconcertó a Abel. Lejos de decir algo se puso a mirar su móvil, desplazando su dedo a gran velocidad por la pantalla.

—¿Miedo? Dame tu número de teléfono y tu email —le pidió, pareciendo cambiar de tema.

Y después de que su antiguo alumno le respondiera, simplemente se despidió, manteniendo la sonrisa. Abelino tenía mucho que reflexionar y pensativo se asomó a la ventana. Era un día frío y nublado. Una ligera llovizna se había querido sumar a complementar el desapacible día. El viento se había vuelto ladrón e intentaba despojar a los atrevidos viandantes de sus ahora más apreciadas propiedades: los sombreros y bufandas. Por eso se extrañó al ver que su maestro se paraba, al descubierto, y a la vez que luchaba con Eolo por no perder el paraguas, sacaba de su gabardina su teléfono y allí, en medio de ese páramo, se puso a tocarlo. Tan ensimismado estaba Abelino que tardó en darse cuenta de que su teléfono vibraba advirtiéndole de un correo nuevo. Se sorprendió al ver que era de don Antonio que le enviaba un archivo. Lo descargó con ansiedad para ver de qué demonios se trataba y nada más comenzar a leer su actitud cambió. Su cuerpo se relajó y en su cara se reflejó la misma sonrisa burlona que hacía un momento dibujaba el rostro de su amigo. Le transmitía una de las redacciones presentadas en el trabajo de fin del curso. Una firmada por otro alumno pero escrita por él. Lo que más le conmovió es que la llevase en el móvil.

El miedo:

El miedo, defensa natural, hay que tratarlo, conocerlo, ganarse su confianza, para así poder vencerlo. Si lo tememos nos invadirá, nos inmovilizará, no nos dejará pensar. Acaparará tanto nuestra vida, o nuestro momento, que solo podremos pensar en tratar de escapar.

Miedo, ¡qué poderosa arma capaz de doblegar pueblos!

No debemos confundirlo con precaución, que sí es una aliada que nos ayuda, nos guía, nos enseña, nos salva.

Usemos la inteligencia para combatirlo, enfrentémonos a él, con sensatez, con precaución, con valor y ya habremos ganado, habrá desaparecido antes incluso de presentar batalla. Habremos recuperado la libertad.

Epílogo

Creo que dejar aquí, mi narración sería algo injusto. Abelino había madurado bastante, pero su futuro, lejos de estar ya definido, todavía generaba inquietantes incertidumbres...

Abel decidió que la sugerencia de su antiguo profesor podría ser una buena salida a su atascada situación. Por eso, pese a sus muchas incertidumbres, lo llamó para aceptar y quedaron en que a partir de entonces asistiría a las clases de la facultad de Filosofía. Don Antonio, mostrando un exceso de amabilidad, no solo le acompañó personalmente el primer día, sino que incluso se encargó de presentarle uno por uno a los distintos profesores y, por último, al decano.

Cuando solo llevaba una semana, no le quedaba ni un atisbo de duda de que había hecho lo mejor. En aquel lugar se encontró mucho más a gusto que en las clases de química. Disfrutaba con las asignaturas y lo que es mejor, apreciaba el ambiente que allí se respiraba. Con nuevos compañeros que no le conocían, no tenía que rendir cuentas. Allí no cargaba con el pesado peso del pasado, allí se encontró más relajado. Pese a que el curso ya llevaba un trimestre y los grupos de amigos estaban formados no le costó nada integrarse. Ahora se encontraba inmerso en un ambiente más culto, donde cada día en los ajetreados descansos se hablaba del tipo de cosas que a él siempre le habían interesado. Ya no tenía que disimular sus inquietudes, ni forzarse por seguir las conversaciones de los demás para no quedarse descolgado. Esas semanas en la facultad encontró la

paz que no pensaba encontrar. Encontró refugio; a sus pensamientos, a las inquisitivas preguntas de los demás, a sus tentaciones... Se dio cuenta de que había pasado una etapa para entrar en otra totalmente diferente. Aunque solo habían pasado unos días, ya le parecía que lo anterior había sido otra vida. Con otro yo. Un yo más inmaduro, más inseguro, más torpe. Tanto que dudaba de que hubiera sido él. Sus pensamientos le llevaron a pensar que continuamente cambiamos. No somos los mismos con diez años que con veinte. Nuestro cuerpo está en continua regeneración. Sustituimos, sin descanso, unas células por otras. ¿Qué queda en nuestro cuerpo del niño que fuimos? ¿Los recuerdos? Pero estos son selectivos, nos acordamos solo de ciertos momentos, de algunas vivencias. Además, la vida nos va moldeando, nos hace madurar. ¿Hay algo más personal que nuestros gustos? Pues bien, volvemos la vista atrás y vemos como estos también han variado. Ya no disfrutamos la misma música, las mismas comidas, las mismas compañías, los mismos *hobbies*... Todos cambiamos, pero Abelino lo estaba haciendo tan rápido que le costaba reconocerse. Su nueva rutina le hacía pensar en el trasfondo de todo, replanteárselo todo, desechar todo lo que nos ha sido impuesto por la fuerza de la costumbre o por la suerte (esa casualidad que a veces nos gobierna en demasía).

En ese nuevo mundo donde empezaba a vivir, en esta nueva vida que empezaba a sentir, dudaba si tenía cabida Eva. Dudaba si tenía cabida el amor. Por momentos se sentía un anacoreta, un lobo estepario. Y no tenía claro si le gustaba serlo. Sería una vida más fácil, sin sobresaltos, sin aventuras, sin disgustos. Si no nos quiere nadie, nadie nos podrá hacer daño. Si no queremos a nadie, si no creemos en nada, nadie ni nada nos defraudará. Sabía que eran pensamientos propios del momento por el que estaba pasando, algo

deprimidos, algo depresivos. Renunciar al amor para no sufrir, o luchar por él para intentar alcanzar... ¿Qué? ¿La gloria? ¿Una felicidad mayor pero frágil? Dudaba si el amor también era un convencionalismo, aunque algo en su interior se revelaba ante esta idea. No porque en ese momento de bajón la descartase, sino porque eso dibujaría un mundo demasiado frío.

La confianza que mostró su antiguo profesor en él, le dio fuerzas que creía perdidas. Le animó a luchar, a no conformarse. Abel se replanteó su vida, se analizó. Lo que en ese momento más le pesaba no era haber sido expulsado, ni haber defraudado a sus padres, ni siquiera haber perdido a Eva; lo peor era haber perdido la confianza de ella. Por eso pensó en que debía verla, hablar con ella, para intentar justificarse. No quería que ella pensase que él la había traicionado. Tenía que lograr al menos mantenerla como amiga. Aquella noche decidió que lo más adecuado sería volver a enviarle un ramo y añadirle una nota. Tras pensar qué poner, no encontró nada mejor que la última estrofa de una de sus canciones favoritas, porque ahora más que nunca entendió aquella canción que sin querer retumbaba dentro de él: *...I'm just calling, one last time, not to change your mind, just to say you I miss you baby, good luck, good bye.* (Te llamo por última vez, no para que cambies de parecer, sino solo para decirte que te echo de menos, nena. Buena suerte y adiós.)

Para su sorpresa, no solo el ramo fue recogido, sino que gracias a Vero, se enteró de que Eva había comentado que le habían agradado tanto las flores como la nota. Incluso le comentó que a ella le parecía que su actitud con respecto a él había cambiado un poco. Él entendió que las posturas se habían acercado, pero todavía veía muy forzado intentar soslayar rencores que aun no habían quedado atrás. A pesar de que todos los días soñaba con su reencuentro, no quiso

precipitarse y prefirió ir despacio. Por eso Ave no se atrevió a llamar y se afanó por componerle unos versos.

¡Qué importante es la creatividad! Lejos de permanecer ocioso pensando una y otra vez en los errores cometidos, la poesía le sirvió de terapia. Su mente tuvo otras cosas en las que ocuparse y precisamente eso era lo que necesitaba. Llevaba dos meses maldurmiendo recordando el incidente. Todas las noches soñaba lo mismo, todos sueños diferentes. No importaba dónde estaba o qué hacía, tarde o temprano Eva aparecía, y cuando él la miraba, la abrazaba o la besaba, se transformaba en Lola. Siempre lo mismo y siempre diferente, siempre la misma pesadilla recurrente. Pero esa noche logró por fin conciliar el sueño. Su cabeza ahora se afanaba por encontrar la rima más adecuada, la más bella, la más perfecta. Esto aminoraba la carga tan pesada que antes tenía. La decadente cadencia del círculo vicioso del que no habían salido sus pensamientos por fin se estaba deshaciendo. Entre la revisión de los errores cometidos, y la preocupación por su futuro, se interpuso ahora la creación. Gracias a la poesía iba adquiriendo una visión especial. Cuando miraba, ahora veía mucho más. Antes veía, ahora miraba. Antes oía, ahora escuchaba. Antes sufría, ahora sentía. Sentía otro mundo, otros matices. Antes se habría asomado a la ventana y hubiera pensado: llueve. Ahora notaba como millones de desacompañadas gotas caían. Calmaban la sed del atormentado árbol que había superado ya la sequía. Arrastraban la tierra acumulada en terrazas y tejados, alejándola de allí, transportándola a una vega distante donde sería el sustrato de nuevas plantas, de nueva vida. Limpiaban, con su acelerado paso, esa insalubre atmósfera que nos imbuía dejando que el aire puro llegase de nuevo a nuestros pulmones. Donde antes veía lluvia ahora veía el milagro de la vida.

Dos semanas después, acudió de nuevo a la floristería para enviar otras rosas. Esta vez sí añadió unos versos en la misiva.

*Entre la maleza, una flor
voy buscando, con franqueza,
atrapado por tu olor, ahogado en mi dolor.*

*Grandiosa fortaleza
orlada por muchas piezas,
mantiene como los silos,
encerrada por sus filos,
zafiro de gran belleza.*

Eva, a pesar de ser una muchacha muy decidida, no conseguía aclararse. Siempre había pensado que debemos ser racionales e intentar dominar nuestros sentimientos, pensar con la cabeza y no con el corazón. Solo así seremos fuertes ante la vida. Pero no conseguía la paz interior que necesitaba. Su rendimiento académico había bajado alarmantemente. No lograba concentrarse porque siempre se le aparecía Abelino. Sufría pensando que él lo estaba pasando mal, pero no quería acercarse por no darle falsas esperanzas. Al principio de su ruptura tuvo claro que tenía que pasar página, pero no le fue nada fácil. Comprendía que a su lado viviría muchos sobresaltos debido a su forma de ser, pero sinceramente también creía que pocos hombres la querrían y respetarían como él. Porque Abelino era un hombre bueno. Cada vez veía más plausible ceder a sus sentimientos, por eso cobraba fuerza la opción de encontrarse otra vez con Ave. Escucharlo, acercarse y entonces tomar una determinación. En último caso, Abelino podría ser un gran amigo.

Sus pensamientos se centraron ahora en cómo propiciar un encuentro sin ceder demasiado, porque ya tenía claro que necesitaba

verlo. Su mundo se había ido cerrando, obsesionada con él. Sinceramente no lo entendía. Su relación no llevaba tanto tiempo como para estar tan colada. Por eso pensó que tenía que normalizar la situación. En la batalla librada entre la razón y el corazón, ella era la que había perdido y ella fue la que al comprenderlo se rindió. Como se aproximaba marzo, decidió organizar una fiesta por su cumpleaños, donde él también fue invitado. Juan fue el encargado de darle la buena noticia.

En todo este tiempo, Abel había recobrado su confianza y su pragmatismo. Recibió con agrado la noticia con la seguridad que su encuentro sería positivo. Deseaba recuperar a la mujer de sus sueños, pero si no podía ser, se conformaba con conservarla como amiga. Dudó en qué regalarle. No creyó oportuno un regalo caro, ni demasiado personal, como una gargantilla o unos pendientes, y optó por aprovecharse de que la conocía mejor que los demás para que su regalo fuese el mejor. Por eso, acordándose de sus gustos le consiguió una entrada para el concierto de Mikel Erentxun de la próxima semana. Junto a la entrada una nota que decía:

Juan, Vero y yo iremos. Esperamos verte allí.

PS: Si molesto, házmelo saber y no iré.

Ave llegó acompañado de Juan, acompañado de nervios e ilusiones, acompañado de dudas y temores. Su rostro taciturno se iluminó cuando vio a Eva, que acudía a recibirlos. Ella los saludó a los dos amablemente con dos besos. ¿Excesiva formalidad? Ave le dio su regalo y Eva le contestó con la sonrisa más bonita del mundo, pero no dijo nada. Él intentó decirle que tenían que aclarar las cosas, ella se llevó el índice a la boca pidiéndole silencio, luego le susurró que ya habría tiempo para hablar.

—Abel, quiero presentarte a alguien muy especial —dijo Eva cambiando de tema—. Ella es Maite.

—Hola, Maite —saludó formalmente Abel.

Como no reaccionaba la anfitriona añadió

—Bueno, ¿qué me dices?

—¿?

—¿No crees que es monísima?

—Sí... Pero... ¿a qué viene esto? ¿Es que sois pareja?

El comentario arrancó las carcajadas de todos los que presenciaban la escena. Eva, al cabo de unos segundos, también secundó las risas. Tenía dos motivos para reír, el pensar que una ocurrencia como esa solo se le podía pasar por la cabeza a él, y el confirmar que no se acordaba para nada de aquella mujer, y que por tanto aquel beso no significó nada. Eva continuó presentando a Abel a aquellos que no lo conocían, que eran una minoría. Hasta que unos ojos verdes exclamaron:

—¡No me jodas! ¡Es el perverso!

Ella era la jugadora de voleibol que lo había descubierto en el vestuario de mujeres. Abelino se ruborizó. Lamentó que una vez más su mala suerte le arruinaría lo poco que había avanzado. Intentó tranquilizarse. Reflexionó rápidamente que no tenía nada por lo que avergonzarse si no había hecho nada malo, y que lo mejor era dar la cara. Por eso tomó las riendas de la situación y describió la escena tildándose como víctima. Todos los acontecimientos de este último año, en los que no era nada raro que él fuera el protagonista, habían desarrollado en él un don especial para contar los sucesos de la manera más graciosa. En ocasiones, para hacer reír, más importante que lo que se cuenta, es el cómo contarlo. Ver a alguien hablando cruelmente de sí mismo puede llegar a ser algo muy divertido, tanto

que A.B. logró que todos le disculpasen y a la par que todos riesen con él. Lo que más le reconfortó fue ver reír a Eva.

Eva halló la respuesta que esperaba. Supo que tenía que aceptar a Ave como era, con sus defectos y sus virtudes. No podía pretender quedarse solo con lo mejor, pues Abelino era la suma de todo. Además, lo notó más maduro. Ser capaz de darle la vuelta a la situación y reírse de uno mismo no es fácil. Mientras ella pensaba esto, él quiso mantener el éxito y relató otras anécdotas que le habían pasado. Contó que una vez paró con su familia para ver un paisaje junto a la carretera y al volver al coche todos le gritaron apremiándole para que saliera. Él se mostró extrañado y les dijo que ya había visto todo lo que tenía que ver. Ante la insistencia de su familia acabó saliendo para enterarse de que había entrado en un coche que no era el suyo. Juan también relató algunas, como cuando su amigo fue al colegio un sábado sin darse cuenta de que era festivo o aquella otra vez que salió a la calle vestido con el pijama.

Es curioso como esas vivencias divertidas que adornan nuestra vida, a pesar de ser recordadas sucesivas veces con el paso de los años, no dejan de provocarnos la risa. Poco a poco, los demás se animaron a relatar ocasiones donde ellos también habían metido la pata. Consiguieron así que en la reunión se disfrutase de un ambiente muy humano que todos supieron apreciar.

Cuando la fiesta se dio por terminada, Ave le preguntó a Eva si iría al concierto.

—Claro que sí. Nos veremos allí —le aclaró.

—Por cierto, me encantó el verso que me escribiste —dijo—. Me gustó mucho que lo hayas compuesto con las letras de mi nombre.

—No sabía si te darías cuenta.

—Claro, lo he leído muchas veces —le confesó.

Los cuatro volvieron a reunirse una semana más tarde y disfrutaron de un concierto inolvidable. Después del espectáculo, quedaron para tomar unas copas. Todos se mostraron felices de estar de nuevo juntos. Al final de la velada Ave sabía que si se despedían con un beso, lo tendría por fin todo ganado. Y para su regocijo, así fue.

Con todo lo vivido Abel ya sabía que ante el empuje del río de la vida siempre se puede hacer algo. Los menos fuertes simplemente se dejarán arrastrar, los más capacitados marcarán su ritmo. Pero últimamente había descubierto algo más. Que existen solo unos pocos que son capaces de prever hacia qué mar fluye su río y qué peligros presenta para, con mucho esfuerzo, si el futuro no es de su agrado, luchar contra todo lo establecido para salir de su cauce, y buscar aquellas otras aguas que le encaminen a su sueño. Debía, pues, aprender de estos, ser más fuerte. Ser capaz de elegir su futuro, de soñar.

Él se volvió hacia ella.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Qué ha hecho que al final decidieras aceptar nuestra cita?

Muchas cosas le pasaron en esos instantes por la cabeza. La realidad es que hacía mucho que había decidido darle otra oportunidad; quizá cuando la distancia le hizo ver lo absurdo de su acusación, o a lo mejor cuando los celos le hicieron reaccionar, o tal vez fue culpa de su conciencia que no le dejaba descansar. Pero siempre tuvo claro que él debía ganárselo. Estar a la altura. Como efectivamente fue. Eva apreció que él le diese el tiempo que necesitaba, sin agobios, con elegancia; de una forma romántica. Como bien podeís entender, todo esto era largo de explicar, además no era el momento. Así que se le ocurrió vacilarle diciendo que se lo había jugado cara o cruz.

—Bueno, te parecerá algo estúpido, pero me ha ayudado una moneda.

—¿Una moneda?

—Sí. Reconozco que mi cabeza estaba en lucha con mi corazón y decidí echar una moneda al aire para decidirme. Salió cara y eligió mi corazón —dijo, mientras buscaba en su bolsillo una moneda con la que corroborar su historia y se la mostraba.

—Has tenido suerte —continuó diciendo con una sonrisa burlona.

Era una moneda de veinte céntimos ligeramente abollada. Abel creyó reconocer aquella moneda. Se asemejaba a la que meses atrás se le atascó en la máquina expendedora del metro y provocó que llegase tarde el primer día de clase. Esta casualidad le hizo reflexionar que a veces un suceso puede parecer que nos perjudica, pero visto con posterioridad nos damos cuenta de que en realidad nos ha convenido. En su caso, Abelino supo entonces que por llegar tarde aquel día su vida cambió. Por una parte pudo ser la causa de que conociese a Eva, ya que las anécdotas con el tartaja que Juan le contaba hicieron que ella estuviera deseando conocerlo. Por otra, le hizo ser el líder de su clase y esto le aportó la confianza que siempre había necesitado. Y por último, le impidió acabar aquella carrera donde no tenía futuro. Nunca había sido lo que le gustaba y acabarla hubiera hecho de él un hombre desgraciado. Sin embargo, su fracaso en Química le llevó a consagrar su futuro a la Filosofía. Descubrió que lo que de verdad quería ser era profesor de esa asignatura para poder cambiar a aquellos muchachos que vagaban sin rumbo definido. Él no hubiera servido para cualquier trabajo, tenía claro que no habría llevado bien trabajar para alguien, no era persona de callar lo que pensaba, de aceptar porque sí lo que le mandasen. Además, era muy despistado y en muchos trabajos, sus meteduras de pata le

habrían causado el despido. Por todo esto, poco a poco, en esos meses se fue convenciendo de que su objetivo era ser profesor de filosofía en un instituto. En ese puesto podría no solo enseñar a pensar a sus alumnos sino también darles valores. Formarlos y hacerlos crecer como personas. Todo ello sin tener que rendir demasiadas cuentas. Era perfecto. ¿Creéis posible que todo esto fuese culpa de una moneda?

Fin

De bien nacidos es ser agradecidos

¿Quién tiene la culpa de que este libro haya sido escrito? Es evidente que el principal culpable es el autor, pero no es menos evidente que existen multitud de factores, encarnados en personas que también han intervenido. Algunos incluso hace ya mucho que fallecieron, logrando de esta forma seguir formando parte del devenir del mundo. Fue leyendo a Henri Bergson cuando por primera vez pensé en que podía escribir un libro, ayudándome en su magistral teoría acerca de lo cómico. Mi primera idea fue que hiciese reír. Un libro corto, de fácil lectura, con el que atrapar a nuevos lectores en el apasionante y muy recomendable acto de la lectura. Pero pronto busqué nuevos retos. Quise añadir seriedad a mi obra, quise hacer pensar. Para ello tengo que agradecer a la biblioteca de Coria del Río (gracias Fernando) que organizase un club de lectura de filosofía, en el que mes tras mes, desde hace ya cuatro años, leemos artículos y libros propuestos para ser debatidos. Poco a poco, John Stuard Mill, Hume, De Montaigne, Castellio, Zygmunt Bauman, John Rawls, Tomás Moro, entre otros muchos, entraron en mi casa por esa puerta, dándome el placer de leerlos y la gran satisfacción de entenderlos, haciéndome ver cuánto agradecimiento le debe la actual sociedad por su desarrollo en valores básicos como la libertad o la justicia.

Por eso quiero dedicar mi libro a los componentes de ese club, y muy especialmente a Genoveva Lama, a quién reconozco un don especial para captar la idea de cualquier escrito por complejo que sea y explicarlo con una redacción magnífica para que todos lo

entendamos. Es por ello por lo que le he pedido que hiciese el prólogo a mi libro.

¿Hay más culpables de que el libro sea como es? Sin duda. Mis padres, por su educación y su apoyo (En particular, agradezco a mi padre las correcciones que me ha hecho); Isa, mi mujer, por su ayuda en la revisión; mis amigos por las experiencias vividas y el equipo de la editorial que ha trabajado en mi libro, por guiarme por este nuevo mundo donde me he adentrado.

Daniel Urpina Arca

¿Qué te ha parecido el libro? Si quieres hacerme llegar cualquier comentario, lo puedes hacer al correo: danielurpina@outlook.es
...Y si te ha gustado, si has disfrutado con su lectura, te pediría que lo recomiendes a tus amigos, (también puedes colgar una opinión en la plataforma donde lo hayas comprado) ...Si, por contra, no te ha gustado, recomiéndaselo a tus enemigos.

Índice

[Prólogo 9](#)

[Introducción 13](#)

[1 15](#)

[2 21](#)

[3 25](#)

[4 29](#)

[5 35](#)

[6 43](#)

[7 49](#)

[8 57](#)

[9 63](#)

[10 69](#)

[11 75](#)

[12 83](#)

[13 91](#)

[14 103](#)

[15 111](#)

[16 117](#)

[17 125](#)

[18 131](#)

[19 139](#)

[20 147](#)

[Epílogo 151](#)

[Agradecimientos 161](#)